

ESPOSA DE RESACA



PETER ALBERT

ESPOSA DE RESACA

(Serie los peligros del amor 1)

PETER ALBERT

España Año 2020

Imagen portada: hearts-37308 ©pixabay

© Peter Albert Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*A mi hija, mi ayuda e inspiración. Y a mi dulce esposa por su apoyo.
Las dos mujeres de mi vida.*

Peter Albert

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Sinopsis](#)

Prólogo

El licor atravesaba mi garganta abrasándola. Solo, sentado en mi sofá. Mirando la pantalla del televisor apagado. Así deseaba que estuviese mi cerebro.

Un día más al volver a casa acudía al alcohol en busca de consuelo. No tengo mucho aguante y la botella medio vacía de whisky que tenía frente a mí auguraba una buena resaca. Era mi última botella de licor.

Sujetaba el vaso con mi mano derecha mientras miraba la alianza en el anular de mi mano izquierda. Tenerla me hacía sentir que aún, de alguna forma, me pertenecía. Pensar en nosotros, en ella. Recordar cómo empezó todo, el tiempo que fui feliz con ella. ¿Cómo pude ser tan estúpido para perder la joya que el azar puso en mi camino?

Capítulo 1

El sonido de la ciudad. Una cacofonía de tráfico y voces en una lengua extraña, que se filtraba en la habitación a través de la ventana, me despertaron.

La cabeza me dolía como si me la estuvieran taladrando. La lengua en mi boca era un estropajo y sabía igual. Llevé mi mano izquierda a mi cara para frotarme los ojos. Noté un tacto metálico. Parpadeé, cuando mis ojos se adaptaron a la luz vi un anillo que antes no tenía.

Dios, hacía mucho que no tenía una resaca tan fuerte. Probablemente desde mis tiempos de estudiante. En la misma facultad donde impartía clases ahora. La luz se colaba entre las cortinas anunciando que ya era bien entrada la mañana.

Tumbado boca abajo, mi brazo derecho descansaba sobre la suave piel de unos pechos femeninos. Giré la cabeza para encontrarme con la melena oscura de su propietaria. El resto de su cuerpo se adivinaba desnudo bajo las sabanas. Yo también lo estaba. Aparté mi mano con cuidado provocando un leve estremecimiento en el cuerpo de la mujer. Contuve la respiración unos instantes esperando que se despertase. Afortunadamente no lo hizo. No estaba en condiciones de lidiar con una desconocida compañera de cama. Necesitaba un poco de claridad. La noche debía haber sido memorable. Lástima no recordarla. Hacía tiempo que no me despertaba acompañado. Y a juzgar por lo que veía, muy bien acompañado de hecho. Me levanté con todo el cuidado que mi lamentable estado me permitió. Todo giraba a mi alrededor. Me apoye en la pared hasta que el mareo se redujo a un nivel razonable y pude sostenerme sin ayuda. Volví mi cabeza con cuidado hacia la misteriosa mujer. Desde mi posición y con la escasa luz no podía apreciar sus rasgos. Creía estar en la habitación del hotel donde nos hospedábamos mis amigos y yo. Reconocía los muebles de recargado estilo oriental.

Celebrábamos la despedida de soltero de un amigo en el exótico Istanbul. El organizador de la despedida sorprendió a todos con la propuesta, sacada de una página web en Internet. Resultaba original y no muy costosa. Si se celebraba más de un mes antes de la boda, todos (especialmente el novio) se mostraron entusiasmados. Todos menos yo, poco amigo de las aventuras, como buen profesor de ingeniería de la Universidad de Girona.

La mayoría manda. Llegamos a Istanbul el mismo sábado y dedicamos la mañana a hacer un poco de turismo, visitar algunos monumentos y los famosos baños. Paseamos también por el gran bazar y volvimos temprano al hotel para estar frescos por la noche. Ya no tenemos veinte años.

Con la llegada de la noche se inició nuestra aventura. Primero la cena regada con el licor local y que ya nos dejó bastante alegres. A continuación el guía nos llevo a un local exótico para contemplar la famosa danza del vientre. La última etapa era un local de striptease. Mis confusos recuerdos acababan en el local de la danza del vientre. Debía haber encontrado a mi acompañante en el último local. Sería lo lógico. Su silueta me resultaba vagamente familiar. No sabía cómo había llegado a mi habitación y sobre lo que había pasado en la cama, me tendría que consolar con la imaginación a falta de recuerdos. ¿Le habría pagado? Suponía que sí. Estos servicios se suelen cobrar por adelantado. Tendría que revisar el extracto bancario de la tarjeta al volver a casa.

Mi móvil afortunadamente estaba sobre la mesita. Al cogerlo vi varias llamadas perdidas de mis amigos. Necesité de varios minutos para urdir un plan en mi embotado cerebro. El mismo cerebro que dando ordenes a mis músculos me llevo hasta el baño. Allí tras lavarme la cara, el espejo me devolvió una imagen demacrada de mí. Pálido, con ojeras y despeinado parecía que me

habían caído diez años encima. Yo me sentía como si fueran veinte. Pulsé rellamada en el móvil . Tenía varios mensajes de Xavier, en los que me preguntaba si estaba despierto y que le llamase. Esperaba que él me aclarase quién era la mujer en mi cama y qué paso anoche. Le llamé y contestó. Con tono de reproche en la voz.

—Joan, ya era hora. ¿Estás solo?

Xavier debía estar al tanto de mi acompañante. Se lo confirmé.

—No, hay una mujer en mi cama.

—¡Collons! ¿Está despierta?

La preocupación en su respuesta me intrigó.

—No, yo me he metido en el baño para llamarte sin molestar. ¿Sabes cómo acabé con ella?

—Sí, lo primero de todo es que me escuches hasta el final sin interrumpirme. ¿De acuerdo?

Xavier sonaba nervioso. Y me contagió su nerviosismo. El cerebro me empezaba a funcionar a base de adrenalina. Me frote la frente antes de contestar.

—Me estás asustando...

—Todo está bajo control Joan, tú escuchame, sigue mis instrucciones y todo irá bien.

—Xavier, parece que deba desactivar una bomba.

—No es una bomba lo que tienes que desactivar. La mujer de la cama es tu mujer...

—¡¿Mi mujer?! ¡¡Yo no tengo mujer!! ¡¡No estoy casado!!

Grite histérico al teléfono. Sin pensar en las consecuencias. La primera el fuerte pinchazo en la cabeza que mi propia voz me provocó. Volví a sujetarme la cabeza con la mano izquierda en un intento de calmar el dolor. Xavier me contestó nervioso al otro lado de la línea.

—¡Baja la voz qué te va a oír! Déjame explicarte qué paso anoche. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Intenté recordar algo más. Sin éxito.

—El local de la danza del vientre, las bailarinas... ¿No es una striper? No recuerdo llegar al local pero estaba en el programa.

—No, en el local de la danza del vientre todos ya estábamos muy bebidos. Una bailarina te cogió de la mano y te sacó a bailar al igual que hicieron con otros clientes. Estuviste intentando bailar con ella un rato y cuando te dejó empezaste a decir que te habías enamorado y te casarías con ella. Todos nos reímos y te animamos a que se lo pidieses. Nadie se esperaba de ti que nos hicieras caso y te acercases a la chica. Mucho menos lo que sucedió después. No sabemos como lo conseguiste, pero ella te acompañó hasta nosotros. Nos dijiste que se llamaba Hava o algo por el estilo y que querías casarte ya. Te pusiste muy pesado con eso. Pau, el notario; se ofreció para realizar la ceremonia. Todavía no había oficiado ninguna y le hacía ilusión. Pidió a un camarero si tenían un ordenador e impresora en la oficina. Se fue con él y al cabo de un rato apareció con los documentos que firmasteis ambos. Quedándose una copia para registrarla y una para cada uno de vosotros. Después os fuisteis a celebrar la noche de bodas. Y hasta ahora no hemos sabido nada de ti.

Pau jura que no lo hizo, pero esta mañana ha visto la confirmación del registro telemático del documento...

Parecía que la noche había sido mucho más interesante de lo que había imaginado. Mi cerebro a medio gas empezaba a lanzar señales de alarma. Me pellizqué la mejilla para despertar de aquella pesadilla. El dolor me confirmó que aquello era real. Terroríficamente real. Respondí negándome a creer lo que Xavier me había contado.

—¿Qué quieres decir con eso? Entonces el anillo...

—¿Qué anillo? No sé nada de un anillo. Anda, vístete y sal de la habitación. Nuestro vuelo sale

en unas horas. Pau me ha prometido que al llegar a casa lo solucionará...

Xavier tenía prisa por acabar. Yo por solucionarlo. Ni hablar, tenía que arreglarlo inmediatamente.

—¿No puede anularlo ahora?

—Al parecer no es tan sencillo sin el consentimiento de ambos contrayentes. Y no sabemos si ella estará dispuesta a firmar... Yo no tentaré a la suerte.

Golpeé con la mano la pared junto al espejo en un intento de descargar mi frustración. En qué lío me había metido el gilipollas de Pau. Me lamenté en voz alta.

—¡¡Joder, joder, joder!! ¡¿En qué pensaba cuándo acepté venir aquí con vosotros?! ¡¡Mierda!!

Xavier trató de calmarme suavizando su tono de voz.

—Tranquilízate Joan, solo haz lo que te he dicho y dentro de unos días nos reiremos de esta anécdota.

—Es fácil decirlo cuándo no eres tú el que está con el agua hasta el cuello.

Le reproché.

—No le des más vueltas Joan. Vístete y baja, te esperamos en recepción para irnos a casa.

—Bueno, ahora voy.

Claudiqué. Mi embotado cerebro no me daba otra opción por el momento.

Aún estuve un rato recorriendo el baño como un león enjaulado, frotando mi frente con la mano como si así pudiese borrar aquella situación y renegando igual que un camionero en voz baja. Cuando logré serenarme un poco, abrí la puerta del baño con cuidado y me acerqué al armario de la entrada para comenzar a vestirme. Cogería mi cartera, documentos y saldría dejando el resto. No tenía tiempo ni ganas de jugarme el cuello por dos trajes y una maleta. Pensaba montarles un pollo de cuidado a Pau y compañía en cuanto los viera. Se habían pasado.

Empezaba a vestirme cuando escuche a la desconocida hablarme en turco.

—kocam. ¿ne yapıyorsun? (esposo mío. ¿Qué haces?)

Me quede paralizado. Estaba despierta, esto iba a ser más difícil de lo previsto. Le dije lo primero que se me paso por la cabeza sin mirarla y continué abrochándome la camisa.

—Debo bajar un momento...

—¿Ne diyorsun Kocam? Benimle yatağa geri dön (¿Qué dices esposo mío? Vuelve al lecho conmigo.)

Ella volvió a preguntarme algo en turco. En otras circunstancias habría usado el traductor del teléfono para hacerme entender. No era el momento para cortesías. Tenía que salir de allí y volver a Barcelona. Lo que tuviéramos que decirnos sería por Skype o e-mail.

Estaba poniéndome los pantalones cuando unos brazos me rodearon y sentí sus pechos clavándose en mi espalda. Aprovechando la situación y mi estado no le fue muy difícil arrastrarme hasta que sus piernas tocaron con el borde de la cama. Intente separar sus brazos con delicadeza sin conseguirlo. Nos hizo girar y caímos en la cama con su cuerpo desnudo sobre el mío. Con nuestros rostros a escasos centímetros me fijé por primera vez en ella. Tenía una cara preciosa, un óvalo perfecto enmarcado por su oscura melena. Con unos ojos negros y unos labios hechos para el pecado que se cernieron sobre los míos con apetito. Su boca unida al tacto de sus pechos desnudos sobre mi torso cubierto solo por la camisa envió toda mi sangre a mi entrepierna. Que agradeció las atenciones de su pequeña pero diestra mano. Todo fue muy rápido a partir de aquel momento. La lujuria barrió de mi mente todo pensamiento que no fuera poseer a aquella criatura salida de las Mil y una noches. Cuando ella se subió sobre mí, me deslicé en su interior y llevé mis manos a su duro y rotundo trasero. Empecé a moverme al ritmo que ella me marcaba tratando de hacer la penetración más profunda. El sudor empapó nuestras pieles. Nuestras bocas solo se

separaron para emitir unos roncós jadeos hasta que sentí correrme con toda mi energía drenándose a través de mi miembro. En el sopor postcoital de los minutos posteriores nos mantuvimos en silencio. Roto solamente por el sonido de nuestras agitadas respiraciones. La mujer se levanto y al cabo de unos minutos me entrego un vaso de agua. No sabía cuanta sed tenía hasta que me lo bebí de un solo trago. Cerré los ojos unos instantes en busca de las fuerzas necesarias para levantarme.

Abrí los ojos desorientado. El dolor de cabeza había dejado paso a una tremenda sensación de sopor. La luz solar había cambiado el ángulo de entrada. La mujer volvía a darme la espalda aparentemente dormida. Inmerso en un deja vu, cogí el móvil y volví a meterme desnudo en el baño. Mire la hora en el móvil. ¡Las dos de la tarde! ¡Me había quedado dormido! Tenía numerosas llamadas perdidas en el móvil que estaba en silencio. Debí haberlo tocado sin querer en el forcejeo. Pulsé para llamar a Xavier.

Este contesto muy nervioso al primer tono.

—¿Dónde coño te has metido? ¡Corre! El vuelo sale en treinta minutos.

—Sigo en el hotel...

—¿Cómo?

Xavier sonaba estupefacto. Era lógico. Le recriminé su deslealtad.

—¿Por qué no habéis venido a buscarme a la habitación?

—Si no me hubieras llamado antes, habría subido. Ya estabas despierto, solo tenías que bajar.

¿Qué te ha pasado?

Tenía razón. En vez de bajar había decidido pegar un polvo con aquella hermosa desconocida y quedarme durmiendo. No es que pudiera sentirme orgulloso de mis actos. Al menos el dolor de cabeza había remitido y empezaba a pensar con claridad. Le conteste resignado.

—Mejor te lo cuento en otro momento. Bajaré a recepción y pediré otro vuelo para mí.

—Bien, nos vemos en casa.

Al salir del baño me encontré a la mujer completamente vestida y sentada en la cama con una sonrisa. Ella me habló mientras me vestía.

—¿Yemek ister misin kocam? (¿Quieres comer esposo mío?)

—Joan, mi nombre es Joan no kocam.

Me sentí en la necesidad de aclararle mi nombre.

—Sen Yuan, kocam. (Tú eres Yuan, mi esposo.)

Al parecer “Kocam” era marido o algo similar. Así que ella estaba al tanto de nuestro enlace y parecía conforme con él. Aquello se complicaba. Tendríamos que bajar a recepción y buscar un intérprete para explicarle el error. Era demasiado absurdo para intentarlo con el traductor del móvil. Debíamos buscar a alguien para anularlo y volver a mi casa y a mi estado civil anterior. Eran cerca de las tres de la tarde del sábado en Istanbul. No era sensato esperar arreglar aquella situación en aquel momento. Pero mi sensatez estaba de baja por depresión así que seguí con la idea. Una vez estuve (por fin) completamente vestido. Con ayuda del traductor del móvil le indiqué que debíamos bajar a recepción.

Salimos de la habitación y cogimos el ascensor en silencio. Afortunadamente la mujer vestía de forma discreta y no de la forma que recordaba a las bailarinas. Era bonita y se movía de forma elegante. No parecía ni se contoneaba igual que una stripper. Me miraba con abierta curiosidad. Yo apenas me atrevía a hacerlo excepto en las ocasiones que debía dirigirme a ella. Una vez en la recepción localicé a una joven recepcionista, le pedí si nos podía ayudar. Ahora solo tenía que encontrar la manera de explicarme sin que fuese excesivamente violento. Decidí comenzar por una pregunta inocua.

—¿Puede preguntarle cómo se llama?

La recepcionista me miró sorprendida, y se lo preguntó en turco. A lo que ella le respondió.

—Ben karısına Havva. (Yo soy Havva su esposa.)

—Dice que es Havva su esposa...

La recepcionista me miraba con sorpresa y recelo. Debía pensar que se trataba de una broma. Normal, me presentaba acompañado de una mujer sin conocer su nombre y que decía ser mi esposa. Las implicaciones no eran agradables. Traté de escoger las palabras con mucho cuidado para explicar la situación.

—Eso no es exactamente así, mis amigos ayer nos gastaron una broma...

La recepcionista se había quedado muda y un tanto pálida. Mientras la mujer nos miraba a ambos con curiosidad. Tras unos minutos volvió a traducir.

—Lievar olmadığımızı, bir yanlış anlaşılma olduğunu söylüyor. (Dice que no estáis casados, que ha sido un malentendido.)

La mujer me miró con ira y contestó enfadada, mostrando la alianza que tenía en la mano izquierda y alzando también la mía frente a la recepcionista para mostrarle el anillo que había descubierto al despertarme. Hablando con brusquedad.

—¡¡O benim kocam!! ¡Dün evlendik ve beni düğün gecesi götürdü! (¡Él es mi esposo!! ¡Nos casamos ayer y me ha tomado en nuestra noche de bodas!).

La recepcionista me fulminó con la mirada y me lo tradujo, aunque esta vez no era necesario. Su respuesta era evidente hasta en turco. La situación se ponía cada vez peor para mí. Traté de mostrarme conciliador.

—Dígale que lo lamento, que todo ha sido un error, si podemos ir a ver a alguien para arreglarlo...

La mirada de asco de la recepcionista unida a la de ira de la mujer que tenía enfrente me hacían sentir un ser despreciable. La verdad es que hasta a mí me sonaba mal todo aquello. El tono de voz de la recepcionista dejó traslucir lo que opinaba de mí. Mientras hablaba con la mujer su índice me señalaba acusador.

—Bu domuz onun yanlış olduğunu ve seni terk etmek istediğini söylüyor. Düzeltecek birini ara.

(Este cerdo dice que se ha equivocado y quiere dejarte. Que busquéis a alguien para arreglarlo.)

La mujer volvió a mirarme con odio. Le pidió algo a la recepcionista que asintió. Se dirigió al teléfono e hizo una llamada. Después de varios minutos hablando y gesticulando. Volvió hasta nosotros un poco más tranquila. Y habló con la recepcionista.

—Domuza düzeltmem için bana eşlik etmesini söyle. O öğrenecek. (Dile al cerdo que me acompañe arreglarlo. Se va a enterar.)

La recepcionista me comunicó que estaba dispuesta a solucionarlo. Debía acompañarla. La recepcionista me había mirado de una manera inquietante hasta nuestra salida. Parecía divertida con la situación. Salimos del hotel y cogimos un taxi. Havva (ahora sabía su nombre) habló con el taxista dándole la dirección de nuestro destino. El taxi era un Fiat que había visto tiempos mejores, al igual que su dueño. Nos sentamos ambos en el asiento posterior dejando un gran espacio entre nosotros. Era un símbolo de la distancia emocional entre ambos. La calefacción al menos funcionaba bien. En enero era de agradecer. Me quité el abrigo para evitar ponerme a sudar. Mi acompañante hizo lo mismo y rellenamos el espacio entre ambos con nuestros abrigos. Me fije con más atención en su atuendo. Un sencillo jersey de lana blanco y unos vaqueros que me hicieron recordar retazos de la noche anterior. Yo había estado junto a una mujer así vestida. Mis recuerdos acababan aquí. Miré mi reloj.

Eran casi las tres de la tarde del sábado. Dudaba mucho que encontráramos a alguien capaz de

arreglar aquello a esas horas. Desconocía los horarios oficiales en Turquía. Pero difícilmente serían más flexibles que los españoles. Sentado en el asiento posterior del taxi, junto a aquella hermosa y enfadada mujer, que esperaba que a la vuelta al hotel ya no tuviera ningún vínculo civil conmigo. Me permití divagar un poco. Debía admitir que cuando en un futuro (lejano) me casase, me gustaría que mi pareja fuese como ella físicamente (también en la cama). Recordar el tacto de sus labios, sus pechos y su piel. Enviaba sensaciones placenteras a mi cerebro. Sacudí la cabeza tratando de detener el curso de mis pensamientos. Giré mi cabeza hacia la ventanilla y observé como entrabamos en un barrio periférico. El centro de la ciudad y mis esperanzas de un rápido y feliz final para mi aventura se alejaban a nuestras espaldas. Aquello no podía ser buena señal. Nervioso, intenté decirle a Havva con gestos que debíamos regresar al centro. Ella negaba y señalaba en la dirección contraria. Entonces me dirigí por señas al conductor pidiéndole que al menos se detuviera. El respondió cruzando unas frases con Havva. Ella lo convenció para seguir adelante porque no aminoró la marcha. Tal vez debía jugármela y saltar del taxi en marcha. Lo descarté. Aquello aunque lo parecía no era una película. No sabía que me esperaba al final de aquel trayecto. Nada bueno eso seguro. Por mi mente pasaron imágenes de un futuro en el campo cuidando ganado o peor aún, de mi ejecución por deshonorar a Havva a manos de un padre furioso. Era un buen momento para ponerse a rezar. Como respuesta a mi silenciosa plegaria el taxi aminoró la velocidad, hasta detenerse frente a una tienda. Havva tiró de mí para descender del vehículo. Mientras, yo miraba a mi alrededor tratando de entender que hacíamos allí. Aprovechando mi desconcierto, Havva pagó al taxista que partió veloz, y con él mis esperanzas de regresar al hotel, sin pasar por el desagradable trance que me esperaba, a buen seguro dentro de la tienda. Havva nuevamente tiró de mi mano con fuerza hacia la entrada de la tienda de comestibles. ¿En qué momento me había parecido buena idea ponerme en manos de aquella mujer?! Tenía que haberla dejado en el hotel. Haberme largado al aeropuerto y coger el primer vuelo que me llevase de vuelta a casa. Ahora solo podía lamentarme de mi mala cabeza.

Me dejé arrastrar por ella como un condenado al cadalso. Entramos en el interior, allí, entre cajones de fruta y verdura apareció un joven turco vestido con ropas desgastadas por el uso. Él se mostró casi tan sorprendido como yo al verme. Havva intercambió unas breves palabras con él y se encaminó a la trastienda. Le seguimos a través de un pasillo en penumbra, para acabar en lo que debía ser la sala principal de la vivienda anexa. Allí nos esperaba la estampa de una familia musulmana al completo. En el centro el padre, sentado en una silla y rodeado por cuatro mujeres arrodilladas sobre la alfombra, que cubría la mayor parte de la estancia. Una mayor, posiblemente la madre y las otras tres más jóvenes que Havva. Pude reconocer sus rasgos en una de ellas. Debía ser su familia. El joven que nos había guiado se unió a ellos. A su derecha, a cierta distancia, un hombre de mediana edad, judío a juzgar por sus rasgos y la kipa que coronaba su cabeza. Me observaba con curiosidad. Todos vestían prendas humildes de corte tradicional que contrastaban fuertemente con nuestra indumentaria occidental. Havva se adelantó y postrándose ante el que debía ser su padre. Pronunció unas palabras.

—Baba, bu benim kocam. (Padre, este es mi esposo.)

—¡Kızı sen bize bir onursuz var imansiz! (¡Hija nos has deshonrado con un infiel!)

El padre le contesto con desprecio y las mujeres se pusieron a gritar como si se lamentasen de una desgracia. Havva se cubrió la cara con las manos y se unió al coro de lamentos. Yo había provocado aquella tragedia. Borracho o no era culpa mía. Sus lamentos se clavaban en mi interior como cuchillos. Entonces el judío se acerco y se dirigió a mí en un castellano un tanto rudimentario.

—Hola, mi nombre es Benjamín, soy amigo de la familia. Yo soy judío descendiente de

sefarditas y por eso hablo su idioma.

Al fin alguien con quien comunicarme. Havva debía haberlo convocado a aquel cónclave. En mi cabeza le agradecí el detalle. Le respondí de forma similar a la recepcionista del hotel.

—Mucho gusto, mi nombre es Joan. Ha ocurrido un malentendido entre Havva y yo. Estaba en una fiesta y mis amigos me han gastado una broma...

La expresión de su rostro cambio de curiosa a seria. Su tono de voz dejo traslucir su enojo.

—¿Quiere decir qué no se han casado? ¿No han dormido juntos?

Debía haber deducido eso de las palabras de Havva. Me sentí tentado de mentirle y negarlo. Lo descarté al instante aquello solo complicaría la situación. Opté por una versión intermedia más fiel a la realidad bajo mi punto de vista.

—Lo de la boda no es exactamente así y respecto a la otra cuestión, ella se me tiró encima.

—¿Debo entender qué ella se ha aprovechado de usted?

Aquello sonaba fatal. No había sido así. Desde el mismo instante que sus labios habían rozado los míos. Yo había sido un entusiasta colaborador en aquel acto. Tuve que admitir aquel detalle. Sin dejar de señalar lo irracional que era estar con una completa desconocida.

—No...Pero nos acabamos de conocer. No podemos vivir juntos.

Respondió con total naturalidad a lo que yo consideraba una locura.

—En nuestro país todavía existen matrimonios así. Ya han consumado el matrimonio. Deshacerlo provocaría la deshonra de Havva y toda su familia.

Havva no era virgen. Tal vez por la noche... Volví la vista hacia ella, que seguía lamentándose en el suelo, al igual que el resto de las mujeres de su familia. Tenía que acabar con aquella situación. Volver a la seguridad del hotel con aquella mujer y tratar después de arreglar aquel entuerto. Si salía con bien de esta no volvería a probar el alcohol. Quemé mi ultimo cartucho frente a aquel hombre. No iba a trabajar de tendero allí para mantener a mi nueva familia.

—¡Yo vivo en España, no puedo quedarme aquí!

—Pues entonces tendrá que llevársela con usted. —El hombre me respondió de forma serena como si aquel despropósito fuera lo más normal del mundo.

—¡Eso es absurdo!

—Me temo que no tiene otra opción.

Cerré los ojos para abstraerme de la situación y poder pensar con un poco de tranquilidad. Los continuos lamentos de las mujeres de la familia no me lo permitieron. Volví a abrirlos y miré a Havva, ahora su cara estaba vuelta hacia mí, cubierta de lagrimas. Su mirada de profunda desolación se clavo en mi corazón. Giré mi cabeza para no verla. Aquello era una locura. No podía regresar a casa con una mujer a la que apenas conocía. Tampoco podía dejarla allí, deshonrada y repudiada por su familia. Necesitaba tiempo para pensar. Volver al hotel y buscar una solución con calma. Le dije a Benjamín que le comunicase a la familia que nos volvíamos al hotel mi mujer y yo. La familia se tranquilizó y cesaron los lamentos. Havva, se acerco y los abrazo a todos excepto a su padre que la rechazó. Después se puso a mi lado acarreado una maleta enorme que le había proporcionado una de sus hermanas, la que se le parecía más. Preguntando a Benjamín por ella me enteré de que habían recogido las pertenencias de Havva para su nueva vida. No debían ser muchas, a juzgar por la velocidad con que la habían preparado. La habían echado de casa. La situación parecía cada vez más irreversible. Cuando un poco más tarde salimos de la tienda acompañados únicamente por el joven tendero hasta el portal. El mismo taxi que nos había traído, misteriosamente volvía a buscarnos. ¿Le habría dicho Havva qué volviera al cabo de un rato? ¿Cómo sabía qué lo necesitaríamos? Bueno, era lógico pensar que no querría quedarme en la vivienda de mi nueva familia. No es que nos hubieran dado la opción a

ello. La maleta junto a Havva era una clara señal de que no éramos bienvenidos. Recorrí los escasos metros hasta el taxi entre angustiado por la situación y aliviado por dejar atrás ese lugar. En su interior reconocí el nombre de mi hotel entre las palabras que ella le decía al taxista. Me alegré de volver a terreno conocido.

Capítulo 2

Volvía acompañado de mi esposa. Todavía me costaba asimilarlo aunque fuese un arreglo temporal. Mi tranquila vida se había puesto patas arriba por una noche de juerga. Deberían advertir que el alcohol además de producirte una resaca puede alterar tu estado civil. Necesitaba pensar con calma, cosa que no había podido hacer hasta entonces. Desde que me había despertado me había sentido superado por los acontecimientos. Llegamos al hotel y mis tripas me recordaron que estaba en ayunas. Ese problema tenía fácil solución. Me dirigí al restaurante acompañado por Havva. Hice mi pedido y a continuación lo hizo Havva.

Por primera vez me fijé en la musicalidad de su voz. Todo en ella era bello. La miré fijamente y ella bajó la mirada con rubor. Nos pusimos a comer en silencio. Sus refinados modales en la mesa me sorprendieron. Después de la escena de la tienda esperaba otra cosa. No que comiera con las manos pero tampoco los exquisitos modales que exhibía. Comía de buena gana y caí en la cuenta de que ella también tendría apetito. Llevaba en ayunas al menos el mismo tiempo que yo. En aquel momento fui consciente que durante todo este tiempo había estado pensando solo en mí. Mi situación y mis necesidades. ¿Y Havva? Su vida había dado un giro mucho mayor que la mía. Las consecuencias habían sido terribles y permanentes. ¿Por qué se había casado conmigo? ¿En qué momento fue consciente de ello si no hablaba mi idioma?

No sabía casi nada de la mujer que ahora era mi esposa. Solo que: se llamaba Havva, era bailarina y tenía una familia a la que no podía regresar. Su futuro estaba en mis manos. Esa idea me asustó. Hasta la fecha yo llevaba una vida sin excesivas preocupaciones. Mi trabajo me gustaba y tenía una familia que me quería a pesar de mis defectos. Ahora yo era la única familia de Havva. Era su único sostén. A partir de ahora debía pensar también en su bienestar. Era responsable de mis actos y en estos momentos no podía estar muy orgulloso de ellos. Me había comportado como un crío irresponsable. Preocupado solo por eludir las consecuencias de sus acciones. Tenía que conseguir para Havva un futuro en España. Aprendería mi idioma y le conseguiría un trabajo antes de dejarla.

Tras la necesaria comida nos detuvimos en recepción para informar de la nueva huésped que compartiría mi habitación y que nuestra estancia se prolongaría al menos un día más. Subimos a la habitación y ya en su interior Havva se aferro a mi cuello. Parecía mucho más animada. Como si nada perturbase su futuro. Separé sus brazos con suavidad y le hice sentar sobre la cama. Cogí la silla y me senté frente a ella. Con la ayuda del traductor del móvil iniciamos una conversación rudimentaria con la que me enteré que se llamaba Havva Yilmaz. Tenía 28 años (aparentaba algunos menos) y era la hija mayor de su familia. Hacía unos meses que trabajaba como bailarina en aquel local. Por mi parte le dije que me llamaba Joan Palamós. Español y Profesor universitario de 32 años. Le pregunté por qué había aceptado ser mi esposa, me contestó que con su edad ya no esperaba casarse. Por eso había aceptado el trabajo de bailarina, que su familia consideraba poco respetable. Que daba gracias a Alá por haberle entregado un buen esposo. Si ella supiera mis planes no opinaría igual. Nuevamente me sentí fatal. Le expliqué que regresaríamos a España para vivir en mi casa, si le parecía bien. Afirmó contenta diciendo que sería una buena esposa.

Le pregunté si tenía algún documento de identidad. Ella se levanto y abrió su maleta para entregarme su pasaporte. ¡Una buena noticia! No sabía cuanto tiempo tendríamos que quedarnos en

Istanbul para solicitarlo y poder salir del país. Me veía pasando un tiempo indeterminado en aquella ciudad. Incluso pedir una excedencia... Su pasaporte estaba nuevo, en vigor y como era de esperar a estrenar. Estuve tentado a preguntar como era que lo tenía. Lo dejé correr, tenía cosas más importantes que hacer. No cuestionar la primera buena noticia del día. Bajamos con ambos pasaportes a recepción y reservé un vuelo para ambos a Barcelona el día siguiente. Volvimos a la habitación y la invité a tumbarse en la cama para descansar. Comenzó a desnudarse y la detuve. Así pasamos las siguientes dos horas. En silencio, tumbados sobre la cama vestidos. A solas cada uno con sus pensamientos. Necesitaba asimilar la situación. De vez en cuando la observaba por el rabillo del ojo. Ella estaba con los ojos cerrados. Su cara reflejaba serenidad. Era preciosa. Una nota de color en aquella situación. Debería hablar con mis amigos. No me apetecía. En este momento disfrutaba por primera vez en aquel día de una cierta sensación de paz. No quería echarla a perder por una llamada que a buen seguro no solucionaría nada. El domingo en casa reuniría fuerzas para afrontar los problemas.

Me levanté para ducharme antes de bajar a cenar. El agua caliente me relajó todavía más. Después de la comida tardía no tenía muchas ganas de cenar. Pero estaba obligado a pensar también en la mujer que descansaba plácidamente en mi cama. Bajaría a cenar aunque solo fuese por ella. Sería el primer gesto desinteresado por mi parte. Sentí que empezaba a actuar correctamente. Abstraído en mis pensamientos no escuché la puerta del baño abrirse. Solo al sentir el sonido de la mampara al deslizarse me giré para ver como Havva, gloriosamente desnuda, entraba a hacerme compañía. Mirándome con el deseo reflejado en sus expresivos ojos. Se pegó a mí como una lapa. Sus pechos sobre mi torso y su depilada, húmeda y caliente entrepierna acunando mi pene. Me excitaron al instante. Tomando la iniciativa por primera vez, capturé su boca con la mía. Mi lengua salió para explorar aquella pecaminosa abertura. Su lengua se enroscó a la mía provocandome un escalofrío de placer. Si el paraíso existía no se podía sentir mejor que aquello. Mis manos se dirigieron a sus pechos plenos de piel suave. Los acaricié con un punto de violencia gustándole a juzgar por el gemido que escapó de su boca. Sus manos recorrían mi torso y espalda marcándome con sus uñas de tigresa. Antes de que llegase a mi miembro, me deslicé hacia abajo para recorrer su cuello y su torso con mi lengua hasta llegar a sus pechos. Mi boca capturó un pezón erecto que chupé con fuerza mientras mis dientes lo sujetaban suavemente. Su grito de placer, calentó mi sangre. Repetí la acción con su gemelo mientras mis manos. Bajaban por su suave entrepierna. La humedad facilitó el camino de mi dedo índice en su interior. Bajé para contemplar su deliciosa gruta. El aroma de su excitación invadió mis fosas nasales. Mi lengua salió a paladear su néctar. Me propuse degustar ese manjar sin prisa. Lamiendo primero el exterior y depositando besos fugaces. Cuando mi lengua llegó a sus labios menores sus manos sujetaron mi cabeza en una prisión de la que no deseaba ser liberado. Lamí aquella abertura cada vez más húmeda hasta ver florecer su clítoris en su capuchón. Lo succioné con extremo cuidado. Los gemidos de Havva se habían convertido en un jadeo continuo que anunciaba su inminente orgasmo. Incremente la succión de su clítoris al tiempo que con dos dedos la penetraba. Su cuerpo se estremeció en un potente orgasmo que bebí como si fuera licor de dioses. Separé mi boca y miré hacia arriba. Tenía los ojos cerrados y una mueca de satisfacción en su cara. Al abrirlos, me arrastró hasta quedar a su altura y me comió la boca que sabía a ella. Mi miembro no se había bajado en ningún momento. Con un ágil movimiento se encaramó y se empaló con mi pene. Tuve que sujetarme a la barra de la ducha para mantener el equilibrio mientras mi otra mano acunaba su duro trasero. Aquella mujer me devoraba. Sus músculos vaginales comprimían mi miembro de forma placentera. Nuestras bocas solo se separaban para tomar aire entre gemidos de placer. Me mordí un carrillo en un intento de retrasar mi eyaculación. Afortunadamente ella estaba lista y

sentí en mi miembro los espasmos de su orgasmo antes de venirme. A duras penas conseguí mantenerme en pie hasta que Havva me descabalgó. Después cogió gel con las manos y empezó a enjabonarme con mimo para pasarme con el teléfono de la ducha. Cuando vi que se disponía a hacer lo propio consigo misma la detuve y le devolví la atención. Me tomé mi tiempo para adorar la piel levemente morena de mi mujer. No sonaba tan mal. Tenía una preciosa mujer, al menos temporalmente. Que me había proporcionado el sexo más alucinante de toda mi vida. Por primera vez pensé que obtendría algo bueno de aquella situación. Mientras fuera mi mujer, pensaba hacer uso intensivo del matrimonio. Con ánimos renovados cogí una toalla para secar aquel hermoso cuerpo. Después hice lo propio conmigo. Fuera de la ducha me puse a su espalda y con el secador del hotel empecé a secar con cuidado su espléndida melena negra. Me encantaba sentir el tacto de su cabello en mis manos. Mía, era mía aunque de forma temporal. Desconocía ese lado primitivo de mi personalidad. Oculto tras capas de civilización, mi yo troglodita reconocía aquella mujer como suya. Su hembra. En el fondo no era muy diferente a mis antepasados. Le di la vuelta para besar suavemente su sonriente boca. Me retiré enseguida para no acabar en la cama.

Le informé que debíamos vestirnos para cenar. No parecía demasiado conforme pero me obedeció. Cenamos en el restaurante del hotel en un silencio cómodo. Por momentos me quedaba hipnotizado observando su boca, ella me miraba con una sonrisa al cogerme en falta. Al volver a la habitación mi sonriente esposa empezó a desnudarme. La dejé hacer y recrearse con mi cuerpo. Me gusta practicar deporte y estoy en forma. No tengo el físico excesivo de un culturista. Mi musculatura cincelada por el deporte, parecía ser del agrado de mi esposa. Procedió a desnudarse de forma seductora quedándose en ropa interior. Deshizo el broche del sujetador y este cayó mostrando aquellos hermosos pechos. Después cogió el borde de sus braguitas con ambas manos para deslizarlas por sus esbeltas piernas. Recorrió la distancia que nos separaba balanceando sus caderas. Al llegar a mí la cogí y me dejé caer en la cama con su cuerpo sobre el mío. Lleve mi mano a su sexo para comprobar si ya estaba lista para mí. Su cálida humedad me lo confirmó. La puse sobre mí y dejé que ella controlase la penetración. La mueca de placer en su rostro cuando terminó de empalarse casi hace que me venga. Solo el hecho de no ser la primera vez aquel día me permitió controlarme. Havva se movía en lentos círculos sobre mí. La suavidad de esta ocasión resulto muy placentera. Nuestros orgasmos se construyeron poco a poco hasta la explosión que drenó el resto de nuestras energías. Nos quedamos así uno dentro del otro hasta que el sueño nos venció. Aquella noche dormí como un bebe. Ajeno a cualquier preocupación. Me desperté tarde con el hermoso cuerpo desnudo de Havva junto a mí con su cabecita sobre mi pecho. Durante varios minutos me dediqué a acariciar su cabello mientras la miraba. El olor a sexo que se respiraba enviaba deliciosos recuerdos a mi mente. Sentí a Havva moverse y en el momento que levantó la cabeza para mirarme me sentí feliz. Me gustaba verla sonreír. No quería preguntarme el por qué. Las preguntas llegarían en casa con todo lo demás. Allí en aquella habitación en penumbra. Estaba viviendo un sueño en brazos de esa hermosa mujer. Un sueño que tocaba a su fin. Debíamos ducharnos y cuando entró conmigo y empezó a acariciarme le sujeté las manos suavemente pero con firmeza. No teníamos tiempo para una repetición. Pareció entenderlo y dándose la vuelta empezó a ducharse mostrándome su bella espalda que acababa en aquel culito que amenazaba mi cordura. A punto estuve de saltar sobre ella al inclinarse para enjabonar sus piernas infinitas. La perspectiva de su sexo sonrosado, era toda una tentación. Desvié la mirada, me resistí y me concentré en mi ducha. Me aclaré con agua fría hasta bajar la erección que me había provocado el espectáculo erótico ofrecido por mi esposa. Salí de la ducha para encontrármela perfectamente vestida. Tanto mejor, no podría resistir muchas más provocaciones.

Bajamos a desayunar en la cafetería de buen humor. Volvimos al cuarto a recoger nuestras

cosas juntos como si fuese la cosa más normal del mundo. Bajamos para el checkout donde nos atendió la recepcionista que había ejercido el día anterior de improvisada traductora. Al ver nuestra cara me pregunto:

—¿Ya han aclarado el malentendido?

—No exactamente. Lo solucionaremos en casa.

—Me alegro. Espero que su estancia en nuestro país haya sido placentera.

Creí notar un ligero retintín en sus palabras. No le di mayor importancia.

—Sí. ¿Le importaría solicitarnos un taxi para el aeropuerto?

—Enseguida señor.

Mientras esperábamos, la recepcionista conversó animadamente con Havva. De vez en cuando ambas miraban hacia mí y se reían. Me daba la sensación que Havva le estaba contando nuestras intimidades. Tendría que decirle que en casa fuera más discreta.

Desde el momento que cogimos el taxi hasta el embarque en el avión, Havva se hizo cargo de la situación. Realizando todos los trámites con sorprendente eficiencia para una bailarina que no había salido nunca de su país. La seguí dócilmente por el mostrador de facturación y los diversos controles. Una vez en el avión saco un libro electrónico y empezó a leer. Al parecer era razonablemente culta. La adaptación en España sería así más sencilla. Saqué mi propio libro electrónico y me sumergí en la Roma del emperador Trajano disfrutando en silencio. Me gustaba viajar al pasado con la imaginación.

Durante la adolescencia, mi timidez unida a un cierto sobrepeso, me mantuvo a cierta distancia del sexo opuesto. Tendría que ser en la universidad donde abracé el deporte, al principio para combatir el estrés y más adelante por el mero placer de practicarlo, que mi cuerpo cambió hasta mi aspecto actual: pelo castaño corto, rostro masculino con ojos marrón claro, 1'8m de estatura con una musculatura definida por la practica del deporte, pectorales y abdominales marcados con un ligero vello hasta el pubis, piernas de ciclista y bien dotado en opinión de las chicas con las que había estado. No eran demasiadas. Mis relaciones habían sido siempre esporádicas. Primero porque estaba centrado en mis estudios y después supongo que por inercia. Porque las mujeres que alguna vez me abordaron en bares o discotecas no buscaban otra cosa. Ninguna se había acercado suficiente a mí. Suponía que algún día. De aquí a unos años conocería a una que sería compatible conmigo y con el tiempo llegaría a casarme. Eso pensaba. Sin embargo ahora, a mi lado; en este avión de regreso a Barcelona estaba sentada mi esposa. Una desconocida con la que no compartía ni siquiera la misma lengua. No podíamos ser más diferentes. Era hermosa eso debía concedérselo, inteligente y pasional también. Sin embargo eran mayores nuestras diferencias que los puntos en común. En casa encontraríamos la solución: La cual forzosamente pasaría por un periodo de convivencia que esperaba resultara lo más civilizada posible.

Al desembarcar en el aeropuerto de Barcelona. Havva empezó a mostrarse nerviosa. Ahora estaba en un país extranjero de idioma desconocido. Traté de calmarla y con ayuda del móvil le fui explicando los pasos que seguiríamos. Para evitar problemas, Havva entró en nuestro país como turista. Esperaba poder arreglar la parte administrativa la próxima semana. La convivencia duraría bastante más. ¿Cómo sería? Solo llevábamos juntos dos días, yo no había vivido nunca en pareja. Había dejado la casa de mis padres para vivir solo en mi propio piso. Bien, primero debíamos llegar a casa.

Al menos ya estábamos en Barcelona. Los rótulos y las voces en mi propio idioma, me hicieron recuperar la confianza, así como una cierta sensación de control. Conduje a Havva hasta la estación de tren de la terminal. Había intercambiado las maletas con ella y ahora arrastraba la pesada maleta de Havva, mientras ella llevaba mi maleta de cabina. Miraba a su alrededor con

asombro, el gran recinto lleno de tiendas y gente de todo tipo, moviéndose con rapidez y eficiencia. Debía sentirse desubicada. Reduje el paso para no dejarla atrás. Nos subimos a un tren que nos dejó en la estación de Sants. Compramos los billetes para el cercanías que nos llevaría a mi Girona natal. Durante el trayecto empleé el traductor del móvil para hacerle una breve introducción de nuestro destino y el país en general. Respondiendo a las cuestiones que ella me planteaba con su mente ágil. También se mostró fascinada por el paisaje, tan diferente de su ciudad natal. Hicimos el corto recorrido entre la estación y mi casa a pie. Así se iría familiarizando con la ciudad donde esperaba que residiese solo unos meses.

Llegamos a casa al anochecer. Le hice pasar delante de mí. Dejamos las maletas en el recibidor. E iniciamos el tour turístico por mi casa. Nada fuera de lo común. Tres habitaciones: la principal con baño en suite, la de invitados y mi despacho. Salón-comedor, cocina con despensa, otro baño y una pequeña coladuría. Todo de estilo impersonal y minimalista. Sin cuadros ni fotos. Simple y serio como yo. La parte más laboriosa fue la cocina. Multitud de aparatos y alimentos etiquetados en una lengua extraña. Havva tomaba notas con su elegante caligrafía en una libreta que le entregue para ello. Sobre las nueve decidí dejarlo por aquel día. Mañana le presentaría a mi lavadora y secadora. Para cenar me decidí por la solución más simple. Cogí un folleto de una pizzería que servía a domicilio. Con ayuda del traductor y un bolígrafo Havva tradujo los ingredientes para seleccionar su pizza. Hice el pedido y pusimos la mesa. Cuando llego el repartidor con las pizzas nos sentamos a la mesa y las devoramos en silencio acompañadas por agua. No suelo tener refrescos en casa y no me apetecía probar el alcohol aún en la forma de un inofensivo vaso de vino. Cuando le pregunté si le gustaba su nuevo hogar respondió que sería un buen lugar para criar a nuestros hijos.

Un escalofrió recorrió mi espalda. ¡No había pensado en esa posibilidad! No había usado protección en nuestros encuentros. Solo me tranquilice cuando comento que eso sería más adelante. Ahora solo quería dedicarse a su maravilloso marido. La dejé en la habitación deshaciendo su equipaje y me fui al salón para llamar a Xavier.

—Hola Xavier, ya estamos en casa.

—Estamos... ¿Te la has traído?

La sorpresa en su voz era evidente.

—Sí, no me quedaba otra opción.

Xavier se mantuvo en silencio asimilando la noticia hasta que reacciono.

—¿Cómo qué no te quedaba otra opción?

No sería fácil explicarlo.

—Me llevó a ver a su familia y les dijo que nos habíamos casado. Su familia la había repudiado.

—Pero si el matrimonio no ha sido consumado...

—Sí, lo había sido...

—¿Cómo lo sabes? ¿Recuerdas qué hiciste aquella noche?

Habría preferido obviar ciertas cuestiones. No era de los que presumían de sus relaciones íntimas.

—No, pero por la mañana antes de salir de la habitación...

—¡Qué capullo! ¡Por eso perdiste el avión! ¿Está buena? Yo no la recuerdo. Espero que valiera la pena...

—Sí... Ahora estamos aquí, en mi casa. Llamare a Pau para que mañana anule nuestra unión.

Deseaba finalizar esta conversación, que discurría por incómodos derroteros para mí. Xavier estaba francamente sorprendido.

—¡Tío... Me dejas sin palabras! ¿Y después...? ¿Qué piensas hacer con ella?

—No lo sé... Buscarle un trabajo y un futuro aquí supongo, siempre será mejor del que le esperaba en su país.

—¡Buf! ¡Qué pasada! El lunes me cuentas toda la historia. Nos vemos. Adiós

—Adiós.

El lunes Xavier me sometería a un tercer grado. Me lo veía venir. Llame al artífice de este lío: Pau.

—Hola Pau.

Pau comenzó disculpándose.

—Hola Joan, siento lo que pasó. Íbamos todos pedo. Te juro que no recuerdo registrarlo. Mañana me pongo a arreglarlo...

—Gracias Pau, si debemos firmar algo házmelo llegar.

—¿Debemos? ¡¿No me jodas qué te la has traído a casa?!
Otro sorprendido. Aquello empezaba a cansarme.

—Sí, es una larga historia...

Que no deseaba contarle a nadie. Especialmente al principal culpable de semejante despropósito. Cuando se solventase le iba a caer una bronca del quince.

—Eso cambia las cosas... Os preparare la solicitud de anulación mañana y te aviso para pasaros a firmarla en mi despacho. Y me tendrás que contar esa historia. Suena interesante...

—Sí, como sea. Avisame cuando esté listo. Adiós.

—Adiós Joan.

Colgué el teléfono un poco más tranquilo. Las cosas empezaban a solucionarse. En pocos días volvería a estar soltero. ¿Qué hacer con Havva? Lo primero sería aprender castellano. Más adelante debería ayudarle a buscar un trabajo y una vivienda. Esto llevaría bastante tiempo. Mientras nos acostumbraríamos a convivir... Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Mi móvil comenzó a sonar, era mi madre. Los domingos solía comer con mis padres y este no me había pasado ni les había avisado. Mi cabeza estaba en otra parte.

—Joan, hijo. No has venido a comer. ¿Estás bien?

Mi madre sonaba preocupada. A diferencia de mi hermano Quim, yo no solía faltar a la cita los domingos en casa de mis padres. Menos aún sin avisar.

—Sí mamá, perdona. Estaba con trabajo pendiente y se me ha pasado la hora...

—Me tenías preocupada. ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que vaya a tu casa?

—No mamá. Estoy bien en serio.

Solo me faltaba que viniera y se encontrase con Havva. Le daría un infarto. Palidecí con solo imaginar la escena.

—Otra vez avisanos y no nos asustes.

—Sí, lo prometo. Un beso mamá.

—Un beso hijo, adiós.

Solo había retrasado lo inevitable. Tarde o temprano se enterarían y yo prefería que sucediese cuando volviera a estar soltero. Me convenía ir a dormir temprano. Estaba cansado del viaje y el lunes sería duro. Se lo dije a Havva y me acompañó solícitamente. Nos acostamos y tras un casto beso de buenas noches me giré dispuesto a dormirme. Havva captó la indirecta y no me molestó. Por la mañana me despertó una sensación agradable, como si tuviera un sueño erótico. Levante mi cabeza para ver como mi pene se perdía en la boca de Havva. Que me miraba de forma lujuriosa. Ella al verme despierto se puso sobre mí. Enfundando mi erección en su húmeda y cálida gruta. Su boca cubrió la mía y empezó a cabalgarme como una amazona. Esto era despertar en el paraíso. El

sonido del despertador fue la señal para que mi amazona pasase del trote al galope. Mientras mis manos amasaban su precioso trasero. Tuve que morderme un carrillo y así evitar acabar antes que ella. En cuanto noté sus primeros espasmos me vacié en su interior. Aquella mujer acabaría con mi salud. De la forma más dulce, eso sí. Me levanté, resistiéndome a la dulce tentación que suponía mi mujer. No era plan iniciar la semana llegando tarde al trabajo. Me metí corriendo en la ducha. Al salir me encontré el café recién hecho y ella vestida solamente con camiseta y braguitas. Me lo bebí solo, rápidamente esperando que el liquido caliente y amargo hiciera desaparecer la erección que mi mujer y su atuendo habían provocado. El trabajo me llamaba. Me despedí de Havva con un beso húmedo de agradecimiento sincero y salí a la calle con la sonrisa que había puesto en mi cara con su forma de despertarme. Con la tablet, el día anterior le había comunicado mi horario laboral y mi hora de regreso comer.

Capítulo 3

Joan había salido por la puerta hacía diez minutos. Me senté en el sofá y solté un bufido mezcla de alivio y satisfacción. Al fin podía relajarme. Las cosas hasta ahora habían salido bien, muy bien. La suerte me sonreía. Joan no imaginaba que su ingenua bailarina era más de lo que aparentaba.

Havva Yilmaz, doctora en historia, especializada en la Edad Media y los sefarditas. Hablaba perfectamente inglés y castellano. Era profesora titular en la facultad y había participado en varios congresos en otros países sobre la Edad Media, era una autoridad en la materia.

Pese a eso necesitaba de los ingresos adicionales que obtenía trabajando de bailarina, para ahorrar el dinero suficiente y cumplir mi sueño de emigrar a España. Estaba enamorada de ese país, por eso me especialice en los sefarditas. Soñaba con visitar los lugares históricos que solo conocía por los libros. Físicamente no estaba mal: 1,7m de estatura, una bonita cara de ojos negros y labios carnosos enmarcada por una larga cabellera oscura, rasgos caucásicos y piel ligeramente morena, Pechos no demasiado grandes pero bien proporcionados, espalda delicada acabada en un trasero rotundo, trabajado duramente en el gimnasio así como las largas y torneadas piernas.

Bajo la coraza de la eficiente profesional dedicada en cuerpo y alma a su carrera. Se ocultaba un corazón sensible como su padre. Desde que a los diez años abrazó su sueño de una vida dedicada a la historia. La adolescente curiosa dio paso a la mujer un tanto reservada que nunca dejó que un hombre se acercase demasiado a su corazón como para replantearse sus objetivos. Descubrió pronto que el futuro soñado por muchas de sus amigas de una boda fastuosa y un montón de niños correteando alrededor no era para ella. Había tenido su buena cuota de experiencia con el sexo opuesto a través de relaciones esporádicas. Utilizaba a los hombres de la misma forma que los hombres la utilizaban a ella. Era suficiente. Nunca necesitó más porque nunca trató de mirar más allá. Algún día lo haría claro. Buscaría un buen hombre y se casaría. Sí, pero antes debía cumplir su sueño y encarrilar su carrera. Probablemente no llegase a tener hijos. No se hacía ilusiones a sus 28 años de alcanzar sus objetivos con tiempo suficiente. Había aprendido de su madre que a veces eran necesarios grandes sacrificios para conseguir tus sueños. Conocía el precio a pagar por ellos y lo aceptaba.

Allí estaba, actuando como bailarina igual que cada sábado desde hacía dos años. Tiempo suficiente para aprender a manejarse entre un público masculino con demasiado alcohol en sangre. Si alguno causaba problemas (cosa bastante frecuente) el personal de seguridad se encargaba. Lo mejor no obstante era evitar los posibles conflictos y obtener en cambio generosas propinas. Aquella noche entre el público había un grupo de españoles bastante borrachos. Me acerqué a ellos para sacar a bailar a uno. Me gustaba escuchar su idioma. Escogí al que parecía el más tímido del grupo. Eran los menos conflictivos con las chicas. Cuando aquel hombre se puso en pie descubrí que era muy atractivo. Si estuviera sereno tal vez podríamos vernos al terminar la función. Hacía tiempo que no me daba una alegría. Después de intentar bailar con él una canción, le dejé junto a sus amigos. Al finalizar el espectáculo, me cambié y fui a tomar un refresco en la barra antes de irme a casa, allí aquel atractivo borracho volvió a hablar conmigo. Me hacía gracia oírle hablar en castellano con un extraño acento, tal vez a causa del alcohol (Ahora sabía que era por su origen catalán). Formaba parte de una despedida de soltero y de una forma bastante cómica

me confeso que se había enamorado de mí y quería casarse conmigo esa misma noche. Divertida, me acerqué con él a sus amigos, dispuesta a participar en la broma y a llevarme una buena propina. Uno de ellos dijo ser notario y que nos iba a casar.

Era mi oportunidad, diseñé un plan rápidamente, era difícil pero si salía bien... Cumpliría mi sueño. Hablé con un camarero y profesor de informática para “ayudar” al notario. Este se encargó de copiar sus contraseñas y enviar la copia firmada del enlace al registro telemático. Nos despedimos de sus amigos y tras sonsacarle donde estaba alojado, acompañé al hotel a mi flamante esposo que se quedó dormido casi antes de tocar la cama. Al menos no había vomitado. Le quite la ropa con cuidado. Estaba como un queso. Su culito prieto era toda una tentación, Lo tapé con las sabanas mientras llamaba a un amigo que trabaja en una joyería. Necesitaba dos alianzas para reforzar la historia. Una vez allí y después de probar varias de diferentes medidas, dio con las correctas para su anular izquierdo y el mío. Casi mil Euros de gasto que esperaba amortizar. Le hice una transferencia bancaria con el móvil para el pago. Tras despedirnos me desnudé y me tumbé en la cama dispuesta a dormir. Estaba muy nerviosa. Podía haberme tomado un somnífero de los que suelo utilizar a veces para conciliar el sueño rápidamente al llegar a casa los sábados. Lo descarté inmediatamente. Si me lo tomaba, dormiría hasta el mediodía y mi presa seguramente se escaparía. Así que me dispuse a pasar una noche de sueño intranquilo y programé la alarma silenciosa del móvil a las ocho de la mañana. Dudaba que en su estado mi acompañante despertase antes.

A las ocho de la mañana mi alarma me despertó de mi sueño profundo. A mi lado el leve sonido de su respiración indicaba que mi esposo seguía profundamente dormido. Me habría gustado unirme a él y volver a conciliar el sueño en aquella cómoda cama. Era un lujo que no podía permitirme. Con cuidado, me levante y entré en el baño cerrando la puerta para llamar a mi hermana.

—Buenos días Dilek.

—¿Havva? ¿Tienes idea de la hora qué es?

Mi hermana me respondió entre bostezos. La había pillado en la cama.

—Sí, las ocho. Levántate, necesito qué hagas algo por mí.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Mi hermana se desperezó al instante sonando preocupada.

—Estoy bien. Escuchame atentamente. Me he casado.

Dilek se despertó de golpe.

—¿Qué has dicho?

—Que me he casado. Ayer un grupo de españoles estaba de despedida de soltero y me he casado con uno.

—¿Cómo qué te has casado? Eso no es posible. Vivimos en Istanbul no en Las Vegas.

Mi hermana se resistía a creerlo. Yo haría lo mismo en su lugar. Traté de explicarle lo fundamental.

—Uno de los amigos es notario y en España están autorizados a celebrar bodas. Preparo los documentos y un amigo mío le ayudó a registrarlo telemáticamente.

—¿Un amigo tuyo?

—Se guardo la contraseña y lo registró.

—¿Por qué?

—Sabes que mi sueño es ir a trabajar a España. Por eso trabajo los fines de semana como bailarina. Con el matrimonio tendré la ciudadanía en un año.

—En cuanto te descubra tu marido anulara el enlace.

—No lo haré, para él soy una simple bailarina y eso seré hasta obtener la ciudadanía

—Estás loca hermanita.

Al menos sonaba divertida.

—No lo estoy. Prepara mi maleta grande con la ropa más simple y vieja que encuentres. Mete también mi pasaporte y el resto de documentos de identidad.

—No voy a hacerlo. ¡Es una locura!

Mi hermana negó rotunda. Necesitaba persuadirla, era una pieza fundamental en mi enrevesado plan.

—Dilek. Es mi vida y mi sueño. Harás lo que yo te diga.

—Cuando se entere mamá...

Sonaba amenazante. Mi madre sería un gran problema. Cuando se enterase. Corté su replica, no tenía tiempo para eso ahora.

—Yo me encargo de mamá. Lleva la maleta a casa de Mansur y me esperas allí. Te dejaran ropa adecuada para cambiarte.

—¿Ropa? ¿Qué papel debo interpretar en tu charada?

Eso tampoco le iba a gustar.

—El de hermana que lamenta la desgracia de su hermana mayor.

—Está me la pagaras hermanita.

Ignore el nada disimulado tono de reproche en su voz.

—Sí, tu haz lo que te digo. Te lo compensare.

—Lo dudo mucho. En fin, cuenta conmigo.

Mi hermana claudicó finalmente. Sabía cuan cabezota podía llegar a ser.

—Adiós Dilek.

—Adiós chalada.

Corté la llamada aliviada. La primera fase del plan estaba en marcha. Llamé al siguiente actor de mi particular comedia.

—¿Mansur? ¿Cómo estás?

—Hola Havva, estoy bien, en casa con mi familia. Llevaba tiempo sin saber nada de ti. ¿Estás bien?

—Sí, necesito que me hagas un favor. Un favor muy grande.

—Sí, por supuesto. tú dirás.

—Me he casado.

—¿Te has casado? ¿Y no me has dicho nada? ¿Acaso te avergüenzas de nosotros? No esperaba eso de ti. Estoy decepcionado.

Sonaba sorprendido y dolido. Tenía que explicarme rápidamente y ponerlo de mi lado. En cualquier momento se podría despertar mi bello durmiente y echarlo todo a perder.

—Deja que te explique, me casé ayer por sorpresa con un extranjero borracho para obtener la ciudadanía.

—¿Te casaste con un desconocido para conseguir la ciudadanía? No te tenia por una insensata.

Me estaba cansando de escuchar reprimendas. Si no le necesitase... En fin, lo corté igual que a mi hermana.

—Deja los sermones para otra ocasión. Si las cosas salen como preveo, vendremos hoy a la tienda a veros.

—¿Para qué? ¿Qué sentido tiene presentarnos ahora a tu extranjero?

Si no pensaba ya que estaba loca. Lo pensaría en cuanto le contase la siguiente parte de mi plan.

—Vosotros simulareis ser mi familia y tú, mi padre; me repudiaras por casarme con él.

—No se lo va a creer. No estamos en la Edad Media.

—Eso dejámelo a mí. Vestíos con las ropas más viejas que tengáis. Mi hermana vendrá a veros con una maleta. Y llama a benjamín para que venga a ejercer de traductor.

—¿Traductor? Pero si tú hablas...

—Ahora solo soy una simple bailarina solo hablo turco.

—Definitivamente has perdido la cabeza. Está bien, cuenta con nosotros. Puede que incluso sea divertido tomarle el pelo al extranjero.

Al final su aversión a los extranjeros había inclinado la balanza a mi favor. Esperaba que no sobre actuasen. Unas risas inoportunas podían dar al traste con todo.

—Sin risas. Confió en vosotros, gracias. Adiós.

—Adiós, cabeza loca.

Bien ya tenía todo preparado. Volví a la cama y me tumbé de espaldas. Me cubrí hasta la cintura con las sábanas y como toque final coloqué su mano derecha sobre mis pechos. Esperaría así a que se despertase. Más de una hora después, cuando me estaba quedando dormida noté movimiento en el otro lado de la cama. Se estaba despertando. Simulé seguir durmiendo para ver que hacía. Por el rabillo del ojo le vi entrar en el baño. Agudicé el oído al escuchar su voz. Debía hablar por teléfono. Su tono de voz se elevó al enterarse de su matrimonio. Bien, quería que otro le diese la noticia. Un buen rato más tarde salió del baño y empezó a vestirse silenciosamente. ¡El muy cerdo iba a dejarme abandonada a mi suerte en el hotel! ¡Sin la más mínima explicación! No se lo iba a poner tan fácil. Interpreté mi papel de esposa enamorada y me lo llevé a la cama. Cuando empecé a besarlo se animo. ¡No era suficientemente buena para compartir su vida, pero si para compartir su cama! Por ahora tendría que bastar. Estaba muy bueno y yo llevaba una larga sequía. Me encantó sentirlo en mi interior. Lo cabalgué furiosa hasta que nos corrimos los dos. Un polvazo. Me fui al baño a llenar un vaso de agua y disolví en él uno de mis somníferos. Volví a él ofreciendoselo y se lo bebió de un solo trago. Poco después cerró los ojos y no tardo en dormirse. Puse su teléfono en silencio para asegurarme que perdiera el vuelo. Por su billete sabía que salía a las 14:30. Le quité la camisa, única prenda que tenía puesta, me lavé en el baño y me acosté a su lado.

A las dos de la tarde decidí despertarlo. Lo zarandé suavemente hasta sentir que se desperezaba. Mientras yo fingía dormir. Volvió a meterse en el baño para hablar a escondidas. En esta ocasión aproveché para vestirme y esperarle sentada en la cama. Al salir del baño y encontrarme así, optó por usar los servicios de traducción de una recepcionista, para decirme que debíamos solucionarlo. Interprete mi papel de esposa ofendida para después fingir que cedía. Llamé a mi amigo Mansur y le avisé que íbamos a su casa. Cogimos un taxi y le di la dirección. Mi esposo se mantuvo tranquilo hasta que abandonamos el centro de la ciudad. Entonces trató de convencerme de volver y al no conseguirlo lo intentó con el taxista. La barrera del idioma resultó muy oportuna. Al llegar pagué al taxista generosamente con la condición de volver a buscarnos al cabo de veinte minutos. No necesitábamos más. Mansur y su familia junto a Dilek y Benjamín bordaron su actuación.

Volvimos al hotel con mi maleta y mi esposo convencido de que no podía abandonarme allí. Afortunadamente no era un miserable desalmado. Solo un hombre desbordado por la situación. A partir de aquel momento se portó correctamente. Le correspondí con sexo en varias ocasiones para mantenerlo satisfecho. Todas fueron muy placenteras también para mí. Era un amante competente. Un beneficio añadido a la convivencia. En Barcelona me mostré adecuadamente asombrada y en su casa fingí esforzarme para entender sus explicaciones. Esta mañana le había

dado un despertar feliz. Me pareció una buena idea y para que negarlo, a mí también me apetecía.

Capítulo 4

Eran las 08:30 y él volvería a las 15:00. Tenía muchas cosas que hacer hasta entonces. Cogí su portátil. Había llegado el momento. Me armé de valor, abrí el Skype y llamé a mi madre. En la pantalla apareció su cara, una versión mayor de la mía con unas gafas de montura fina. Sentada en el despacho de su consulta. La doctora Burcu Yilmaz, eminente psicóloga. Ella se había abierto camino en un mundo de hombres por su tesón y carácter. Era una mujer dura, echa a sí misma. Tuvo que renunciar a muchas cosas por su carrera, la estudió pese a la oposición de su familia. Su padre no se lo había perdonado y prohibió a los miembros de la familia relacionarse con ella. Cuando se casó con Berat Yilmaz catedrático de historia en la facultad donde estudiaba y cristiano. Nadie de su familia asistió a la boda. Tenía dos hijas, Dilek la menor de 24 años había estudiado economía y derecho. Ejercía de ayudante de un abogado mediocre en un bufete de cierto renombre. Y Havva la mayor de 28 años, había seguido los pasos de su padre estudiando historia. Se sentía orgullosa de sus hijas a las que quería y había intentado moldear a su imagen y semejanza a base de dura disciplina.

—¡Hija! ¿Cómo estás? ¿Ocurre algo? No es normal que me llames un lunes por la mañana y menos por Skype. ¿Tienes problemas con tu móvil?

—Hola mamá. No pasa nada malo. ¿Es qué tiene que pasar algo malo para qué llame a mi madre?

—Havva te conozco. Tengo una cita en diez minutos. Si no quieres nada importante te llamo luego.

—Bueno, si que tengo que decirte algo importante...

—Al grano, se me acaba el tiempo.

Esa era mi madre, todo tacto. Decidí soltar la bomba.

—Me he casado.

Burcu se quedó inmóvil unos instantes. Usando el interfono habló con su secretaria.

—Dilara, anula mi próxima cita. Y el resto de citas de hoy, me ha surgido una urgencia.

—Sí doctora.

Mi madre volvió a mirarme a través de la pantalla. Tremendamente seria.

—¿Dónde estás Havva? Creo que este asunto deberíamos tratarlo en persona. ¿No crees?

El tono de mi madre sonaba muy amenazador. En parte estaba feliz de que ese encuentro no pudiera producirse.

—No va a poder ser mamá, no estoy en Istanbul...

— ¡¿Y en qué lugar de nuestro maravilloso país se supone que estás?!

Ignoré el tono irónico de sus palabras.

—No estoy en Turquía, estoy en Girona una ciudad de España.

Burcu se quitó las gafas y se sujetó el puente de la nariz con los ojos cerrados. Necesitaba calmarse para poder mantener la conversación con su hija. Estaba más enfadada con ella de lo que había estado alguna vez. Su hija no había sido traviesa de pequeña. Pero ahora esto que había hecho era la madre de todas las travesuras.

—Jovencita, sera mejor que comiences por el principio... Sin omisiones.

—Sabes que los sábados por la noche trabajo de bailarina.

—Sí, no me lo recuerdes. Cuando pienso que una hija mía se rebaja a exhibirse como un

objeto, se me revuelve el estomago. Pensaba que os había educado mejor.

Rezongó su madre. Inmersa por un instante en el debate recurrente con su hija.

—Mamá ya sabes que necesito el dinero para cumplir mi objetivo.

—Lo sé. Pero rebajarte de esa forma...

—Tú hiciste sacrificios más duros por tu sueño.

—Sí, y esperaba daros un futuro mejor.

Decidí mostrarme conciliadora. Me había salido con la mía. No necesitaba restregárselo por la cara.

—Y nos lo has dado mamá, nos lo habéis dado tú y papá. Nosotras debemos seguir nuestro camino y superar los obstáculos como tú nos enseñaste.

—Está bien, sigue.

Concedió mi madre con tono resignado.

—El sábado entre los clientes había un grupo de españoles muy simpáticos. Estuve bailando con uno de ellos y más tarde me pidió matrimonio.

—¿¿Cómo qué te pidió matrimonio?! ¿¿Te has casado con un completo desconocido?! ¿¿Estás loca?!!

Aquello no iba a acabar bien. Nuevamente me felicite de tener una pantalla de por medio.

—Supongo que él y sus amigos habían bebido un poco. Entre ellos había un notario y se ofreció a celebrar la boda. Redactó los documentos en el ordenador del local y los firmamos.

—¿¿Te casaste el sábado por la noche con un español borracho?! ¿¿Tienes idea de lo absurdo que suena?! ¿Seguro que es legal? ¿Seguro que el notario borracho lo hizo correctamente?

Hasta a mí me sonaba fatal. Pero me cuidaría mucho de decírselo. Seguí explicándome.

—Bueno el notario tuvo un poco de ayuda. Un amigo me ayudó a registrar el enlace...

—¿¿Ya me extrañaba a mí que no hubiera algo ilegal de por medio!!

Mi madre estaba ya completamente histérica. Esperaba no presenciar un ictus.

—Nadie más lo sabe. El notario piensa que lo hizo él.

—¿¿Pues si que iban borrachos los españoles!! ¿¿Sigue!!

—Fuimos a dormir juntos y al día siguiente cuando despertamos...

—¿ Cómo es que no se largo solo a su país ?

—Le persuadí con mis encantos y lo deje dormido con un somnífero.

—¿¿Ahora podemos añadir secuestro a la falsedad documental!! No sé si debo seguir escuchando...

Seguí antes de que cortase la comunicación. Quería zanjar la cuestión de una sola vez.

—Al despertarse ya había perdido el vuelo y bajamos a recepción en busca de un interprete...

—¿Para qué necesitabais un interprete? Tú hablas castellano perfectamente. ¿Es que él está sordo?

—No, pero no sabe que hablo castellano. Para él soy una simple bailarina.

—¿¿Genial!! ¿¿Sencillamente genial hija!! Voy a reservarte una habitación en el manicomio. Al menos así evitarás la cárcel.

—No tiene porqué enterarse nadie mamá. Hasta ahora todo ha salido bien, incluso lo de mi familia.

—¿¿Tu familia?! ¿Qué quieres decir? ¿¿También nos has implicado en tu farsa?! ¿¿No te basta con hundirte tu sola que quieres arrastrarnos contigo?!

—No os he implicado. Necesitaba convencerlo y unos amigos simularon ser mi familia en la tienda...

Mi madre paso de la histeria a la incredulidad. Realmente hasta a mí me parecía el guion de

una comedia.

—¿Renegaste de tu familia y la cambiaste por unos tenderos? ¡Yo creía que eras una persona normal! ¡¿Cómo no supe ver tu locura?!

—Mamá... No podía presentaros como mi familia. No se habría sentido obligado a acogirme.

—Claro, porque tu familia tiene sentido común y hubiese detenido esta charada.

Ignoré su comentario y seguí con mi narración.

—Volvimos al hotel y cogimos un vuelo ayer. Ahora estoy en su casa. Él está en su trabajo.

—¿Y a qué se dedica tu borracho ?! ¿ A bailar desnudo en la calle? ¿Roba coches? ¿Es traficante de droga? Puedes decírmelo. No me voy a sorprender.

—No, es un buen hombre. Profesor universitario de ingeniería en la Politécnica de Girona.

—¡Vaya! ¡Un detalle de normalidad en esta locura! Resulta... increíble.

Mi madre se había quitado las gafas y me miraba como a un caso perdido. Seguí con la política de hechos consumados.

—Vale mamá. Puedo entender qué estés furiosa, que condenes mis métodos y pienses que estoy loca. Te recuerdo que tú nos enseñaste aquello de “ el fin justifica los medios”. Estoy en España y en cuanto obtenga la ciudadanía podré dejarlo y trabajar aquí, para eso llevo años esforzándome.

—¿Y si él anula el matrimonio?

—No podrá si yo no firmo y no pienso hacerlo.

—Puede pedir el divorcio.

—Yo sería una pobre víctima. Cualquier jurado lo despellejaría.

—Se descubriría quien eres y se acabaría la farsa.

—No se arriesgará. Ningún abogado le aconsejará en ese sentido.

—Lo tienes todo previsto... Debo añadir maquiavélica a tu repertorio de virtudes.

Mi madre parecía... resignada.

—Mamá no quiero discutir. Así están las cosas y así se quedan. Os mantendré informados a través de Skype y cuando tenga móvil os envié un mensaje para comunicarnos por él. Cuéntaselo a papá y dile que os quiero. Ahora voy a llamar a Dilek.

—Bien se lo diré. No me dejas otra opción. ¡Quiero saber de ti cada día! ¿entendido?

—Sí mamá. Adiós

Su madre estuvo mirando la pantalla en negro unos minutos. Había hecho bien en anular sus citas de aquel día. No estaba en condiciones de trabajar. Al llegar a casa puso al día a su marido.

—Esta mañana he hablado con tu hija Havva.

Cuando era “su hija” es que la había disgustado con algo. Berat se preparo para calmar a su esposa. El era más paciente y Havva era su ojito derecho. Doctora en historia como él.

—Por Skype.

—¿Por Skype? ¿Y el móvil?

—No está en Istanbul.

—¿Dónde ha ido?

—La loca de nuestra hija se ha ido a España. Se ha casado con un español borracho en una despedida de soltero.

—¿Qué dices? No puede ser...

—¿Qué más quisiera yo! Pero su increíble charada es cierta. Hasta Dilek le ha ayudado.

—¿Qué pinta Dilek en todo esto?

—Ella le llevó la maleta a casa de los tenderos que hizo pasar por su familia.

—¿Qué hizo qué?

—No repitas como un loro. Y dime que vas a hacer al respecto. Eres su padre. Tú le llenaste la

cabeza con esas ideas de vivir en España. Ahora debes solucionarlo.

—¿Cómo?

—Es tu problema.

Berat no aprobaba lo que había hecho su hija. Nadie en su sano juicio lo haría. Pero entendía sus motivos. Esperaba que todo le saliese como había previsto. Hizo lo único a su alcance, tratar de calmar a su histérica esposa.

—Tranquilízate cariño. Nuestra hija es una persona responsable. Seguro que tiene todo bajo control.

—¿Responsable?! ¡Ja! ¡Dime qué hay de responsable en todo lo que te he contado!

—No mucho, es cierto. Pero le ha salido bien. ¿No?

—¡Solo me faltaba esto por oír! ¡Lo apruebas?!

—No. Pero es mayorcita. No necesita de nuestra aprobación.

—¡Desde luego qué no! ¡Si la necesitase ya estaría volando de vuelta!

—Tranquilízate que te va a dar un ataque mujer.

—¡Es qué a diferencia de ti, yo tengo sangre en las venas! ¡No puedo quedarme cruzada de brazos como tú mientras nuestra hija mayor acaba en la cárcel!

—¿Por qué iba a ir a la cárcel? Casarse no es delito.

—Cómo lo ha hecho tu hija sí. ¡Hasta ha secuestrado a su marido!

—¿Lo ha secuestrado? ¿Cómo?

—No. Es una forma de hablar. Tu hija a hecho un montón de locuras en menos de veinticuatro horas.

—No es propio de ella.

—No. Si lo fuera haría tiempo que yo misma la habría internado en un manicomio.

—No seas melodramática.

—Mira... Cuando me serene te contaré toda la historia. Veremos entonces si soy melodramática o no.

En otro lugar Havva llamo a Dilek.

—¡Hola hermanita!

—¡Por fin! ¡Me tenías muy preocupada! ¡Ha sido la noche más larga de toda mi vida!

—Estoy bien, en España. Todo ha salido como estaba previsto.

—¡Buf! ¡Qué peso me quitas de encima! ¿Cómo es aquello? ¿Has hablado con mamá?

—Todavía no he visto mucho. Ahora saldré un rato a pasear por la ciudad. Sí, he hablado con mamá. No ha sido fácil...

—Con mamá nada lo es. Y en este caso está más que justificado.

—¡Qué sí! Os entiendo. Es mi vida y yo decido que hacer con ella.

—Hablas como mamá. ¿Mantendrás al menos el contacto y asegurarnos que estás bien?

—Cuenta con ello. Te dejo.

—Suerte hermanita. Adiós.

—Gracias.

Ya estaba hecho, les había explicado donde estaba y que había hecho. La charla con mi madre no se podría calificar de agradable. Su calificativo más suave fue “loca”. Pero impuse la política de hechos consumados. Después llame a la facultad para solicitar una excedencia. No pensaba regresar, pero deseaba mantener todas las puertas abiertas.

Me paseé por todos los rincones de la casa. La vivienda era bastante nueva. Y estaba limpia. La decoración inexistente, le daba un aire impersonal. Solo la estantería repleta de libros, la mayoría de ficción histórica en el salón y el ajedrez. Revelaban a un inquilino culto. El despacho

con su ordenador sobre la mesa y estanterías con libros técnicos a ambos lados, típico de un ingeniero. La ropa en el armario era simple y monótona. En el baño los productos de higiene básicos y una gran ducha que nos podría dar mucho juego pensé con una sonrisa. La cocina perfectamente amueblada y abastecida me había permitido prepararle un café por la mañana. Esta era ahora mi casa junto a mi nuevo marido (por tiempo limitado). No pensaba casarme todavía. De hecho no me consideraba realmente casada. Solo estaba interpretando un papel durante un tiempo para obtener la ciudadanía.

En el futuro si pensaba casarme realmente tras un prudente periodo de relación y convivencia. Deseaba tener la suerte de mi madre con mi padre. Eran mi modelo a seguir. Una pareja que se quería y se respetaba lo suficiente para desarrollar sus carreras profesionales al tiempo que cuidaban de sus hijas. Ahora interpretaría el papel de buena esposa, el tiempo suficiente para obtener mi objetivo. Esperaba que la convivencia fuera lo más llevadera posible. Mi marido parecía una persona tranquila. Un buen hombre desbordado por los acontecimientos. No debería ser muy difícil de manejar para una hija de Burcu Yilmaz. El tiempo confirmaría o desmentiría mi apreciación.

Decidí tomarme con calma mi adaptación. Comencé a buscar alguna receta para cocinar un plato típico con los ingredientes que tenía. Era lo esperado en una buena esposa. No sabía cocinar y tampoco me gustaba. En numerosas ocasiones mis amigas me decían que si no aprendía a cocinar no conseguiría un buen marido. Sonreí, ahora tenía un marido, no sabía si bueno ni durante cuanto tiempo. Me incliné por cocinar un tipo de albóndigas de carne especiadas (Köfte), un plato que no parecía muy difícil. El resultado fueron unas bolas muy hechas con demasiado picante. La cara de mi marido al ver el plato, empeoró cuando comenzó a comerlas. Apenas probó bocado y fingí no notar como jugaba con la comida antes de aparentar estar saciado. Yo había comido antes un poco de hambre. El jamón serrano que encontré en la nevera estaba de muerte. Habría comido más, pero no quería que Joan lo notase. En mi familia éramos cristianos y no teníamos problemas con la carne de cerdo.

Capítulo 5

La mañana se me había pasado volando. Durante el descanso había tenido que contar toda la historia a Xavier, entre risas y expresiones de admiración por la parte sexual.

El lunes al entrar en la facultad Xavier se me echó encima.

—¡Joan, tienes contarme qué demonios te ha pasado! ¿Cómo es que has vuelto con ella?

—En el descanso hablamos...

—Puedes estar seguro. No te vas a escapar.

Llego la hora del descanso y en una mesa situada en un extremo de la cafetería. Puse al día a mi amigo. De la forma más discreta posible.

—El sábado cuando te llamé acababa de levantarme.

—Sí, ya me lo dijiste. ¿Qué pasó por la noche?

—No lo sé. No recuerdo nada más de lo que te dije. Sabéis más vosotros que yo, acerca de lo ocurrido.

—¡Joder! ¿Y por qué no viniste a coger el vuelo con nosotros?

—Me quedé dormido.

—¿Cómo?

—Havva me arrastró a la cama y... bueno lo hicimos.

—¡Capullo con suerte! ¡Seguro que está muy buena...! ¿Por qué está buena, no es así? ¡Vamos muy pedo el viernes...

Le recriminé su tono de voz. No quería airear mi intimidad.

—Shhh, baja la voz, no quiero ser la comidilla de la facultad.

Xavier se mostraba fascinado por mi historia. Yo también lo estaría de estar en su lugar. Aunque mi situación no era tan mala.

—Perdona, sigue.

—Sí, está muy buena. Me tumbé un rato para descansar y me quedé dormido.

—¿No escuchaste el móvil? Te llamé una docena de veces...

—No, lo debí poner en silencio sin querer. Al despertarme te devolví la llamada. ¿Recuerdas? Ya era tarde para coger el vuelo.

—¿Y no pensaste en irte al aeropuerto y coger el siguiente?

—No era tan sencillo. Havva estaba sentada esperándome cuando salí del baño. Como no nos entendíamos, bajamos a recepción y busqué una interprete.

Xavier rio de buena gana imaginándonos.

—Debió ser una conversación interesante. Jajaja.

—Yo la recuerdo como muy incómoda. Intente explicar que había sido un malentendido y que necesitábamos encontrar a alguien para arreglarlo. Ella afirmaba ser mi legítima esposa. Al final aparentemente accedió a mi petición.

—¿Aparentemente?

—Sí, cogimos un taxi y ella le indicó el destino. No era ningún edificio gubernamental, era una tienda de comestibles.

—¿Una tienda de comestibles? ¿Qué se os había perdido allí?

Xavier preguntaba incrédulo. Tampoco yo lo creería si no lo hubiera vivido en primera persona.

—Su familia. Me presento a una humilde familia de musulmanes, su familia. Su padre la repudio delante de mí y no tuve más remedio que traerla conmigo.

Aquel giro dramático sorprendió a mi amigo.

—¿Cómo te enteraste de lo que pasaba? Aunque me imagino que por sus expresiones debiste hacerte una idea ...

—Les acompañaba un hombre mayor, descendiente de judíos sefarditas que hablaba castellano. El me sirvió de interprete.

—¡Vaya película tío! ¡Sigue, sigue!

Solo le faltaban las palomitas al capullo de Xavier. Estuve a punto de pedir una bolsa para él.

—Volvimos al hotel y cogimos un vuelo el domingo. Ahora está en mi casa.

—¿Nada más? ¿No habéis hecho nada interesante...?

Me preguntó Xavier moviendo las cejas arriba y abajo en una clara indicación de a que se refería. Me sonrojé un poco antes de responder.

—Sí, varias veces. La última esta mañana me ha despertado y...

—¡Esta mañana! ¡Joder qué suerte! Así venías tú con esa cara de bobo. Yo también la llevaría si me despertasen así.

Había admiración en su voz y un poco de envidia. Que te despierten así es el sueño de cualquier hombre. Sonreí pensando que en realidad es todavía mejor.

—¡Mas bajo joder! Si lo sé no te digo nada.

—Perdona tío, pero es muy fuerte...

—A mí me lo vas a decir.

—¿Y ahora qué?

—Pues a esperar que Pau prepare la anulación y vayamos a firmarla.

—¿Seguro que ella va a querer firmar? No parece querer que te deshagas de ella...

Xavier incremento mis dudas con las suyas. No, Havva no parecía muy dispuesta a deshacer nuestro enlace.

—Pues no sé... Espero que Pau tenga una solución.

Lo esperaba sinceramente. Él me había metido en aquel lio y él debía sacarme de él. Obvie mi entusiasta colaboración con mi rubrica en el documento del enlace. Más el asunto de las alianzas.

—Claro que si tío. Todo saldrá bien.

No sonaba nada convencido.

—Esa frase tuya me trae malos recuerdos...

—No seas cenizo. Ya verás.

—Por cierto, bonita alianza.

¡Eso! ¡Encima cachondeo! Le pregunté por ella.

—¿Sabes como la conseguí?

—No. Creo recordar que cuando os fuisteis no la llevabas. Pero no puedo asegurarlo. Revisaré si hicimos alguna foto.

—Sí, al menos así sabría algo más de la noche.

—Pues sí. Debe ser molesto no recordar tu noche de bodas.

—Lo es. Vamos a clase. Ya es la hora.

—Sí jefe.

Al llegar a casa me encontré con la comida hecha por mi mujer. Unas albóndigas quemadas con todas las especias posibles. Sencillamente incomible. Tendría que comer en el trabajo...

Pau me llamó a media tarde para decirme que la solicitud de anulación estaba lista y quedamos el día siguiente para firmar a las 14:00. Mañana volvería a ser un hombre libre. Tendría que

convivir unos meses con Havva hasta poder valerse por sí misma. No sería muy complicado, siempre que se mantuviera lejos de la cocina. En la cama encajábamos muy bien. Más animado me fui a dormir temprano con la esperanza de que Havva quisiera repetir el encuentro matutino. No hubo suerte. Ella se acostó más tarde. Se quedó viendo una película subtitulada ignorándome. Por la mañana no hubo despertar feliz, ni café. Salí a trabajar dejándola en la cama dormida. Bueno, no todos los días pueden ser fiesta, pensé.

Estaba enfadada, aquel cerdo pensaba engañarme para anular el matrimonio y abandonarme. Había tenido la desfachatez de conversar con su amigo delante de mis narices. Ajeno a que entendía todo cuanto decían. Por eso le negué el sexo. Se iba a enterar cuando estuviéramos en el notario. Dedicué la mañana a remolonear con el ordenador, a ir conociendo los trámites a realizar para regularizar mi situación en la ciudad.

La mañana transcurrió lenta a la espera de la cita con el notario. Mi nerviosismo iba creciendo a medida que se acercaba la hora. ¿Firmaría Havva? ¿Y si no lo hacía? Pau tendría que arreglarlo. Él me había metido en aquel lio, él debía sacarme.

Recogí a Havva y nos presentamos en la notaria sin cruzar palabra. Su silencio no auguraba nada bueno. Pau nos recibió enseguida y tras una breve explicación nos dio los documentos a firmar. Havva con mi tablet, empezó a copiar frases y traducirlas. Su rostro se convirtió en el de una furia y renegando para sí comenzó a escribir en la tablet en turco para mostrárselo a Pau. Le decía que el matrimonio se había consumado y no se podía anular. Ella era una esposa obediente y yo no tenía motivos para repudiarla. Pau se dirigió a mí con cara de circunstancias.

—Joan, Havva no desea anular vuestra unión.

—No me jodas Pau, tú me has metido en este lio y tú me tienes que sacar de él.

Pau no se mostró muy empático. Con tono contrito pero profesional dijo:

—Lamento la situación pero yo no obligué a nadie a firmar. Ahora tampoco puedo hacerlo...

Al no ofrecerme una alternativa se la exigí.

—Y bien. ¿Cómo lo solucionamos?

—Lo mejor es que la convenzas. Podéis llegar a algún tipo de arreglo económico...

Aquello pintaba peor de lo esperado. Pregunte incrédulo:

—¿Me dices qué debo pedir el divorcio?

—No, el divorcio no. Sería desastroso para ti, abusando de una inmigrante que no conoce el idioma. los medios te despellejarían y el abogado contrario te sacaría hasta la sangre.

¡Fantástico! ¡Genial! Expresé mi “entusiasmo” por la noticia.

—Traduciendo, que estoy jodido...

—Habla con ella. Seguro que llegáis a un acuerdo razonable.

¿Razonable? ¿Con Havva? Lo dudaba. No me lo iba a poner fácil.

—Sí, seguro. Vaya desastre.

Salimos de la notaria furiosos los dos. Comimos en un kebab en incómodo silencio y nos pasamos la tarde sin dirigirnos la palabra, cada uno rumiando su desgracia. No iba a resultar fácil recuperar mi libertad. Pau había sido claro al respecto. Tendría que hablar con mi hermano. Quim (Joaquín) Tenía 25 años. Licenciado en Derecho trabajaba en un prestigioso bufete de Barcelona. Podía imaginarme a mi hermano burlándose de mí al contárselo. En algún momento se iba a enterar. Suponía que me diría lo mismo que Pau, pero debía intentarlo.

Aquel cerdo había intentado engañarla y deshacerse de ella en la primera ocasión. Les había dado una lección. Ahora Joan estaba en mis manos, iba a conocer mi mala leche. Lo mantendría sin sexo hasta que mejorase su actitud. Poco podía presionarle con la comida después del éxito de mis albóndigas. No volví a dirigirle la palabra aquel día. Iba a convertir su vida doméstica en un

infierno.

Havva me ignoró toda la tarde. Al día siguiente llegué a la facultad de mal humor. Xavier me paró.

—¡Joder Joan qué mala cara traes hoy! ¿No has tenido un despertar feliz?

Lo que me faltaba, Xavier recordándome mi nueva situación.

—No. Ayer estuvimos en la notaria de Pau y cuando Havva supo de que se trataba se puso como una fiera y se negó a firmar. Ese es el problema.

—Era de suponer. ¿Y Pau qué dijo?

—Que no la podía obligar. Que ambos habíamos firmado voluntariamente para el enlace y de la misma forma debíamos firmar la anulación.

—¡Joder...! ¿No te ha dado otra alternativa como la separación?

—Me ha dicho que debo convencerla y llegar a un acuerdo. Que si me divorcio de una pobre inmigrante me van a sacar hasta el hígado.

—Hombre, visto así... Tiene su lógica. ¿Cómo piensas convencerla?

—No lo sé. De momento la apuntaré a un curso de castellano. Cuando esté preparada para independizarse, le haré ver que es lo mejor para ambos.

—Buena idea. Suerte con ella.

—Gracias, la necesitaré.

Además de suerte necesitaría tiempo. Tenía que aparcar la cuestión por el momento y centrarme en su integración en el país. Paré a comer antes de volver a casa. No me apetecía ni su comida ni su compañía. Cuando llegué me la encontré utilizando el ordenador. La saludé y ella alzó la cabeza y me miró como a un insecto. Ni tan siquiera se quitó los auriculares. Bajó de nuevo la cabeza y siguió con lo que hacía ignorándome. Seguía cabreada conmigo.

Entré en la cocina y me senté con un café delante para pensar. Intenté ver las cosas desde su punto de vista. Era cierto que ella se había aprovechado de mi estado de embriaguez, para conseguir un marido que le proporcionase un futuro mejor. Podía entender su deseo de no acabar como sus padres o peor. Con su edad y su trabajo difícilmente encontraría un marido en su sociedad (o eso creía yo). Me había convertido en su tabla de salvación. Ella había apostado por mí, jugándose todo lo que tenía. Había dejado su país y su familia para que al día siguiente intentase engañarla, anular nuestro enlace y abandonarla a su suerte en un país extraño. No pensaba hacer tal cosa, pero ella no podía saberlo. Ni esperarlo, teniendo en cuenta mis acciones. Me había vuelto a portar como un miserable egoísta con ella. Como había hecho la mayor parte del tiempo que habíamos pasado juntos. Ella me había provocado, pero no obligado a practicar el sexo. Había sido un necesario y entusiasta colaborador en aquellas prácticas. Necesitaba cambiar la imagen que tenía de mí. Ganarme su confianza. Empezando por comportarme como el hombre íntegro que creía ser. Mi vida había dado un giro espectacular. La de ella todavía más. Había renunciado a todo. Solo me tenía a mí. Lamente la mayoría de mis acciones no en el fondo pero sí en las formas. Eso debía cambiar. Actuaría con más calma a partir de ahora. Pensando en ella antes de hacer o decir algo que nos afectase a ambos. Con esa determinación empecé a planificar los siguientes pasos. Ella dependía completamente de mí. Y así sería al menos durante una buena temporada. Aprender el idioma, integrarse, aprender un oficio y encontrar trabajo requerían tiempo y la colaboración de la implicada. Demostrarle que no iba a abandonarla. Debía asumir (aun de forma temporal) mi nuevo estatus. Estaba casado con Havva. Era el responsable de cubrir sus necesidades. Pensé en hablar con ella esa misma noche para comunicarle mi decisión. No, no era buena idea. Ella no se fiaba de mí y no le faltaban motivos. Dejaría que mis actos hablaran por mí. Solicité unos días libres. Me correspondía una quincena por la boda. Al no haberla solicitado

con antelación no podía tomármela sin el aviso previo. Tal vez más adelante pudiese disfrutarla (mejor a solas).

Capítulo 6

El día siguiente comencé un particular vía crucis burocrático. La primera mañana le pedí a mi desconfiada esposa que me acompañara. Ella preveía un nuevo intento por mi parte de anular el enlace en cuanto llegamos a los juzgados de paz. No oculto su sorpresa cuando me dirigí a un funcionario para solicitar el libro de familia. Pasamos también por el Ayuntamiento a empadronarla y por el centro de salud para solicitar la tarjeta sanitaria. Tuvimos que hacer un montón de copias de documentos y fotos carnet de Havva para realizar los trámites. Paramos a comer en una pizzeria y por la tarde en una academia de idiomas cercana a mi piso, donde impartían cursos de castellano y catalán subvencionados por la Generalitat. Allí la inscribí en el de iniciación de castellano. Le sería más útil para poder trabajar en cualquier zona del país.

Acompañé a mi marido por las diferentes administraciones en calidad de sumisa esposa que no entiende nada. Firmé todos los documentos que Joan me entregó. Los primeros los revisé cuidadosamente. Usando la tablet para traducir partes y de paso ganar tiempo. Todo era correcto. A medida que se sucedían los trámites revisaba los documentos más rápidamente y me fui relajando. Parecía que Joan había aceptado la situación y al menos por ahora se comportaba debidamente. Antes de volver a casa pasamos por el supermercado en el que un paciente Joan se dedicó a explicarme todas mis dudas acerca de diversos productos, al tiempo me preguntaba por mis gustos y restricciones alimentarias. Nos pasamos varias horas en esa primera visita juntos. Para salir cargados de bolsas con las que intentar subsistir unos días. En casa, Joan preparó una ensalada con pollo para ambos.

Tras la cena pensé empezar a explicarle como funcionaban la lavadora y secadora. Ambos estábamos agotados así que lo deje para el día siguiente. Durante el resto de la semana nuestra rutina no varió. La mañana se dedicaba a trámites y las tardes después de las clases de castellano de Havva. Me dedicaba a enseñarle el uso de los electrodomésticos y cualquier cuestión que me plantease con la tablet. Con ayuda del portátil, le di unas nociones básicas del país, la ciudad y los usos y costumbres de la gente.

Me fui relajando gradualmente. Joan estaba haciendo lo correcto. A la fuerza o no, se estaba comportando como un buen marido. Tras el primer día de trámites envié un mensaje a mi hermana diciéndole que esta semana no podría hablar con ellas. Empece a colaborar activamente en la cocina y las tareas de la casa. Conversábamos con la limitación del traductor de la tablet y la convivencia resultó más agradable. El sábado finalizaría el periodo de celibato. Lo recompensaría en la cama, (con la cocina mejor no intentarlo) por su buen comportamiento. Llevábamos desde el lunes sin el menor contacto físico y a mí también me apetecía. Joan había demostrado ser un buen amante. Si tenía que representar un papel. ¿Por qué no disfrutar de sus beneficios? Con esa idea en mente lo torturé un poco el sábado. Era un día dedicado a las tareas domésticas. Me puse a hacerlas con Joan vestida tan solo con unas mallas de deporte como una segunda piel y un top deportivo sin sujetador. Estuve todo el día mostrándome y rozándome a la menor ocasión. Divertida por su estado de permanente excitación, que le obligó a cambiar el pantalón de chándal por unos vaqueros para disimular un poco.

Estaba en un estado de permanente excitación. Mi mujer llevaba una indumentaria de trabajo que no dejaba nada a la imaginación. Para colmo sus roces involuntarios de su trasero con mi entrepierna y de sus pechos con mi torso y espalda me habían obligado a ponerme un incómodo y

rígido pantalón vaquero para disimular mi erección. No me atrevía a intentar nada, no estaba seguro de la respuesta por su parte. Durante estos días que había empezado a regularizar su situación, había notado que la actitud de Havva frente a mí se suavizaba. No obstante no había habido acercamiento físico hasta hoy. Empezaba a mostrar síntomas del síndrome de bolas azules. Al terminar, ella se metió en el baño para ducharse. Pensé aprovechar la mía para descargar la tensión acumulada. Al verla salir desnuda, con un halo de vapor envolviendo su piel y la sonrisa del gato que va a comerse al ratón, me lancé sobre ella. Si me había equivocado me disculparía. Afortunadamente no fue necesario. Havva me abrazó y me desnudó rápidamente para después lanzarme sobre la cama. Se acercó a mí como una leona y sentada a horcajadas cabalgó mi erección sin preliminares, su cálida humedad me alojó sin problemas. Con movimientos lentos al principio, que pronto ganaron velocidad. Me alcé y me dediqué a besar, lamer y morder aquellos deliciosos pechos que no probaba desde el lunes. Mantuve a duras penas el control para permitir a ella llegar antes que yo. El orgasmo de ella desató el mío y terminamos abrazados en una nube de placer postcoital. Cuando volví a abrir los ojos me encontré frente a su cara que me miraba con una sonrisa. Me sentí bien en aquel momento. Olvidando por un instante como habíamos llegado allí. Me limite a disfrutar de aquel instante.

Allí sobre él sonreí satisfecha. La labor de calentar a Joan también me había afectado. Creí que él se lanzaría sobre mí en cualquier momento. Me sorprendió al respetarme pese a las evidentes señales. En la ducha llegué a la conclusión de que me tocaba tomar la iniciativa. Después de la ducha salí desnuda a por él. En la cama había disfrutado de un fabuloso orgasmo. Fui consciente del esfuerzo que hizo Joan para no acabar antes. Sonreí, Joan era un buen hombre. Sabía que aquello era temporal. Joan esperaba que tan pronto pudiese independizarme lo dejásemos. Era también mi objetivo. Si la convivencia resultaba placentera, tanto mejor para ambos. Había cambiado el curso de castellano por uno de catalán (detestaba perder el tiempo) con el mismo horario. Tendría que comunicárselo a Joan en algún momento. Mucho más tarde conseguimos separarnos. Nos volvimos a duchar juntos, esta vez entre caricias cómplices que mantuvieron la sonrisa en nuestras caras. Preparamos una ensalada de pollo para cenar. Nos acostamos abrazados y nos dormimos con el latido de nuestros corazones de fondo.

El domingo nos sorprendió en una posición similar. Pensé no por primera vez que esta convivencia forzada tenía sus ventajas hasta que una idea me cambió la cara. Un niño, lo habíamos vuelto a hacer sin preservativo y ya iban unas cuantas. La idea de que Havva pudiese estar embarazada me heló la sangre. Ella no querría abortar. Nunca había sentido la necesidad de ser padre y tener un hijo en común con una extraña no era un aliciente. Me levanté y me senté sobre la cama, cogí la tablet de la mesita y empecé a escribir en el traductor. ¿Cómo preguntárselo sin parecer un capullo? No era tarea fácil. Menos si debía hacerse por escrito. Ahora que habíamos establecido una convivencia agradable. Debía ser muy cuidadoso para no estropearla.

Me acerqué a su espalda y me dediqué a leer los textos que Joan escribía y borraba cada vez más nervioso.

Al ver la cara curiosa de Havva sobre mi hombro izquierdo. Pensé que tenía que haber salido al salón para preparar el texto. Ahora ya era tarde. Havva se levantó y rebusco en su bolso hasta dar con un blister de píldoras, lo dejó en mi regazo y cogiéndome la tablet escribió que eran anticonceptivos. Los tomaba para regular su periodo. No deseaba que fueran padres todavía.

Decidí terminar con su suplicio. Capté la idea con las primeras frases que escribió. Valoré torturarlo un poco con la duda. No era necesario. Entendía como debía sentirse. Yo tampoco estaba preparada para la maternidad. Hacía tiempo me había mentalizado y probablemente no lo sería nunca. En el momento que mi carrera estuviese encarrilada en España ya no tendría edad

para ello. Ahora pensé, si conseguía mis objetivos antes y encontraba al compañero adecuado (alguien como Joan) tal vez podría ser madre. Dejé el tema para más adelante y me dispuse a tranquilizar a mi esposo. No seríamos papás por ahora.

Al reconocer las pastillas y sus implicaciones respiré aliviado. Aunque una minúscula parte de mí no se había opuesto a la imagen de un niño caminando entre nosotros dos cogiendo nuestras manos con sus manitas. La convivencia con Havva estaba sembrando mi cerebro con ideas absurdas.

El domingo tocaba comida familiar. El anterior no había asistido y si no me presentaba este mi madre aparecería en casa. Avisé a mis padres que traería una invitada vegana. Solo confesaría que era musulmana si no quedaba más remedio.

Recibí la noticia de la comida familiar con inquietud, imaginándome la escena. Con unos padres como los míos (en especial mi madre) correría la sangre. La mía, para ser más exactos. Durante el trayecto a pie intenté mentalizarme para soportar la reunión. No hablar el idioma me evitaría intervenir activamente. Por otro parte sus padres se sentirían libres de expresarse con mayor libertad. Llegamos a casa de sus padres tras media hora de paseo.

Sabía que mi hermano no asistiría. Mejor, sus pullas no serían de ayuda el día de la presentación de Havva.

—Papá, mamá. Os presento a Havva.

—Un placer Havva, eres muy guapa. ¿De qué os conocéis?

Mi madre la miro con curiosidad. No en vano era la primera mujer que llevaba a su casa.

—Mamá, Havva no habla castellano...

—¿De dónde eres Havva?

Mi madre ignoró mis palabras e insistió

—Havva es turca.

—¿Turca?

La cara de mi madre fue cambiando. No parecía tan contenta como unos minutos antes.

—Sí, la conocí en el viaje que hicimos con los amigos...

—¿La despedida de soltero de Raúl? ¿No sera una striper por Dios?

Mi madre estaba escandalizada. Intente rebajar la tensión.

—No mamá es una bailarina profesional.

—¿Bailarina? ¿Y se puede saber qué hace en nuestra casa?

—Digamos que ella y yo somos amigos...

—¿Qué clase de amigos?

—Amigos, mamá, ya sabes...

No deseaba aclarar nuestra relación. Al parecer no era el único con derecho a voto en esta cuestión.

—Yo no sé nada.

Havva y mi padre asistían al duelo dialéctico como espectadores de un partido de tenis.

Havva cogió la tablet y se puso a escribir, para después mostrarla a mi madre.

“ Buenos días, mi nombre es Havva. Ustedes deben ser los progenitores de mi esposo. Les ruego me acepten desde ahora como su hija”.

Mi madre palideció a medida que iba leyendo en voz alta.

—¡Joan! ¡¿Es eso cierto?! ¡¿Te has casado?!

—Mamá...

—¡¡Contestanos!!

Estaba histérica. La confesión de Havva me iba a proporcionar el mal trago que deseaba evitar.

—Sí, bueno. Es complicado...

—¡¡Cómo se te ocurre!! ¡¿Te has vuelto loco?! ¡¿O quieres matarnos a tu padre y a mí de un disgusto?!

—No te pongas dramática mamá.

—¡¡Tu hijo dice qué no me ponga dramática!! ¡¿Cómo si llegar con una esposa turca fuese la cosa más natural del mundo!! ¡¿Guiem dile algo al niño!!

Mi padre decidió intervenir para contentarla.

—Joan, a tu madre no le falta razón ¿Puedes explicarnos qué ha pasado?

Les expliqué una versión muy edulcorada de la historia. Sabiendo que Havva no podría contradecirme. Una de las pocas ventajas de que no hablase nuestro idioma. Después comimos en silencio.

—¿Havva, es realmente vegana?

Pregunto mi madre que había atado cabos.

—No exactamente, es musulmana y no come cerdo.

Havva se cuidó de contradecirlo. Si no entendía castellano...

—Hijo. ¡Es qué no se van a acabar los sobresaltos! ¿No estará embarazada? ¡¿No se te ocurra mentirme!!

—No mamá. ¿Cómo se te ocurre?

Me cuidé mucho de decir que yo había planteado la misma cuestión esta misma mañana a mi esposa, si no lo estaba era gracias a ella, no a mí.

—¡Pues con lo que has contado hasta ahora, me parecería lo más normal!

Mi madre se levanta para traer un postre con una pinta deliciosa. Pero a medio camino dio la vuelta y regreso con fruta.

—Como nuestra invitada no puede comer el pastel, vosotros tampoco. Hoy fruta.

Guiem movió la cabeza con pesar, Joan no abrió la boca y Havva se quedó sin probar aquel pastel que tan buena pinta tenía.

La sobremesa supuso un tercer grado por parte de su madre a Joan. Havva se libraba temporalmente gracias a su desconocimiento del idioma.

—Hijo mío, el matrimonio es una cosa seria. No puedes casarte con alguien sin conocerlo. Compartir la vida, los hijos. ¿En qué estabas pensando?

¿Qué estaba borracho como una cuba? No, mejor una respuesta más diplomática. La sinceridad está sobrevalorada.

—No lo sé mamá. De todas formas Havva asiste a clases para aprender el idioma, poder encontrar un trabajo y ser autónoma. Entonces veremos...

—Eso está mejor. No parece mala chica, pero sois muy diferentes. Nunca hubiese imaginado que lamentaría verte casado.

Mi madre nos insistía regularmente a ambos hermanos. Quería nietos a los que malcriar. Tal vez después de que esto se solucionase, mi madre dejaría de insistir durante una temporada.

—Mamá, Havva y yo nos llevamos bien. Lo del idioma es molesto pero nos vamos adaptando.

Mis respuestas tranquilizaron levemente a mis padres. Mi padre zanjó la cuestión

—María, el noi ja es gran per prendre les seves decisions. (María, el chico ya es mayor para tomar sus propias decisiones.)

—Gracies pare.(Gracias padre.)

—I tú vigila bé el que fas. (Y tú mira bien lo que haces).

—Si pare. (Sí padre).

—Bien pues si todo está claro, Havva bienvenida a la familia.

Dijo mi padre abrazando a Havva. Que le correspondió agradecida y sorprendida.

—Bienvenida Havva, cuando nos entiendas tú y yo tendremos una larga conversación.

Mi madre la abrazo también.

Me sentí mejor. No tenía una opinión definitiva sobre mi marido, pero al menos sus padres parecían buenas personas. Los míos habían encajado mucho peor la situación. Tratándome de loca para arriba. Parecían gente sencilla y desde luego eran más afectuosos que los míos. Ya no recordaba la última vez que mi madre me había abrazado.

Estaba razonablemente satisfecho. La reacción de mis padres (especialmente la de mi madre) me pareció muy comedida. Suponía que cuando Havva dominase el idioma le tocaría a ella someterse al interrogatorio.

—¿Sabe tu hermano qué te has casado?

—No mamá. Esta tarde le llamare para decírselo.

—Bien. Haber si a partir de ahora empiezas a hacer las cosas como tocan.

—Sí mamá...

Cuando volvimos a casa me encerré en la habitación para hablar con mi hermano con tranquilidad.

—Hola Quim. ¿Cómo estás?

—Bien, apurando el domingo. Ayer volví a casa acompañado y esta mañana se me han pegado las sabanas.

Mi hermano Quim. Genio y figura. Le conteste con un poco de envidia. Aquello se había terminado para mí, al menos temporalmente. No era un gran sacrificio, como lo sería para mi hermano. Mi vida solía ser más tranquila.

—Tú no pierdes el tiempo.

—Solo aprovecho ahora que somos jóvenes. Tú deberías hacer lo mismo. Ahora no tienes la excusa de los estudios. Eres un hombre joven y libre, deberías actuar como tal.

Típica contestación de mi hermano. Que ahora no se ajustaba a la realidad. Empece a darle la gran noticia.

—Sí, respecto a eso de libre... ha sucedido algo.

—¿Ah, sí? ¿Mi hermanito se ha echado novia? ¡Qué callado te lo tenías!

—No exactamente. Me he casado.

—¡¿Casado?!

—Es una larga historia...

—Pues ahora me la cuentas, seguro que vale la pena.

Le conté a mi hermano los sucesos ocurridos sin edulcorar. Él me interrumpió en numerosas ocasiones para reírse o burlarse de mí.

—Y eso es todo. Ahora Havva es mi mujer.

—¡Qué fuerte tío! Parece el guion de una película americana. ¿Quién me iba a decir que mi hermano el responsable se metería en semejante lío? Estoy deseando conocer a mi cuñada. El próximo domingo no me pierdo la comida familiar.

—Ya veremos... Ahora que lo sabes todo, quería pedirte tu opinión sobre el asunto de la anulación.

—Lo siento Joan, coincido con Pau. Estás jodido.

—¡Hombre, gracias por tu apoyo!

Ten hermanos para esto, pensé.

—Es lo que hay hermano. No voy a engañarte. Nos vemos el domingo.

—Sí adiós.

La conversación con Quim me confirmó el diagnóstico de Pau. Estaba en manos de Havva. Visto así y dado lo diferente que era la convivencia si estaba de buenas o de malas. Por mi propio bien intentaré mantenerla de buenas. Me sorprendió darme cuenta de la rutina doméstica creada en los pocos días que llevamos juntos. Havva era inteligente, sensible y dulce. Una leona o dulce gatita en la cama. Me gustaban ambas versiones. La convivencia podría ser muy agradable.

Capítulo 7

El lunes por la mañana salí por primera vez a pasear por la ciudad. Sin otro propósito. Pese al frío hacía una mañana soleada. Las calles estaban húmedas por el rocío.

Girona era una bonita y tranquila ciudad. Tan diferente de Barcelona que casi parecía un pueblo. Las gentes se movían a un ritmo más pausado. Entre los ríos Ter y Onyar. La estampa del casco antiguo desde los puentes era digna de postal. Callejeé por él, sin prisa.

Girona era una de las ciudades que soñaba visitar. No la primera, pero estaba en mi lista. Al pasear por ella sentía como una parte de mi sueño se cumplía. Me empapé de la historia que guardaban aquellas calles y sus edificios. Era un bonito lugar para vivir. Ese pensamiento me sorprendió. En mi sueño yo vivía en Barcelona, Córdoba o Granada. No me había planteado residir en Girona. Aunque no estaba mal.

Además en Girona estaba Joan. Ese hecho me provocaba sentimientos encontrados. ¿Acabariamos bien o no me perdonaría mi farsa? Deseaba que fuese la primera opción. Tal vez, con el tiempo pudiésemos ser amigos. Sí, Joan era un buen hombre. Me gustaría que fuésemos amigos al final. Deseché esa línea de pensamiento. Faltaba mucho para ese momento. Ahora debía vivir el presente y disfrutar de esta maravillosa ciudad y del marido temporal que me había tocado. Me paré en una sencilla y antigua cafetería con sus mesas circulares de mármol. Me pedí un té. Disfrutando del lujo del tiempo. Del paseante sin prisa. Definitivamente podría acostumbrarme a esta vida.

Más adelante pensaba aprovechar para visitar las bibliotecas y archivos históricos. La historia era mi pasión. Desde pequeña me encantaba que mi padre me contase relatos de otras épocas y lugares. Viajaba con él en mi imaginación. De esta forma se grabó mi vocación en mi cerebro. No podía ser otra cosa que historiadora. Y algún día visitaría los lugares donde sucedieron aquellas historias. En el antiguo Al-Andalus. Hoy España y Portugal.

Pues bien, lo había conseguido. Al menos, por el momento estaba aquí. Un bello lugar lleno de historia. Mi padre estaba orgulloso de mí. Mi madre..., mejor no pensarlo. Esperaba el día que tuviera una casa y pudieran visitarme aquí. Llevaría a mi padre a recorrer todos los lugares de los que tanto habíamos leído e imaginado a través de su historia. Deseaba ver su expresión cuando contemplase esos lugares.

Berat Yilmaz era un padre cariñoso. Un eminente historiador que siempre sacaba tiempo para sus hijas, a las que adoraba por encima de todo. Aquel sueño también era su sueño. No estaría completo si mi padre no lo disfrutaba también. Todo llegaría. Ahora saboreaba los entrantes del magnífico banquete que era mi sueño para mí.

Volví a casa antes del regreso de mi marido. Cuando lo hizo, lo abracé con fuerza y lo besé. Era feliz y necesitaba compartir mi felicidad. Él sorprendido al principio con mi efusividad, enseguida me correspondió con un abrazo de cariño sincero y un beso profundo que prometía otros placeres.

El lunes por la tarde le pregunté a Havva si quería apuntarse al gimnasio. Desconocía como se mantenía en forma en su país. Era evidente que hacía bastante ejercicio. Sus músculos tonificados, los había podido disfrutar, eran buena prueba de ello. Nos presentamos en mi gimnasio. Le abrieron ficha y le dieron su carnet de socio. Cada uno se dirigió a su respectivo vestuario. Havva salió con un chándal holgado que cubría su figura en sintonía con su papel de esposa recatada.

Acepte encantada la propuesta de Joan para apuntarme al gimnasio. En casa asistía a clases de pilates y zumba. Además de hacer un poco de cardio y pesas. Me vestí con un chándal holgado que disimulaba mis curvas para la primera sesión. No deseaba llamar demasiado la atención

—Mirad chicos vaya pintas que lleva esa tía. Jajaja.

Dirigí la mirada hacia el mismo lugar que los chicos de las maquinas cercanas para ver aparecer a Havva con pinta de maruja. Respondí al saludo de ella de forma discreta y seguí a lo mío sin prestarle atención. Debería haber asistido en otro horario. Los chicos se burlarían de mí si supieran que era mi esposa. La ignoré durante toda la sesión. Seguí mi rutina habitual y cuando unas chicas que salían de clase de zumba se pararon a hablar con nosotros. Les seguí el juego y el tonto inofensivo.

Salí del gimnasio echando humo por las orejas. Si ya no me había gustado que me ignorase. Su flirteo con aquellas chicas frente a mis narices me enfureció. No necesitaba ver más. Una cosa era que aquel no fuese un matrimonio convencional. Y otra bien distinta que me humillase de esa manera flirteando con otras en mis narices. Volví a casa y tras ducharme y cenar, me fui a dormir antes del regreso de Joan.

Me quedé a tomar unas cervezas con los chicos y al llegar a casa me encontré las luces apagadas. Estaba dispuesto a cumplir con mi responsabilidad con mi mujer. Al mismo tiempo deseaba seguir viviendo mi vida anterior, en la medida de lo posible.

El martes simulé dormir mientras Joan se duchaba y se tomaba un café, antes de salir a trabajar. Me levanté al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. Seguía enfadada. Salí a caminar. El cielo encapotado reflejaba mi estado de animo. La ciudad lucía desangelada a mis ojos. Volví a pararme en una cafetería y con una infusión en mi mano, reflexioné sobre la situación ¿Tenía motivos para estar enfadada? ¿Tanto me afectaba lo que Joan hiciera? La respuesta a ambas preguntas, para mi desgracia era afirmativa. Al parecer me había metido tanto en el papel de esposa, que sentía como tal. Eso podía ser un serio problema. Podía afectar a mi buen juicio y mi control. Había demasiado en juego para permitirme semejantes lujos. Tal vez si persuadía a Joan de las ventajas de portarse adecuadamente evitaría salir de mi zona de confort. Era un hombre, No le gustaría estar en el otro lado de la ecuación. Más teniendo en cuenta que yo manejaba los tiempos de nuestra relación. No le convenía tenerme descontenta, y él lo sabía. El miércoles le daría a probar un poco de su propia medicina. Con aquella resolución volví a casa de mejor humor. El resto del martes y el miércoles me comuniqué con Joan lo mínimo posible usando solamente monosílabos. Sabía que estaba molesta. Pero no debía imaginar la sorpresa que le tenía preparada en la próxima visita al gimnasio. No le iba a gustar en absoluto.

El miércoles le dije a Havva que me iba al gimnasio. Ella estaba sentada en el sofá con el portátil. Asintió. Aquel día iría solo. Mejor, me ayudaba a desconectar. También me gustaba disfrutar de mi vida tal y como era antes de conocerla. Sin agobios ni preocupaciones.

—Hey chicos. ¡Carne fresca!

Me giré para observar un delicioso trasero embutido en unas mallas. En la parte superior se apreciaba una buena porción de piel solo cubierta por un top deportivo. La chica que corría en la cinta estaba muy buena y me resultaba familiar. Al bajarse de la cinta se dio la vuelta mostrando una delantera bonita aunque no demasiado prominente. Se aparto la toalla de la cara y descubrí que era Havva. Mi Havva. El cambio de indumentaria había sido radical. Pasó frente a mí ignorándome y se subió a una elíptica. No tardaron en acercarse varios chicos a disfrutar de las vistas , dándole conversación para ligarsela y ella parecía encantada con su atención.

Asistía al espectáculo con evidente malestar. Me marché a casa para evitar montar una escenita. Me duché y cené solo mientras mi cabreo ganaba enteros al ritmo de las manecillas del

reloj. Havva no había vuelto todavía y yo llevaba más de una hora en casa. Me senté en el sofá a esperarla. Tendríamos una charla. No iba a tolerar ciertos comportamientos por su parte. No estaba dispuesto a lucir una cornamenta con nuestro matrimonio temporal. Sabía que no era el único motivo ni siquiera el principal. Mi yo troglodita, que reconocía a Havva como mía estaba en el centro de mi ira. Tan absurdo como era ese sentimiento para mi yo racional teniendo en cuenta que esta situación era temporal. Reconocer la realidad y el alcance de mis sentimientos por Havva no era prioritario. Debía concentrarme en reconducir su actitud. Más adelante lidiaría con mis sentimientos. Al fin apareció Havva por la puerta. Cogí la tablet e inicié el interrogatorio.

—¿Cómo llegas tan tarde?

—Al salir unos chicos muy simpáticos me invitaron a tomar algo en la cafetería. Ahora vengo de allí

—¿Te parece normal?

—No sé que quieres decir.

Havva estaba siendo deliberadamente obtusa. Decidí hablarle claro.

—No me parece correcto que mi mujer me ignoré en el gimnasio y se dedique a ligar en mis narices. No voy a consentir que lo vuelvas a hacer.

—Es lo mismo que hiciste tú conmigo el otro día ¿Qué harás si vuelvo a hacerlo? ¿Pedirme el divorcio? Si quieres que me comporte como una buena esposa, comportate tú como un buen marido.

—¡Yo no hice nada malo!

—Yo tampoco. Pero supongo que además de serte fiel quieres que lo aparente. ¿Cierto?

—Sí.

—Pues exijo lo mismo por tu parte. Si eres un buen esposo yo seré una buena esposa.

Así que era eso. Havva me exigía reciprocidad. Sentí como perdía otra porción de libertad. Estaba atado a Havva. No me quedaba otra opción que aceptar sus condiciones. En caso contrario y después de comprobar el carácter de mi esposa. Existía la posibilidad de que ella me pidiese el divorcio y Pau ya me advirtió de como acabaría. Mi matrimonio cada vez se asemejaba más a una cárcel. Me convenía estar a bien con mi carcelera. Por otra parte si ese sentimiento de pertenencia era mutuo. Al menos por el momento no tendría que lidiar con mis propias emociones. Podría entregarme a ellas como un alcohólico a la bebida. La resaca llegaría y no sería agradable. En un futuro todavía lejano. Ahora disfrutaría de los placeres de Baco.

El viernes decidí interpretar el papel de solícito esposo en el gimnasio. De lo contrario me tocaría volver a soportar las escenas del miércoles y no me veía tragando más bilis por un tiempo. Acompañé a Havva por las instalaciones aconsejándola con el uso de las máquinas. La presenté como mi esposa a todos los que se le acercaron. Sin contestar a la pregunta que se reflejaba en el rostro de algunos sobre como la había ignorado los días anteriores. Saludé también a las chicas con corrección pero sin dar ninguna muestra de interés. Por su parte, Havva se comportó correctamente y no permitió el flirteo por parte de los chicos que la abordaron, para mi satisfacción. No había estado mal hacer la rutina en pareja. Volvimos juntos a casa esta vez y al llegar le ofrecí a ella el primer turno de la ducha. Havva declinó mi oferta. Estaba bajo el agua caliente cuando la mampara de la ducha se abrió y entro Havva desnuda, como en aquel hotel de Istanbul.

—¿Havva?

Ella no me contestó. Comenzó a acariciarme. Capturé su boca con la mía y mis manos siguieron el contorno de sus pechos para pellizcar sus pezones, sabía que le gustaba. Pego su pubis al mío y note su calor. La cogí por su dulce trasero y alzando sus piernas se empaló para después cruzarlas

sobre mi trasero y anclarse a mí. Fue un polvo rápido e intenso que nos dejó satisfechos. Después nos duchamos juntos entre caricias. Cenamos y nos sentamos en el sofá, ella sobre mi regazo haciéndonos carantoñas. Nos dormimos igual, haciéndonos mimitos. Mi último pensamiento lúcido fue de nuevo que esta no era una mala forma de vivir. El día siguiente me desperté abrazado a mi mujer. Dejé que la agradable sensación de su contacto cargase mis baterías y mi estado de ánimo para aquel día. La vi abrir los ojos y la besé sin motivo aparente, solo por el placer de rozar sus labios. La sonrisa que se dibujo en su cara me emocionó. Iluminó algo en mi interior, algo desconocido que me hacía sentir bien. Su sonrisa me hacía feliz. No quise profundizar en las causas, me bastaba con saber que era así. Debería hacerla sonreír más a menudo.

El sábado terminamos temprano las tareas de la casa y pensé en salir a bailar con Havva. Ella era mi esposa desde hacía dos semanas y todavía no había tenido una cita normal con ella. Cena, unas copas, baile. Tan raro como todo lo relacionado con nuestra relación. Le propuse el plan y aceptó entusiasmada.

Joan me preguntó si quería salir a cenar y bailar. Acepté encantada. Joan me sorprendía cada día con sus atenciones, su ternura y su pasión. Era un buen marido, aunque nuestro matrimonio fuese una farsa. Me puse unos leggins negros, un jersey de lana fino del mismo color y mi cazadora de cuero. Me calce mis únicos botines y me maquille suavemente, fiel al lema menos es más. Los labios en rojo pasión y la melena lisa suelta. Por la manera en que Joan me miró al salir del baño había conseguido mi objetivo. Él con vaqueros azules, camisa blanca y chaqueta vaquera. El pelo corto levemente despeinado, le daba una pinta de recién follado muy favorecedora. Mi marido estaba cañón. Aunque no parecía ser consciente de ello.

Durante la cena y en la discoteca estaba tan pendiente de mí o de como me miraban los hombres, que no parecía ver que era objeto de interés de muchas féminas. Los sábados aquello estaba más tranquilo ya que parte de los universitarios volvían a su población de origen. Lo arrastré a la pista pese a su fingida reticencia.

Empezamos a bailar. Bueno ella bailaba y yo intentaba seguir el ritmo con mis dos pies izquierdos. Al sonar canciones más lentas, nos abrazamos y bailamos pegados, con las miradas enganchadas. Al terminar y soltarnos sentí como si se hubiese roto un conjuro. La música electrónica volvió a la pista y al cabo de un rato salimos. Hacía un buen clima y regresamos andando a casa, cogidos de la mano. Paramos en numerosas ocasiones para besarnos como dos adolescentes. No tenía suficiente de ella. Al llegar a casa y verla sobre la cama sentí que ella pertenecía a aquel lugar como si ella lo completase y convirtiese mi casa en mi hogar.

Al bailar, Joan le ponía ganas pese a ser bastante patoso. Cuando la música se ralentizó y bailamos pegados me sentí extrañamente cómoda en sus brazos. Me relajé y disfruté de bailar con mi marido. Resultaba curioso lo bien que sonaba la palabra en mi cerebro. Decidí disfrutar del momento y a la vuelta nos paramos muchas veces a besarnos. Parecía que no se saciase nunca y yo tampoco. Al llegar a casa me tumbé en la cama a esperarle y al verlo en el umbral mirándome con devoción. Pensé que no me costaría acostumbrarme a vivir así.

Una tarde estaba sentado en el sofá, Havva cogió el tablero de ajedrez que había junto al televisor y lo colocó sobre la mesa invitándome a levantarme para jugar. Me hizo gracia y no queriendo ensañarme con mi esposa empecé a jugar de forma un tanto despreocupada. Veinte minutos más tarde y tras dos humillantes derrotas. Me puse a jugar en serio. Havva era bastante buena, mejor que yo. Conseguí organizar un ataque con opciones para ver que ella con una sonrisa y sacrificando la dama me daba mate en tres. Le pregunté intrigado.

—Juegas muy bien Havva. ¿Quién te enseñó a jugar así?

—Desde pequeña juego con mi padre. Él me enseñó.

Me costaba conciliar la imagen de aquel tendero con un paciente padre que jugaba con su hija. Havva jugaba bien, era un hecho. Mi mujer era más inteligente de lo que había supuesto. Me había dado numerosas pruebas de ello. Mejor así, todo sería más fácil.

Un día se me ocurrió jugar al ajedrez con Joan. Mi padre me enseñó cuando era pequeña y desde entonces jugar al menos una partida semanal era un ritual entre nosotros. Me gustó que mi marido compartiese mi afición. Al principio él jugaba de forma inofensiva. Suponiendo que no era una jugadora experimentada. Veinte minutos y dos fulminantes derrotas le mostraron que estaba equivocado. La tercera se la tomó en serio. Consiguió organizar un buen ataque. Solo para que con un sacrificio de dama le diese mate en tres. Tendría que entrenar bastante para jugar de igual a igual con su suegro o conmigo.

Havva progresó rápidamente con el catalán hasta el punto en que podía mantener una conversación sencilla. Aproveché esta circunstancia para ir conociendo mejor a aquella exótica mujer que era mi esposa. Un día estando en casa me atreví a preguntarle sobre ciertas cosas que me rondaban por la cabeza.

—¿Havva, te gusta tu nueva vida? Es decir. Esta ciudad, esta casa, mi compañía...

—Sí esposo mio. Es una bonita ciudad. Una buena casa y tú eres un buen esposo.

—No añoras tu ciudad, tu familia...

—Ahora mi familia eres tú y esta mi ciudad. Quiero a los míos. Ahora me debo a ti. Tú me escogiste.

—Lo sé, te escogí. No estaba muy cuerdo en aquel momento. Lo hice y asumo mi responsabilidad.

Su afirmación me molestó. Las palabras salieron de mi boca antes de razonarlas.

—¿Solo estás conmigo por responsabilidad? ¿No soy una buena esposa para ti?

—Sí, eres muy buena conmigo. Admito que cada día me siento más cómodo con esta situación. Es solo que no entraba en mis planes inmediatos el matrimonio. Había respondido de forma honesta. Tan honesta como era conmigo mismo.

—¿Por qué? Tienes un buen trabajo y la edad suficiente para desposar. He tenido suerte de ser tu primera esposa.

—¿Primera esposa?

—Claro, supongo que en unos años tomaras otra más joven. Es lo normal.

Su respuesta me dejó estupefacto. Claro que según sus tradiciones era lógico. No para mí. La idea de compartir a Havva me producía un dolor casi físico. Pensar en infligírselo a ella estaba fuera de lugar.

—No. No lo haría. No te causaría semejante humillación

—Pero eres un hombre. Es lo normal.

—No aquí. Aquí las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres. Y aunque pudiera no lo haría

Me enterneció su respuesta, Joan era muy considerado. Muchos hombres habrían fantaseado con la idea de dos esposas y las lujuriosas posibilidades. En la cara de Joan no había aparecido la lujuria. La sorpresa primero y después dolor por imaginarme en esa situación. Decidí entonces plantearle cuestiones más delicadas.

—¿Entonces? Cuando me planteaste la anulación supuse que al ser consciente de mi edad querías buscarte una mujer más joven y fuerte. Una capaz de darte muchos hijos.

Su afirmación me horrorizó. ¿Cómo había sido tan irresponsable? Había causado más dolor a aquella mujer del que había supuesto. No debía volver a hacerlo. Debía borrar cualquier duda que

albergase sobre ella.

—¿Eso pensaste? Tú eres una mujer bellísima, buena e inteligente. Una esposa ideal.

—¿Entonces por qué?

—Porqué no me sentía preparado para el matrimonio y menos con una desconocida. No hay nada malo en ti. Soy yo.

—Ya tienes edad para desposar...

—Sí, supongo que sí. Aquí hacemos las cosas de otro modo.

—Entiendo. Para ti es una situación incómoda. Lo siento mucho. Cuando me lo pediste, parecías tan convencido...

Su rostro triste me rompía el corazón. No quería verla así. Tenía que hacerla sonreír

—No, no debes disculparte. Si alguien a obrado mal aquí soy yo. Yo no estoy incomodo contigo. Ya no, me estoy acostumbrando. Aunque no me creas, a veces siento que perteneces aquí. Mi casa parece un hogar desde que la comparto contigo.

Aquella respuesta me alegró de una forma irracional. La mía fue más sincera de lo que deseaba admitir.

—Me alegro. El deber de una buena esposa es hacer feliz a su esposo. ¿Te hago feliz esposo mío?

—Sí, eres una buena esposa. Me gustaría conocer a tu familia. Tú ya conoces a la mía. Tal vez pueda convencer a tu padre de que no les has deshonrado.

¡Vaya! Esto es lo que pasa cuando te metes demasiado en el papel. Te metes en líos. Mi atento esposo en su intento por hacerme sentir bien me había planteado un problema. Utilizaría a mi hermana de nuevo. Sería lo más sencillo y creíble.

—Eres muy amable esposo mío. No creo que mi padre este dispuesto a hablar todavía con nosotros. Tiene mucho genio. Si quieres, puedes hablar un día con mi hermana Dilek. Así la conoces.

—Estaré encantado.

Iba a tener mi primer contacto con la familia de Havva (sin contar el infausto día en su trastienda de Istanbul). ¿Qué opinión tendría su hermana de mí? El hombre causante de la deshonra de Havva. ¿Por qué quería causarle buena impresión? Porque quería ver a Havva feliz. Los motivos que se ocultaban tras esas cuestiones seguirían convenientemente ocultos en mi interior por el momento.

A la mañana siguiente Havva puso en antecedentes a su hermana para así tener la conversación con Joan por la tarde.

—Hola Havva. ¿Cómo te va?

—Bien. Escucha, necesito que me hagas un favor. Joan quiere conocer a mi familia.

—¿A los de la tienda?

—Sí, afortunadamente estabas allí. Le he dicho que mi padre no quiere saber nada de nosotros. Que me mantengo en contacto con mi hermana. Y quiere que charlemos esta tarde.

—Bien me llamas y ya está.

—No es tan fácil. ¿Cómo explicarle qué tienes ordenador y piso propio?

—¿Y qué sugieres?

—Que vayas a un locutorio. Con ropa discreta y hiyab.

—No me jodas...

—Hazlo por mi hermanita.

—Esta me la pagas.

Le debía unas cuantas ya.

—Gracias Dilek. Seguimos esta tarde. Recuerda, solo hablas turco y tienes estudios básicos
—Tú ganas. Esta tarde representare el papel de hermana simplona. Ya me pensare como me lo cobro.

—Ok, hasta luego.

Por la tarde, tras comer con Joan, nos pusimos ambos frente al portátil. Inicié la videollamada. Y en la pantalla apareció un primer plano de Dilek con hiyab en un locutorio. Empecé a hablar en turco con mi hermana.

—«Buenas tardes hermana. Este es Joan mi esposo.»

—«Buenas tardes. Es una alegría conocer al marido de mi buena hermana.»

—Dice que está alegre de conocerte.

Joan saludo a la pantalla y dijo:

—Dile que yo también. Preguntale como está tu familia.

—«Dilek, dice que él también se alegra. ¿Cómo están todos?»

—«Bien ya lo sabes. Dile que nuestro padre sigue enfadado.»

—Dice que los míos están bien y que mi padre sigue enfadado.

—«Como me gustaría estar ahí para veros.»

—¿Qué ha dicho tu hermana?

El inocente comentario de su hermana la puso en un aprieto.

—Que le gustaría visitarnos algún día.

—Puedes decirle que venga, estaremos encantados de recibirla.

—«Ya lo has oído, puedes venir a vernos. ¡Ciñete al guion!»

—«Creo que te tomaré la palabra. Puede ser divertido.»

—¿Qué dice?

—Que si convence a nuestro padre vendrá a vernos.

—Perfecto, os dejo que sigáis hablando.

Joan salio del salón y se metió en su cuarto. Cuando Dilek vio que no estaba presente, habló con mayor libertad.

—El día de la farsa no pude fijarme bien. Tu marido está muy bueno. ¿Qué tal es en la cama?

Havva se ruborizo visiblemente antes de contestar a su hermana.

—Sí es muy guapo. En la cama es tierno y atento.

—¿Te empotra o no te empotra?

Mi hermana, como siempre, tan sensible ella.

—Sí, me empotra. Es un semental. ¿Contenta?

—No tanto como tú. Eres una suertuda. Cazas a un extranjero que además de buena persona es guapo y te satisface en la cama.

—Sí, he tenido mucha suerte con él.

—Si tan bueno es, yo no lo dejaría escapar.

Trate de ignorar las implicaciones de la propuesta de mi hermana recordandole mi plan original.

—Ahora estoy centrada en mi objetivo.

—Lo sé, solo te digo que si puedes tener beneficios suplementarios. Aprovechalos.

—Ya veremos...

—Bueno te dejo hermanita. ¿Nos hablamos mañana a la hora de siempre?

—Sí. Gracias por la ayuda.

—De nada, ha sido divertido. Adiós.

—Adiós.

Havva se desconectó. La conversación con Joan había salido bien. Él no sospechaba nada. Respecto al resto de la conversación con su hermana. Ya se lo plantearía más adelante.

Capítulo 8

A partir de aquel momento la pareja se instaló en una cómoda rutina para ambos. Por las mañanas Joan salía a trabajar y Havva aprovechaba para hablar con familia y amigos a la vez que iba sondeando el mercado laboral. Visitaba la ciudad e incluso las bibliotecas y archivos históricos de la ciudad. Entre ellas la biblioteca de la facultad de historia. Solo evitaba la Politécnica donde podría tropezarse con Joan. Explicar que hacía una persona con un conocimiento escaso del idioma con obras tan complejas sería muy difícil. Hacía la compra en un supermercado cercano, compraba también un poco de fiambre y dulces que se comía antes de que llegase Joan, sin dejar rastro. Comían algún plato sencillo que había aprendido a cocinar (ensaladas y un poco de carne a la plancha. Ahora ya no la quemaba). Si se le echaba el tiempo encima, Joan solía aprovechar su indefensión para meterle mano mientras cocinaba. Alguna vez tuvieron que posponer la comida. Por la tarde ella iba a clase de catalán y Joan la recogía a la salida. Aprovechando para pasear un rato mientras practicaban el catalán. Joan hacía la cena y Havva se tomaba la revancha acariciando el cuerpo de su atractivo e indefenso marido. Las cenas también se posponían con frecuencia para saciar antes otros apetitos. Veían alguna serie o película en catalán con subtítulos en turco y se iban a dormir o a jugar a la cama.

La rutina dominical de la comida en casa de los padres, se adaptó a la nueva situación. Joan esquivó en varias ocasiones el compromiso de hacerla en su casa. No era plan obsequiarles con un plato típico turco cocinado por su esposa y arriesgarse a acabar en las urgencias del hospital. Así, la sobremesa se convirtió en el momento en que padre e hijos hablaban de sus cosas en el salón. Mientras María paso de los monólogos ante una nuera que se suponía no comprendía. Sazonados con comentarios del tipo “para que te lo digo si no me entiendes” “Ay, si pudieras contestarme” y otros por el estilo, a los que Havva ponía cara de poker. Hasta animadas charlas en catalán.

Con la convivencia descubrí un Joan, tímido, bueno, culto y bastante bueno en la cama. Había tenido suerte con el. Tenía muchas amigas con matrimonios mucho peores.

Havva era una mujer curiosa, que por momentos me sorprendía con su intelecto. Con una belleza y una pasión en la cama que me dejaban sin aliento. A veces me sorprendía contemplándola mientras ella estudiaba con el portátil o acariciándola de forma inconsciente en la cama o en el sofá.

Me habitué rápidamente a compartir el espacio con ella. Como si llevásemos años juntos. Las comidas y las cenas eran agradables. Resultaba extraño pensar que me había sentido cómodo viviendo solo. En los momentos que pasaba en mi casa sin la presencia de Havva parecía faltar algo. Como si fuera un cuadro incompleto. Aceptaba mi nueva situación de forma paulatina, con pragmatismo. Estaba a gusto con Havva. Separarme no era urgente. Pensar que la situación podía ser permanente ya no me causaba pavor. Era un hombre casado y Havva era mi esposa. Aquella era mi realidad. Realidad francamente agradable.

Una mañana pasaba por la facultad de historia para realizar una gestión administrativa. Andaba por el pasillo y me pareció reconocer a alguien por la espalda. Parecía Havva. La seguí para darle una sorpresa hasta que entró en la biblioteca. Me pareció extraño y llevado por un impulso avancé con más cuidado. Desde mi posición pude observar, sin ser visto; como solicitaba un volumen para después dirigirse a una mesa donde se puso a leer y tomar notas. Salí de la

biblioteca y de la facultad sin haber hecho la gestión. Estaba en estado de shock. Mi bailarina turca hablaba castellano o catalán perfectamente y se dedicaba a estudiar historia. ¿Quién era realmente Havva? Llegué a mi despacho en la Politécnica e introduje el nombre de mi esposa en el buscador. No sabía que podía encontrar.

Desde luego lo que encontré me sorprendió. Havva Yilmaz era doctora en historia. Una eminencia en su campo. Hablaba al menos castellano e inglés y era cristiana. La imagen que me devolvió el buscador de Havva no se parecía en nada a la que tenía de ella hacía solo unas horas. Me había engañado desde el principio. Salvo la boda (y también ahí tenía mis dudas), todo era falso. ¿Por qué? ¿Con qué fin? Una idea comenzó a rondarme por la mente. ¿Estaría tratando de obtener la ciudadanía española? ¡Eso debía ser! Era lo único que tendría lógica. Si así era en cuanto la tuviese me dejaría. Debería alegrarme, pronto recuperaría mi libertad y no se quedaría embarazada de forma voluntaria para retenerme.

No estaba alegre por el descubrimiento. Furioso, estaba furioso por su engaño sí y también desolado. Me acaba de despertar abruptamente de un dulce sueño. Porque así era mi vida con Havva. ¿Cómo no me había dado cuenta que era demasiado hermosa, dulce, perfecta para mí? Pasé el resto de la mañana encerrado en mi despacho rumiando como actuar a partir de ahora. Estaba tomando un café cuando Xavier se sentó a mi lado y me habló preocupado.

—Joan, hoy estás en la Luna. ¿Te pasa algo? ¿Tienes problemas en casa?

—Nada Xavier, todo va bien...

—¿Has vuelto a plantearle a Havva la anulación? Este matrimonio vuestro está durando mucho...

Xavier puso el dedo en la llaga. Aproveché para plantearle la cuestión que me atormentaba.

—No, no lo he vuelto a hacer. Si estuvieras en mi lugar y supieses que en cuanto tuviese la ciudadanía te dejaría. ¿Qué harías?

—Pues me sentiría más aliviado al saber que recuperaría mi libertad. Hasta entonces disfrutaría de mi bella esposa. ¿Acaso ella te ha dicho eso?

—No, solo estaba barajando una hipótesis.

No era el momento para compartir mi reciente descubrimiento.

—Estaría muy bien que así fuera, recuperarías tu libertad. ¿No es lo que querías?

—Sí, supongo que sí.

—No te veo muy convencido...

—Dejemoslo Xavier y volvamos al trabajo.

—Si necesitas hablar, de esto o de cualquier cosa, cuenta conmigo.

—Lo sé, gracias amigo.

Podía confrontarla con los hechos, pedirle explicaciones. Ella no me facilitaría el divorcio ni la anulación hasta no tener la ciudadanía. Lo único que conseguiría es convertir nuestra convivencia en un infierno. No, lo mejor era no decir nada y seguir actuando como siempre. Aprovecharía la información en el momento oportuno. Hasta entonces tendría que disimular. Mi mujer era una actriz excelente. Me tocaría ser un buen actor para que la farsa siguiera su curso. A este juego podían jugar dos.

Aquella tarde actué como siempre con Havva. Ahora que sabía quien era, veía con otros ojos cada cosa que hacía y a ella misma. No tenía mucha experiencia con el sexo opuesto. Había tenido unas cuantas relaciones esporádicas en las que las chicas me habían abordado. No había tenido ninguna relación minimamente seria. Y ahora estaba casado. Aunque fuera de una forma extraña. Nunca había pasado tanto tiempo con una mujer. Llevaba varios años viviendo solo en mi piso y me sorprendía comprobar lo fácil que había sido adaptarse a vivir en pareja. ¿Sería igual con otra

mujer? No, Havva era especial. A pesar de la (falsa) barrera del idioma. Encajábamos perfectamente, no solo en la cama donde la química era brutal. También en otros aspectos de la convivencia. Los silencios no resultaban incómodos y cuando la veía sonreír sentía algo muy agradable en mi interior. Era la mujer ideal para mí, si no fuese por las mentiras y si quisiera tener una.

Era una cuestión que no me había planteado todavía. Siempre pensé que algún día me casaría y formaría una familia. Pero eso sería dentro de unos años. Ahora estaba disfrutando de la vida. ¿Realmente disfrutaba tanto de mi vida de soltero? Me sentía satisfecho de ella hasta ahora. El breve periodo de convivencia con Havva me había mostrado una vida mucho más satisfactoria. Hacer la compra, la comida o las tareas del hogar entre los dos era más entretenido. Hasta mi casa se me antojaba diferente desde que ella estaba allí. No porqué hubiese realizado cambios físicos. Todo seguía en su sitio. Era algo difícil de explicar. Ahora sentía que estaba en mi hogar. Hasta entonces no había considerado mi casa como tal. Era simplemente un lugar donde comer y dormir. Ahora era algo más.

Me pasé toda la tarde observando a mi mujer cuando no me miraba. Moviéndose por la casa, concentrada en el portátil con los auriculares repasando las lecciones de catalán. ¡Por eso había cambiado de curso! Si ya hablaba castellano no tenía sentido volver a estudiarlo. El hecho de que estudiase catalán podría interpretarse como su deseo de vivir en esta zona del país. Pero lo más probable era evitar desperdiciar su tiempo. ¿Quería que ella se quedase en esta zona? ¿Y conmigo? Me gustaba su cuerpo, sus gestos, su voz. Sentir nuestros cuerpos entrelazados en la cama, las caricias de forma inconsciente, que nos prodigábamos antes de quedarnos dormidos me daban paz, una sensación de pertenencia. De estar en el lugar correcto. Muchas cuestiones que responder.

Antes sería necesario analizar las nuevas sensaciones y sentimientos experimentados. Solo hallaría las respuestas si analizaba las cuestiones por partes de forma completamente honesta conmigo mismo. ¿Me gustaba estar con Havva? Sí, era evidente. ¿Quería tener una relación? Sí, no la habría buscado todavía. Me había sido impuesta. No obstante y siendo completamente honesto, me gustaba mi vida actual. La sensación de pérdida de libertad de los primeros días había dado paso a una de comodidad. ¿Quería seguir con Havva a pesar de las mentiras? Podía entender lo que había hecho para salir de su país. Me molestaba ser tomado por un tonto. Si ella se explicaba y me pedía perdón no sería un gran obstáculo. No era una persona rencorosa. ¿Estaba enamorado de ella? No me apetecía responder a esta pregunta. Una respuesta afirmativa implicaría dar a aquella persona un poder sobre mí que no había tenido nadie hasta ahora. Porque nadie había ocupado mi corazón hasta la fecha. Sin embargo no iba a engañarme, sabía que la única manera de afrontar los problemas era reconocerlos. Sí, podía estar enamorado de una mujer que me había manipulado con un matrimonio de conveniencia para obtener el permiso de residencia en España.

¿Y ella? ¿Sentía algo por mí? Me había escogido al azar. Si cualquiera de mis amigos hubiera ocupado mi lugar en Istanbul ahora estaría con ellos. Parecía que estaba a gusto conmigo y en la cama encajábamos. Podría ser únicamente una parte de su papel. No podía tener ninguna certeza. ¿Qué hacer entonces? Si quería conservarla a mi lado o al menos tener algo que decir al respecto, tenía que conseguir enamorarla en el tiempo que durase nuestra convivencia, así ella no me dejaría al obtener la ciudadanía. Podríamos buscar un puesto de trabajo acorde a su nivel y si era necesario irse a vivir a otro sitio, lo haríamos. Mi hogar estaba con ella. Disponía de unos cuantos meses para hacerlo.

¿Cómo conseguirlo? No era precisamente un seductor. Mi escasa experiencia no me serviría de mucho. Tendría que buscar consejo de forma discreta, Internet sería mi mejor asesor. También

estaba Quim, pero tendría que ir con mucho cuidado. Mi hermano es muy listo. Estudiaría toda la información en la red sobre Havva para conocerla mejor. Con ese objetivo en mente pude conciliar el sueño. Tenía ante mí el reto más importante de mi vida, también el más difícil. Perder a Havva me causaría un dolor que no deseaba experimentar. Al día siguiente a pesar de ser sábado me levanté temprano. Salí a comprar unos croissants de margarina y una rosa. Preparé el desayuno y se lo llevé a la cama a mi mujer. La desperté con una serie de besos fugaces.

Abrí los ojos al sentir los besos perezosos de Joan. Me sorprendió ver que me había preparado el desayuno y me lo había servido por primera vez en la cama. Incluso me había traído croissants y una rosa en un pequeño jarrón. Me gustó mucho el detalle hasta que mi cerebro se desperezó completamente y mirándole a los ojos le pregunté el motivo de aquello. Joan ya preveía mi reacción, me dijo que para ser un buen esposo debía compensarme por la falta de noviazgo. También que nos debíamos una luna de miel. Me pregunto si me gustaría visitar Andalucía.

Suponía que por sus estudios sobre los sefarditas le encantaría. Ella me respondió afirmativamente con una gran sonrisa y quitando la mesita del desayuno de la cama se lanzó sobre mí para agradecerme el gesto en condiciones.

¡Íbamos a visitar Andalucía! Era una de las primeras cosas que esperaba hacer al recuperar mi libertad y lo iba a hacer ahora. Aquella mañana tras la sorpresa del desayuno. Miré a mi marido para preguntarle el motivo. Se estaba comportando como un buen esposo. Pero aquello ya era demasiado. La luna de miel me pareció una fantástica noticia. Puede que nos pasáramos la mayoría del tiempo en el hotel. Joan es hombre de ciencia y no lo veía pasándose todo el día entre edificios históricos y ruinas. Estaría encantada de pasar tiempo en el hotel con él. Cuando me dijo que visitaríamos Andalucía, la emoción me invadió así que arrastré a mi marido a la cama para hacerlo participe de mi alegría. Más tarde me diría a mi misma que lo había hecho como muestra de agradecimiento.

Empecé a planificar la ruta reservando visitas a los puntos y edificios más emblemáticos: la Mezquita de Córdoba, Medina Azahara, la Alhambra de Granada, el Alcazar de Sevilla. Los barrios históricos y las juderías de estas ciudades, etc.. Nos levantamos a media mañana y pensé pasar el día en un centro comercial. Havva solo tenía la ropa que había traído en su maleta. Mi mujer necesitaba un vestuario completo. Nos pasamos el día allí, Havva iba eligiendo prendas y solicitando mi aprobación como su esposo, yo asentía con una sonrisa y cargaba pacientemente con las bolsas. Tuvimos que hacer varios viajes hasta el coche para poder seguir comprando. Al finalizar el día volvimos a casa.

Estaba con los pies destrozados pero feliz. Me sentía como una niña pequeña el día de Reyes. Nunca me habían hecho tantos regalos. Joan me había acompañado pacientemente durante todo el día sin una queja o un mal gesto. Giré mi cabeza para mirarlo mientras conducía. ¡Qué guapo era! Tenía mucha suerte de haber dado con él. Cerré mis ojos y por unos instantes soñé que aquello era real. Que volvía a casa tras un día de compras con mi atractivo esposo. Al llegar subimos todas las bolsas de ropa. Ya en nuestro cuarto me quité los zapatos y empecé a colocar las prendas en los armarios. Joan se puso a mi espalda y suavemente me guió hasta la cama. Caí sobre ella de espaldas y comencé a quitarme el jersey intuyendo que quería Joan. Él me detuvo y sentándose en la cama empezó a masajear mis doloridos pies. ¡Cielos! Aquello era el paraíso. Joan me estaba relajando con aquel masaje. Era una maravilla. Tan relajada estaba que cerré los ojos y me quedé dormida.

Me desperté al cabo de una hora totalmente desorientada. Lo último que recordaba era a Joan dándome un masaje en los pies. Me levanté para encontrar la compra correctamente ordenada. Entré a la cocina atraída por el ruido, Joan estaba terminando de cocinar la cena. Se giró, me dio

un beso y me acompañó a la mesa para esperarle allí. Pocos minutos más tarde apareció Joan con una sopa de pescado que olía divinamente. Debía haberse pasado todo el tiempo cocinando. Tras la cena nos acostamos en la cama para dormirnos entre besos y caricias sin llegar a más.

El domingo me desperté temprano. Quería volver a desayunar en la cama. Y el desayuno en esta ocasión sería Joan. Empecé a desnudarle con la intención de devorarlo. Recorrí con mis manos y boca aquella tableta de chocolate que eran los abdominales de mi esposo.

Desperté con las caricias de mi mujer y la contemplé con una sonrisa en mi rostro que se transformo en un gemido de placer cuando se tragó mi miembro. No me mantuve ocioso. Cogí sus piernas para colocar su cuerpo sobre el mío. Llevé las manos sobre su trasero, separé sus glúteos y me deleité con la visión del sexo sonrosado. Mientras ella succionaba mi miembro. Me dediqué a lamer su fuente de néctar. No pude resistir mucho más y con un profundo gemido me vacié en su boca. Ella se tragó toda mi esencia. Volví a la carga y martirice su entrepierna con mi lengua hasta obtener su orgasmo. Lo bebí con gusto. Más relajados nos dimos la vuelta y nos besamos intercambiando nuestros íntimos sabores. Seguimos así por mucho rato, besándonos y acariciándonos suavemente hasta recuperarnos completamente.

En cuanto note la erección de Joan contra mi pubis. Me empalé con un gemido placentero. Lo monté suavemente esta vez. Retrasando el momento final. Para disfrutar de la sensación de tener a Joan en mi interior. En aquel momento él era mío, de una forma primitiva. Mi macho, y yo era su hembra. Nada más y nada menos. Alcanzamos el clímax a la vez. Con las miradas enganchadas. Nos quedamos así, disfrutando del sopor postcoital. Me sentí muy vulnerable, mostrando parte de mi alma en esta ocasión. No quise darle más vueltas y me fui quedando dormida entre los brazos de mi marido.

Se levantaron con el tiempo justo para ir a comer caminando. Al entrar en casa de sus padres, cogidos de la mano y con una sonrisa boba. María se dio cuenta de que algo había pasado entre ellos. Interrogaría a Havva después de la comida. Quim no dejó pasar la ocasión de burlarse de su hermano:

—Buenos días tortolitos.

Joan respondió alegre a la pulla de su hermano.

—Vete a la mierda Quim.

—Niños haya paz, y tú; Quim no te metas con tu hermano y tu cuñada.

—Lo siento mamá. Es que nunca había visto a mi hermanito con esa cara de tonto. Seguro que mi cuñada le ha hecho un favor esta mañana.

Havva no pudo evitar ruborizarse un poco ante la insinuación, Joan tampoco. Su hermano los había pillado.

—Quim, disculpate ahora mismo. Pensaba que te habíamos educado mejor.

Joan intento dar el tema por zanjado.

—Dejalo mamá, Havva no lo ha entendido y Quim es un caso perdido.

—Podrías seguir el ejemplo de tu hermano y sentar la cabeza. Mira lo bien que se les ve.

—Bien, ya se que destino sugerir para la próxima despedida de soltero.

—Eres idiota.

Refunfuño Joan. Molesto por la insinuación.

—Yo también te quiero hermanito. La verdad, se os ve muy bien. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué tiene que pasar algo? Sencillamente nos vamos acostumbrando a la convivencia.

Se defendió Joan molesto.

—¿Seguro? Y no será la “convivencia” en la cama. Estáis muy risueños.

Dijo Quim moviendo las cejas arriba y abajo dejando claro a que se refería.

—Quim. Si vuelves a abrir la boca te la lavaré con jabón.

—Sí mamá.

—Y ahora a comer. A tu padre y a mí nos gusta veros tan bien. Los motivos no importan.

—Gracias mamá.

—Por cierto. ¿Hacéis algo en Semana Santa? ¿Queréis venir unos días a la playa con nosotros?

—No, os lo agradecemos. Havva y yo vamos a pasar las vacaciones en Andalucía.

—¿Y eso?

Joan cogió la mano de Havva sobre la mesa y dijo.

—Nos vamos de luna de miel. Se lo debo a mi mujer. Y a mí también me hacía ilusión

—¡Buaa, hermanito! ¡Qué bajo has caído! Estás completamente dominado por tu mujer.

—Eres tonto Quim. Algún día te tendrás que tragar esas palabras.

—En tus sueños Joan.

—¡Ya basta! ¡Tengamos la comida en paz! Tú, Quim calla y tú, Joan espero que lo paséis bien en vuestro viaje.

María zanjó el debate y el resto de la comida transcurrió con tranquilidad. En la sobremesa cuando los hombres se quedaron a solas. Quim volvió a la carga.

—¿Joan, cómo te has vuelto tan calzonazos? Siempre has sido bastante pardillo, pero ahora te has superado.

—Quim, deja a tu hermano en paz. Solo está haciendo lo correcto con su esposa. ¿No es así?

—Sí papá, lo que pasa es que mi hermano pequeño no sabe que significa estar enamorado. Pero ya le tocara algún día. Entonces yo me reiré.

Quim respondió burlón.

—Si eso significa ser un calzonazos como tú, puedes esperar sentado. Puedo ser feliz sin atarme a una mujer. Además creía que el tuyo era un matrimonio forzado. ¿Me he perdido algo?

Tocaba admitir parte de los hechos.

—He descubierto en Havva a una gran mujer. Me gusta y me hace feliz. No empezamos de la mejor manera pero ahora estamos bien.

—¿Seguro? Creo que estás encoñado. Ya se te pasara.

Mi hermano cuando quería era terriblemente obtuso.

—¡Gilipollas! ¿Crees que no se distinguir ambas cosas? Ya hablaremos cuando te pase a ti.

—Sigue soñando Joan, tengo más autoestima que tú.

Nuestro padre se canso de la disputa y la zanjó con una amenaza.

—¡Vale ya los dos! Tengamos la fiesta en paz. Vamos a dejar el tema y a quien vuelva a tocarlo lo envié a la salita con las mujeres. ¿Queda claro?

—Sí papá.

Dijeron ambos hijos al unisono.

En la salita Havva asistía al habitual monólogo de María. Algo más entretenido ahora que se entendían en catalán

—Hija mía, estoy tan contenta con vosotros. Al principio no lo veía claro, pero se os ve tan bien juntos. No sé que le haces a mi Joan, pero sigue así .

Havva se sintió culpable al ver la ilusión de su suegra. ¿Qué pensaría si conociera sus planes?

—No he hecho nada en especial María. Es Joan que cada día es más atento. Yo estoy muy contenta con él. Estoy deseando irme de luna de miel con mi marido.

Aquello al menos era completamente cierto.

—Eso, a ver si a la vuelta tenéis algo que contar.

No, eso acabaría con su maravilloso plan.

—Veo por donde vas María. Y la respuesta es no. Quiero disfrutar un poco de mi matrimonio.

—¡Cómo sois los jóvenes! En fin, no esperéis mucho, tampoco sois unos críos

—¡María!

María cedió. Por el momento.

—¡Qué sí, jolines! Te entiendo. Pasadlo bien. ¿Vale?

—Sí, claro.

Cuando se quedaron solos María hizo partícipe a su marido de su opinión

—Estoy muy contenta por los niños Guiem. ¿Tú como los has visto?

—Pues enamorados como dos tortolitos. Ya me había fijado en las últimas ocasiones que se les veía más cómodos. Hoy he tenido que intervenir para evitar más burlas de Quim a su hermano.

María asintió expresando su opinión al respecto sobre Quim.

—Quim es muy diferente. Va a costar mucho que siente la cabeza.

—Tranquila mujer. Todavía es joven. Tarde o temprano encontrara su media naranja. Joan ha recorrido medio mundo para encontrarla.

—Sí, al principio no me hacía mucha gracia. Pero cuanto más conozco a Havva más me gusta. El destino escoge a veces caminos extraños.

—Joan está loco por ella. Y ella parece que también lo quiere.

—Ojala vuelvan igual de enamorados de la luna de miel.

—Sí, ya lo verás.

Havva no sabía el porqué del cambio de actitud de Joan. Tampoco se pensaba quejar por ser tratada como a una reina. Iba a disfrutar su luna de miel y todo el tiempo que estuviera con Joan. Después ya vería.

La temporalmente feliz pareja volvió a su casa por la tarde dando un largo paseo por la ciudad. La agradable temperatura primaveral y la escasa presencia de turistas, invitaban a deambular por las calles empedradas del centro histórico. Hicieron una parada en un pequeño café. Allí tomaron unas tazas de chocolate. Disfrutando de las últimas horas del domingo en compañía del otro. Al llegar a casa Joan preparó la cena para ambos y después se sentaron un rato en el sofá donde con el portátil le estuvo mostrando a Havva varias imágenes de los rincones que visitarían en Andalucía. Se fueron a dormir entre besos y caricias.

El lunes Joan se despidió con un beso de Havva después de desayunar y se fue a la Politécnica de buen humor. Parecía que su plan funcionaba. Havva parecía contenta con él. Y él se sentía feliz al verla sonreír.

Havva esperó a asegurarse que Joan no volvería y llamó por Skype a su madre. La pantalla se iluminó con la imagen de su madre en su consulta.

—Hola hija. ¿Cómo estás? ¿Tu maquiavélico plan sigue su curso?

—Hola mamá. Estamos bien. Puedes ahorrarte la ironía.

Su madre seguía en el mismo plan. Pero se dio cuenta del detalle en la frase de su hija.

—¿Estamos?

—Sí, Joan mi esposo y yo. Es muy atento. Me llevó el sábado todo el día de compras.

Burcu no disimuló su incredulidad. No creía que los hombres en España fueran muy diferentes de los de su país.

—¿Y no se quejo? ¿Ya lo has domesticado? Yo llevo más de treinta años con tu padre sin conseguir semejante hazaña.

Havva trató de minimizar el hecho.

—No seas mala mamá. Joan solo trata de ser un buen esposo. Yo también soy una buena esposa para él.

Burcu veía con preocupación el creciente grado de implicación de su hija en aquella farsa.

—Hija te estás dejando llevar por el papel que interpretas. ¿Por qué... recuerdas que todo esto es una farsa verdad?

—Lo sé mamá. No hay nada malo en disfrutarlo.

—Claro, claro mientras lo tengas claro sí.

Concedió de mala gana su madre.

—Lo tengo mamá. Durante las vacaciones os llamaré cuando me sea posible por que nos vamos de luna de miel a Andalucía ¡Voy a ver la Mezquita de Córdoba! Y tantos monumentos que conozco solo por los libros.

Aquello intrigo a Burcu. Era demasiado perfecto.

—¿Luna de miel? ¿Andalucía? ¿Cómo lo has conseguido?

—Yo no he hecho nada mamá. Todo ha sido idea de Joan, la luna de miel, Andalucía, las visitas...

Burcu manifestó su escepticismo.

—Tu marido vale su peso en oro. Te lleva de luna de miel a tu viaje soñado. Es... increíble.

—Es un amor de hombre, es bueno, guapo. Me gustaría que lo conocierais mamá.

Burcu intentó bajar a su hija de la nube.

—No hace falta que me lo vendas a mí. Recuerda que es una farsa. A mi yerno real espero conocerlo antes de la boda.

Su madre era una experta arruinando buenas noticias.

—Sí mamá. Déjame disfrutar con el falso por ahora. ¿Vale?

—Sí hija. Me alegro por ti. Solo deseo que mantengas la situación bajo control.

—Sí mamá, yo controlo. Adiós

—Adiós hija.

Havva espero unos minutos antes de llamar a Dilek. Su madre era una autentica aguafiestas. ¿Tanto le costaba mostrar algo de alegría por su hija?

Burcu pensó por su parte en su yerno de pega, parecía saber las teclas a pulsar con su hija y ella estaba cada vez más metida en su papel de esposa.

—Hola hermanita.

—Hola Havva. ¿Has hablado con mamá?

—Sí.

—Se te nota en la cara. Solo mamá consigue que pongas esa cara de acelga.

Havva dio rienda suelta a su frustración con su hermana.

—Es una autentica aguafiestas. Le he dicho que nos vamos de luna de miel a Andalucía y no se alegra ni una pizca.

—¿Luna de miel a Andalucía? ¿Cabrona te van a llevar de luna de miel a tu destino soñado? Tienes que ser una maquina en la cama.

Dilek, siempre pensando en lo mismo.

—¡Calla golfa! ¡Tú sí qué consigues regalitos así! Yo no he hecho nada nuevo, ha sido todo idea de Joan.

—Vaya con tu maridito. ¿Tiene un hermano?

Havva sonrió al pensar cuan diferentes eran ambos hermanos.

—Sí, pero es de un borde... No lo aguantarías ni dos días

—¡Jo, pues vaya suerte qué has tenido hermanita!

—Sí, es un cielo. Me llevó el sábado todo el día de compras sin quejarse.

—¡Ese hombre es una joya! ¡No puedes dejarlo escapar hermanita!

Dilek se mostró entusiasmada. Havva se sintió en la obligación de serenar los ánimos

—Te recuerdo que esto es una farsa...

—Para ti, pero no para él. ¿Y si él te quiere? ¿Y si quiere seguir contigo?

—¿Te olvidas de la anulación?

—Eso fue al principio. Entiendo perfectamente su reacción de pánico en aquel momento. Ahora tras unas semanas debe estar más calmado y tal vez quiera quedarse contigo. ¿No me dices qué os lleváis muy bien?

Dilek estaba tocando un tema que Havva no deseaba analizar por el momento.

—Sí, nos llevamos muy bien. Es muy bueno conmigo. Pero no creo que actué igual cuando se entere de quien soy y como lo he utilizado.

—En eso debo darte la razón. Pero si te quiere, te perdonara. Debes explicarte bien y pedirle perdón. Si quieres que lo vuestro tenga una oportunidad.

—No sé si existe lo nuestro.

Las palabras salieron de su boca dejando un regusto amargo.

—Yo creo que sí. Para él es real, y a ti parece que no te molesta.

—No me molesta. Estoy bien con él. Muy bien.

Tuvo que admitir Havva.

—Entonces hazlo real, de ti depende.

—Todavía es pronto. Cuando llegue el momento veré que hago.

—Suerte hermanita.

—Adiós.

Dilek siempre había sido una cabeza loca. ¿Podía tener razón en esta ocasión? Dejaría que el tiempo le mostrase el camino a seguir.

El lunes, en el descanso Joan y Xavier se sentaron en la cafetería a tomarse un café.

—Joan. ¿Hoy también has tenido un despertar feliz?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Por tu cara parece que lo hayas tenido.

—No, con Havva estoy bien. Eso es todo.

—¿Qué significa eso? ¿En la cama?

—En la cama y en los otros aspectos.

Xavier pregunto sorprendido.

—¿No me jodas! ¿No te habrás enamorado de tu esposa?

—Tampoco sería tan extraño.

—En tu caso sí. ¿Te casas borracho con una desconocida y al cabo de unas semanas te enamoras? Te recuerdo que intentaste anular el matrimonio al llegar aquí.

Xavier tenía razón. Era extraño. Pero había sucedido. No importaban las causas.

—Sí, estaba acojonado. He tenido tiempo de hacerme a la idea. La vida de casado no es tan mala. Mucha gente vive así

—Tú lo que estás es encoñado de tu mujer, debemos admitir que está muy buena.

Le molestó que su amigo redujese a Havva a su aspecto físico. Si él supiera...

—No seas bruto. Havva es una gran mujer no solo una tía buena.

—Sí una gran mujer, una bailarina turca.

—Havva es más que una bailarina.

—¿Y qué es?

¿Ahora como salía de esta sin descubrirse?

—Havva es... Havva, una mujer dulce, curiosa e inteligente. Tu profesión o nivel cultural no te

definen.

—Si tú lo dices...

Se sintió molesto por el escepticismo de Xavier y zanjó la conversación.

—Sí, Havva es una gran persona y disfruto de su compañía. Si me enamoro o no el tiempo lo dirá.

—Tú sabrás lo que haces. Me vuelvo a clase.

—Adiós Xavier.

Me quedé un poco más analizando la conversación mantenida. Me había enamorado y mi mayor problema era conseguir que Havva me correspondiera.

Durante la semana seguí comportándome igual de solícito con ella. Ella correspondía a mis muestras de afecto con creciente intensidad. El viernes la llevé al teatro. La obra debería gustarle. Sabiendo quien era y a pesar de que en teoría no debía entenderla. Me pareció un buen plan.

Havva disfrutó de la misma. Hacía tiempo que no acudía al teatro. Resultaba extraño que Joan la llevase a ver una obra en un idioma teóricamente desconocido para ella. La disfrutó obviando el hecho de que al parecer, Joan la conocía demasiado bien.

Al salir nos encontramos con un grupo de profesores conocidos míos de la facultad. Nuestra historia, la de la exótica pareja era conocida por toda la comunidad académica local. Por lo que se acercaron a nosotros con morbosa curiosidad.

—Hola Joan, ¿Es tu esposa? Habíamos escuchado noticias de tu boda...

—Sí, os presento a Havva.

Era inevitable encontrarse tarde o temprano con mis compañeros. Me sentía incómodo. No sabía como conducir la conversación sin que resultase ofensiva para Havva.

—Es muy guapa. ¿Es turca verdad? ¿No habla castellano o catalán?

—Todavía no completamente, está siguiendo un curso de catalán.

—¿Es cierto lo que cuentan? ¿Te casaste borracho en la despedida de soltero de Raúl en Istanbul?

—Sí, así es.

Respondí, visiblemente incómodo.

—¿Y como es convivir con una desconocida? Aunque sea muy guapa.

El coro de risas que acompaña aquella pregunta, dejaba claro la opinión que ellos tenían sobre mi esposa. Encajé la pulla con rostro serio. Me dolía más por ella que por mí. Poco me importaba a mí la opinión de ese grupo de esnobs.

—Nos vamos adaptando el uno al otro. Havva es una buena compañera.

—¿Y no hechas en falta una conversación civilizada? Yo no me imagino compartir mi tiempo con alguien así.

Respondí enfadado. Aquel cretino se había pasado.

—¿Con alguien así? ¿Qué insinuas? No tolero que le faltes al respeto a mi esposa.

—Perdona, no quería ofenderla. Solo digo que con alguien sin cultura y que no habla nuestro idioma la convivencia debe ser... complicada.

—Las personas se entienden si hay buena voluntad. La cultura no define el valor de una persona.

—¡Vale, vale! ¡No te pongas así! Solo era un comentario inocente. ¡Estás muy susceptible!

—Puede ser. Nos vamos, adiós.

—Adiós.

Arrastré a Havva lejos de aquel grupo de estirados. Cuando nos alejábamos aún alcanzamos a escuchar un último comentario.

—Cómo se ha puesto Joan. Nosotros no tenemos la culpa de que lo haya cazado una inculta inmigrante. Es lo que es. Si no le gusta que se lo digan, es su problema.

De regreso a casa lanzaba miradas a Joan que caminaba serio intentando descifrar como se sentía él. Me habían molestado los comentarios de aquel grupo y me había sentido reconfortada con la defensa por parte de Joan. ¿Era aquella defensa sincera o fruto de la vergüenza que le producía a Joan mi compañía? Deseo que fuera la primera opción. Pero no tenía forma de saberlo con certeza.

Me pasé el camino absorto en mis pensamientos. ¡Me pareció tan buena idea ir al teatro! No había previsto la incómoda conversación posterior. Sabía que nuestras apariciones en público generarían morbosa curiosidad. Tendría que lidiar con ello de la mejor forma posible. Solo al llegar a casa me permití fijarme en Havva. Estaba nerviosa. Decidí confortarla un poco. La hice sentarse en mi regazo en el sofá y le aparte el cabello de la cara diciendo:

—Esos cretinos no saben reconocer una joya ni teniéndola ante sus narices. Tú eres una mujer maravillosa Havva. He tenido mucha suerte de conocerte.

—¿De verdad lo crees?

—Sí.

La bese suavemente en los labios. Estuvimos abrazados en silencio, acariciándonos lentamente. Hasta que nos levantamos para cenar. La mañana del sábado Havva quería disfrutar conmigo entre las sabanas. Me resistí a mi mimosa esposa y la convencí para levantarse. Después del desayuno cogimos el tren a Barcelona. Deseaba mostrarle la ciudad a mi esposa. Nos paseamos por las Ramblas y alrededores, comimos en un bar de plaza Catalunya. Llamé a Quim para vernos los tres. Quim propuso que cenásemos juntos. Pasamos la tarde en el Paseo de Gracia y a las ocho nos encontramos con Quim frente al restaurante. En la mesa después de pedir, Quim inicio su interrogatorio.

—Así que la parejita se va de luna de miel a Andalucía ¿Por qué allí?

—Me pareció un destino interesante para mostrarle a Havva parte de la riqueza patrimonial del país.

—No creo que una bailarina sepa apreciar los monumentos y tú nunca has mostrado interés por la historia.

—Estás cargado de prejuicios Quim. No se necesitan estudios para apreciar la belleza de los monumentos. ¿Qué hay de malo en mostrar interés ahora? ¿No puedo cambiar de gustos?

—Sí, claro que puedes. Solo me sorprende, porque no te pega...

—Tal vez Havva despierte mi sentido del arte.

—Eso debe ser. Estás irreconocible hermanito. ¿Tu mujer te ha embrujado?

—No, pero tú sigues igual de tonto. Solo dices estupideces. Tendrás que madurar algún día hermanito.

—No lo creo, tú ya has madurado por los dos. Yo planeo seguir viviendo así muchos años.

—La vida da muchas vueltas Quim.

—Ya lo veo. Tomo buena nota. No vuelvo a emborracharme. Es muy peligroso. Jajaja.

—Tú riéte, ya llegará mi turno.

—En tus sueños hermanito. No soy tan inocente como tú. No ha nacido la mujer capaz de domesticarme.

—Cenemos, está visto que no se puede tener una conversación seria contigo.

La cena transcurrió entre pullitas de Quim, sin demasiada mala intención. Era evidente que los hermanos se apreciaban. A Quim no le convencía Havva como cuñada. No entendía como su hermano había abandonado su idea inicial de anular el enlace y se mostraba tan alegre con aquella

situación impuesta. La felicidad de la pareja era evidente para cualquiera. No quedaba otra que aceptar a Havva en la familia. Si hacía feliz a Joan, el resto carecía de importancia. Nunca había visto a su hermano enamorado. Resultaba tan divertido como enternecedor. Ya se veía en unos años malcriando a sus sobrinos. Se despidieron tras la cena y la pareja regreso a Girona en tren. La mañana del domingo, la pasaron entre las sabanas y el día transcurrió con normalidad.

El lunes Havva charlaba antes de clase con sus nuevas amigas del curso de catalán, Sonia e Ingrid. Sonia era una madrileña a la que habían trasladado a una sucursal bancaria de Girona e Ingrid era irlandesa y trabajaba en la recepción de un hotel. Las tres se entendían en una mezcla de inglés y castellano y enseguida congeniaron.

—Un día tenemos que salir las tres solas.

—Sí, una salida de chicas. A ver si encontramos tres bombones como el que viene a buscar a Havva al salir de clase. Jajaja.

—Sí Havva. ¿Cómo lo conociste?

—Lo conocí en Istanbul. Es mi marido.

—¿Tu marido? ¿También es turco?

—No, es de aquí. Nos conocimos en la despedida de soltero de un amigo suyo y nos casamos.

—¡Espera un momento! ¿Nos estás diciendo qué te casaste con un desconocido? ¿Por qué?

—Sí, era mi pasaporte a España.

—¡Qué fuerte! ¿Y como lo conseguiste?

—Estaba de despedida de soltero con unos amigos y todos iban borrachos...

—Pero no estabais en las Vegas.

—No, uno de sus amigos es notario y él formalizo el enlace.

—¿Y no lo anuló?

—Lo intentó, pero me negué.

—¿Y no te pide el divorcio?

—Su abogado se lo desaconsejó. Divorciarse de una pobre inmigrante inculta lo arruinaría

—Tú no eres precisamente una inculta.

—Él no lo sabe. Para él solo soy una bailarina y solo hablo turco.

—¿Eso es lo que cree? ¡Cómo te pasas! Con lo bien que se porta contigo.

—El fin justifica los medios. Sí, estoy muy contenta con él, es un buen hombre.

—Y está cañón ¿Es bueno también en la cama?

—Mucho.

—Qué suerte has tenido. ¿Sabes que los tíos así no abundan? Si estás bien con él no lo dejes escapar. Podrías lamentarlo.

—No sé, no tengo claro todavía que quiero. Dejare pasar el tiempo para aportarme claridad.

—Es una decisión importante. Normalmente uno debe pensárselo mucho antes de casarse. En tu caso es al revés.

—La vida a veces nos sorprende.

—Sí.

—Ahora que lo sabéis, recordad, si nos encontramos por ahí, yo solo hablo catalán

—Sí dona.(Sí mujer)

Ingrid intervino en tono jocosos.

—Y si lo dejas avisame. Me lo pido. Jajaja.

A lo que Sonia apostilló.

—¡Seras Perra! Olvídate, ese bombón lleva tatuado el nombre de Havva. ¿Acaso no ves como la mira?

- ¡Sí, qué envidia! ¿Cómo lo has conseguido Havva? Danos tu fórmula mágica porfa.
—Sí eso. Yo también quiero un macizorro que beba los vientos por mí.
—No lo sé chicas. No he hecho nada especial. Creo que simplemente he tenido mucha suerte.
—Puedes estar segura. Conservalo bien. Estas cosas pasan una sola vez en la vida.
—¿Vosotras Creéis?
—Sí.

Respondieron ambas al unisono.

—Lo pensaré, ahora vamos para clase.

Las tres entraron con el resto de alumnos a la clase.

Capítulo 9

En las pocas semanas que faltaban para las vacaciones, Joan se comportó como un esposo modélico. Su vida comenzó a girar alrededor de Havva. Siempre atento a ella, anticipando sus necesidades.

Havva se sentía como una princesa de cuento. Desconocía los motivos de Joan para comportarse así. Desde luego no iba a quejarse de su suerte. Añoraría esta vida junto a él. Tal vez no tendría que renunciar a ella, a él. Solo tenía que explicarle la verdad cuando llegase el momento.

A Joan le sorprendió lo poco que le costaba hacer feliz a su mujer y lo bien que se sentía al verla así. Podría acostumbrarse a esta vida con ella. Su estrategia para conquistarla, le hacía encariñarse cada vez más de ella.

Un domingo en casa de los Yilmaz, durante la comida familiar, Burcu sacó el tema.

—Havva últimamente está muy rara.

—¿Rara mamá? No sé a que te refieres. Yo la veo muy bien.

—Pues eso, que parece estar muy bien. Se ha metido demasiado en el papel de recién casada.

—¿Qué tiene de malo disfrutar interpretando su papel? Mejor para ella.

—El problema es que no es real y puede pasarlo muy mal al final.

—Havva sabe lo que hace mamá. Es muy racional como tú.

—Havva es una mujer, una mujer que interpreta demasiado bien el papel de mujer enamorada. Esto le puede acabar estallando en las narices.

—Yo confié en Havva mamá. Para vuestra tranquilidad, pienso ir a visitarla una semana después de su luna de miel.

—Gracias hija mía. Observala y observalos como se comportan juntos. Espero que si tu hermana está enamorada, su marido le corresponda.

—Eso haré mamá. Vigilaré a mi hermana y a mi cuñadito.

El lunes en su llamada habitual, Dilek le comunicó la noticia a su hermana.

—Hola Havva.

—Hola Dilek.

—Tengo una sorpresa para ti. ¡Vendré a España a pasar una semana en casa de mi cuñado!

—¿En serio? ¡Qué alegría! ¿Cuándo vienes?

—La última semana de abril. Después de vuestro viaje.

—¡Fantástico! ¡Tengo muchas ganas de verte y de enseñarte la ciudad!

—Y a mi cuñado.

—Sí, también a Joan y su familia. Son todos muy buenos conmigo. Hasta el especial de su hermano.

—¿Cómo se porta tu cuñado?

—Civilizadamente. Ya es todo un logro.

—Escogiste al hermano bueno.

—Sí, lo hice. He tenido mucha suerte con Joan. Es un amor.

—Tengo que conocerlo. Nos vemos hermanita.

—Adiós. Hoy mismo le daré la noticia a Joan.

La boda de Raúl (el novio de la despedida), era el próximo fin de semana. Hasta la fecha

esquivamos las reuniones sociales en pareja. Especialmente después de la salida al teatro. Aquella no la podía evitar.

Con cierta angustia le comuniqué a Havva el compromiso al que debíamos acudir. La acompañé a comprarse un vestido. Se decidió por un vestido verde que le quedaba como un guante. Cuando estuvo lista para salir el día de la boda, tras pasar por la peluquería y estética, me dejó sin palabras. Estaba preciosa, nunca había visto a una mujer más hermosa.

Havva observo que a su marido le sentaba muy bien el traje. Esperaba disfrutar de esta ocasión junto a su marido.

En la boda se reunieron bastantes miembros del profesorado universitario. Entre ellos estaba Mariola, la princesa de hielo. Profesora de filología inglesa, una rubia impresionante, tan bella como distante. Acostumbraba a ser el centro de atención masculina en los eventos. En esta ocasión, Havva fue el centro de la morbosa atención de la comunidad académica presente, todos conocían la peculiar historia de la pareja.

Muchos se acercaron a saludarme, interesándose por mi pareja. Bastantes de ellos solo los conocía de vista. Havva no dejó a nadie indiferente. Deseo en los hombres y celos o envidia por parte de las mujeres. Durante la ceremonia y la cena, no me separé de mi mujer. Dedicándole en todo momento mi atención. Tras la cena, mis amigos reclamaron mi presencia y Havva paseó por la estancia con una copa. Había sido objeto de mucha atención en aquella velada. Agradecería pasear a solas, observando a la gente sin necesidad de mantener una conversación. Entre mis amigos empezaron con las bromas, siendo yo el protagonista.

—¡Joder Joan, si qué la tenías escondida a tu mujercita! Aunque viéndola ahora lo entiendo...

—Se llama Havva. Como no domina el catalán todavía no nos relacionamos mucho.

—¿Catalán? ¿No estudiaba castellano?

—Ella se cambió de curso y yo no quise discutir.

—Desde luego. Hiciste bien, es raro que se cambiase. ¿no crees?

—Sí, Me he tenido que acostumbrar a las cosas raras.

—¿Cómo lo llevas? Eso de la convivencia con una extraña...

—Nos hemos ido adaptando el uno al otro...

—¿Y en la cama?

—Bien. En ese aspecto nunca hemos tenido problemas.

—¡Qué suerte has tenido! ¡Si yo estuviera con una mujer así no saldría de la cama!

—¡No seas bruto! También charlamos, salimos a cenar. Vemos películas..

—Eso suena a pareja normal...

—Bueno. Tenemos que vivir juntos. ¿Algo tendremos que hacer no?

—Sí, desde luego. ¿Habéis vuelto a tratar el tema de la anulación?

—No, no ha surgido. Voy a esperar que se defienda con el idioma. Tampoco tengo tanta prisa.

—No, yo tampoco tendría prisa por librarme de una preciosidad como esa. Jajaja.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

Havva se paro junto a un balcón donde un grupo de mujeres charlaban animadas por el cava.

—Mariola. ¿como sienta no ser la princesa del reino?

—Eso, creo que Blancanieves ha cedido el trono a Jasmín Jajaja.

—Estoy como siempre. ¿Os creéis qué esa inculta es rival para mí? Le falta clase...

—Creo que los chicos no opinan lo mismo. Hoy solo tienen ojos para ella...

—¿Eso creéis? Ahora veréis.

Una Mariola decidida, dejó su copa y se dirigió hacia el grupo de hombres en el que se encontraba Joan. Le cogió del brazo y le sacó a bailar. ¿Qué mejor prueba de su supremacía que

hacer babear a su propio marido?

—Chicos, no os giréis. La princesa de hielo viene hacia aquí.

Al llegar junto al grupo cogió del brazo a Joan diciendo.

—Vamos a bailar.

No era una pregunta, era una orden y Joan se vio en la pista bailando con Mariola. Hasta hace poco hubiese sido feliz por obtener su atención. Hoy se había producido el milagro. No entendía por qué. Para él era una bella y fría compañía. No tocaba su interior.

Cuando termino la canción sintió que otra mano lo arrancaba de brazos de Mariola y una voz conocida.

—Meu torn. (Mi turno.)

Y se encontró bailando con la mujer más hermosa de la fiesta, a pesar del serio gesto reflejado en su rostro. Si había sido el centro de atención cuando caminaba. Al bailar desplegó su magia. Consiguio que un Joan, cautivo de su mirada; danzase con ella como solo lo pueden hacer las parejas con un profundo vinculo. Eclipsando al resto de los bailarines.

Havva había escuchado divertida la conversación de las mujeres hasta que Mariola fue a por su marido. Con ciertas cosas no se juega. Aunque no tuviesen un matrimonio real. Pensaba dejar claro a quien pertenecía ese hombre. Al terminar la canción Havva le dejó regresar con sus amigos y al cruzarse ella con Mariola solo le dijo una palabra.

—Meu. (Mío.)

Mariola tuvo que encajar la derrota. La había puesto en evidencia frente a todo el mundo. Se vengaría, nadie la humillaba.

Al finalizar la fiesta, volvieron en taxi a casa cada uno inmerso en sus pensamientos. Joan pensaba que tal vez Havva ahora sentía algo por él y Havva se preguntaba que sentía realmente por Joan.

El día anterior al viaje Joan le tendió un paquete a Havva. Esta lo abrió para encontrar una bonita cámara Réflex de una conocida marca. Así como varias tarjetas de memoria.

—Supongo que querrás hacer muchas fotos. Espero que te guste.

Havva dejó la cámara y se lanzó sobre Joan para comérselo a besos, diciéndole:

—Gracias amor mio. La pienso aprovechar.

—Me alegro que te guste. Hoy debemos ir a dormir temprano. Mañana nos vamos.

—Sí. Me hace mucha ilusión hacer este viaje juntos.

—El primero de muchos espero.

—Yo también.

Havva había respondido sin pensar. Sinceramente Le gustaría viajar con Joan.

Cogimos el tren hasta Barcelona y allí el avión, aterrizamos en el aeropuerto de Sevilla donde pasaríamos cuatro días. Un taxi nos llevo a nuestro céntrico hotel de cuatro estrellas. Dejamos las maletas y fuimos a comer en una freidura cercana para degustar diferentes pescados fritos. Paseamos por el barrio de la antigua judería.

Havva miraba fascinada los lugares tantas veces visitados a través de los libros. Fotografiando cada rincón. Yo le acompañaba pacientemente. Disfrutando de su entusiasmo y haciéndole alguna foto mientras ella estudiaba un elemento peculiar. Aquí lejos de nuestro hogar eramos otra pareja más de recién casados. Aquí nuestro amor parecía más real. Aunque nuestra historia tuviera un final. Nadie me podría quitar estos momentos de felicidad. Por la noche cenamos en un restaurante de la zona y agotados del traqueteo regresamos al hotel.

No podía borrar la sonrisa de mi rostro. Estaba cumpliendo un sueño de la mano de un hombre maravilloso. El hombre que me miraba con adoración. En la tranquilidad de nuestra habitación,

mientras me masajeaba los pies. Lo miré fijamente y pregunté:

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—¿Necesita un motivo especial un marido para ser atento con su esposa?

—El nuestro no es un matrimonio normal...

—Porqué sus inicios no fuesen los habituales, no es menos real. Tú eres mi esposa y yo tu marido.

Deseaba con todas mis fuerzas que aquello fuera cierto. Buscaba convertirlo en real con mis palabras.

—Tienes razón. Pero incluso así tu comportamiento es extraño en un esposo que no se a casado...

—¿Enamorado?

—Sí.

—Es cierto, pero este tiempo que llevamos juntos, he podido conocerte y me he enamorado de ti.

—¿De verdad?

Un Joan repentinamente serio. Detuvo sus manos y miró fijamente a Havva.

—Havva, mirame. Te quiero. Te lo digo de verdad. A mí también me ha sorprendido. Pero no voy a engañarme. Te quiero y espero que algún día me correspondas.

—Yo creo que también te quiero.

Respondí con mas sinceridad de la que estaba dispuesta a admitirme.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte.

—Pues ven y demuéstremelo.

Dije con voz melosa.

Joan se lanzó sobre mí e hicimos el amor quedándonos dormidos al final. Yo desperté primero. Sentir el cuerpo de Joan junto a mi dibujo una sonrisa en mi boca. Me dediqué a mirarlo descansar con expresión relajada acariciando su cabello. Sin pensar en nada más que su rostro en paz y el tacto de su cabello entre mis dedos.

El despertador acabo con el sueño de Joan que se desperezo y al abrir los ojos contemplo el bello rostro de su amor.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

Pregunté entre bostezos.

—No, no mucho.

Respondió Havva cohibida. Como cogida en falta.

—Podías haberme despertado...

Contesté juguetón.

—Me gusta verte dormir. Tú rostro está en paz.

Respondió Havva admitiendo parte de sus emociones.

—Tú me la proporcionas. Si pudiera pedir un deseo. ¿Sabes qué pediría?

Aquel era un buen momento para confesarle la profundidad de mi amor.

—No.

Dijo con repentina timidez.

—Que tu rostro sea lo primero que vea al despertarme y lo ultimo al dormirme. Siempre.

Aquella declaración le afectó mucho. Por lo que solo pudo responder:

—No pides mucho.

—Para mí es suficiente.

Havva decidió aligerar el ambiente.

—Entonces yo, como tu genio personal, te concedo tu deseo.

—¿Cómo puedo corresponder a tan magnífico presente?

—Quiéreme siempre.

Su propia respuesta la sorprendió por su sinceridad.

A mi aquello me sonó a música celestial. Por eso respondí:

—Mi corazón, mi alma, todo mi ser te pertenece. Te quiero ahora y siempre.

—¿Incluso si te hago enojar?

Su voz reflejaba su inquietud.

Deseaba que se confesara sin miedo y contesté:

—Nada que hagas evitara que te siga queriendo.

—¿Va a ser tan sencillo?

Duda de nuevo en su voz.

—Las cosas más importantes suelen ser sencillas. Nosotros a veces las complicamos innecesariamente.

Havva decidió zanjar la conversación. Se había vuelto incómoda por su mentira.

—Tal vez tengas razón. ¿Puede mi amante esposo acompañarme a desayunar?

—Con gusto mi princesa.

Así bajamos a desayunar en una cafetería cercana. Cogidos de la mano visitamos los Reales Alcázares de Sevilla. Antes de entrar observamos como varias parejas de novios se paseaban en calesa. No dije nada pero pensé que le debía a mi mujer una boda en condiciones. Con la familia y amigos. En vacaciones, si todo salía bien, lo organizaría. Sonreí al imaginar a Havva vestida de blanco frente al altar.

Miré a las parejas de novios con cierta nostalgia. No había tenido una boda al uso pero me había tocado en suerte un gran marido. No cambiaría nada de lo que me había llevado en brazos de aquel hombre. Entramos en el conjunto monumental y me transformé en la doctora Yilmaz. Deleitándome con cada detalle y mordiéndome la lengua para no compartirlo con Joan. ¡Si no fuese por mi papel podríamos compartir tantas cosas! No era el momento de confesar. No quería que un nubarrón oscureciera mi cielo azul.

Joan podía imaginar el dilema de su esposa. Esperaba que al volver a Girona confesase para pasar página. La visita les llevo todo el día. Salieron a comer y volvieron a seguir recorriendo el monumento. Havva en esta ocasión hizo algunas fotos a su marido cuando se despistaba. La visita fue fantástica para ella. Joan disfrutaba a través de ella. Su felicidad era también la suya. De vuelta al hotel volvió a masajear los pies de su mujer antes de bajar a cenar. Tras la cena se retiraron al hotel. En aquel momento no deseaban otra cosa que estar en los brazos del otro.

Al día siguiente visitaron la plaza de España, la Catedral con su Giralda y el Archivo de Indias. Volvieron a irse a dormir agotados y satisfechos. El último día en Sevilla se lo tomaron con tranquilidad. Solo pasearon por la ciudad y echaron una siesta con la idea de salir por la noche. Cenaron en un restaurante típico y pasearon por la ribera del Guadalquivir hasta la zona de fiesta. Cogidos de la mano. Havva estaba preciosa. Su tez morena relucía con su sonrisa. Tomaron una copa y bailaron un poco dentro de las posibilidades de Joan. Regresaron temprano al hotel y ya en su habitación Havva se aferró a su marido besándose mientras se desnudaban. Cayeron en la cama e hicieron el amor como marido y mujer. Sin dejarse nada en el tintero. Al acabar Havva sobre Joan le miró a los ojos y preguntó:

—¿Joan, a ti no te entusiasma la historia, verdad?

Joan contesto con cautela. No sabía donde podía llevarle este interrogatorio.

—Me gusta. Pero lo cierto es que no es mi pasión. Soy de ciencias...

—Cuando paseamos por los monumentos estás más pendiente de mí que del entorno.

—Me gusta admirar la belleza.

—¡Tonto! ¡Hablo en serio!

Havva le dio un ligero coscorrón.

—Está bien. Supongo que me basta con una inspección superficial. No soy capaz de ver el encanto que tu sabes apreciar. Eres una mujer muy sensible. Me gusta ver tu expresión de concentración cuando aprecias los detalles.

Era una respuesta bastante sincera por parte de Joan.

—¿Por qué hemos venido entonces de luna de miel aquí?

—Pensé que te gustaría ¿Me he equivocado?

—No. En absoluto. Me encanta. Solo que no te pega.

—Lo escogí pensando en ti. Es lo que debe hacer un buen esposo. ¿No?

—Tú eres más que un buen esposo...

—¿Qué soy entonces?

—Mi sueño hecho hombre.

—Me alegro porque tu eres la mujer de mis sueños.

Havva puso voz a sus dudas.

—¿Lo dices de verdad? ¿No por ser tu obligación o responsabilidad? ¿Te conformas con una simple bailarina?

—Eres más que eso. Eres una mujer bella, dulce, sensible, inteligente. Tengo suerte de que seas mi mujer.

Havva selló la boca de su marido con un beso. Aquel viaje estaba siendo mucho mejor de lo que había soñado. Porque lo hacía con Joan. El resto de los días la tónica fue similar. Visitaron los monumentos más emblemáticos de Granada como su Alhambra y en Córdoba no podía faltar su Mezquita. Joan disfrutaba más de su mujer en las visitas que del propio monumento. Havva observaba maravillada todos aquellos lugares. Emocionándose con sencillos detalles. A veces se sentía culpable por arrastrar a su marido a esas maratónicas visitas. Pero siempre que lo buscaba con la mirada lo veía mirándola contento. Así que ambos a su manera disfrutaron de aquella atípica luna de miel.

A la vuelta Joan le prometió que volverían en otra ocasión. Ya en casa, Havva se encargó de enviar las fotos a sus padres. Imaginaba a su padre emocionándose con los lugares históricos que habían visitado.

Capítulo 10

Un día María entró en casa de Joan con sus llaves, quería ver que tal les iba después de la luna de miel e intentar hablar un rato con su nuera. Era una mala costumbre que debía abandonar ahora que su hijo vivía en pareja. Pensó mientras avanzaba hasta la entrada del salón atraída por la voz de Havva. Ella se encontraba con los auriculares puestos hablando en inglés por Skype. Y no se percató de su presencia. Desde su puesto a su espalda, María iba cambiando el gesto en su rostro al ir absorbiendo las implicaciones de lo que estaba escuchando. Se dio la vuelta y salió de la casa sin que Havva se enterase.

Tenía que pensar como proceder. En las comidas familiares había observado como la pareja se prodigaba muestras inconscientes de afecto y también había atrapado alguna mirada del uno al otro. Parecían una pareja enamorada. Veía a su hijo feliz. Al llegar a su casa, decidió buscarla en Internet. No lo había echo hasta entonces porque no esperaba encontrar nada de una bailarina turca. El buscador le mostró a una reputada doctora en historia. Por una foto de una conferencia comprobó que era su nuera. ¿Por qué? Si bien le molestaba el engaño (y mucho). Veía desaparecer la única barrera que podía separar a la pareja. Era hora de tener una seria conversación con su nuera. A la mañana siguiente se presentó en casa de su hijo tocando el timbre.

Havva estaba degustando el jamón serrano que había comprado esa mañana. Se levanto para ver quien era. Volvió a la mesa para tirar el resto del paquete a la basura antes de abrir la puerta. María se dirigió a ella en castellano.

—Hola María.

—Hola Havva. ¿como estás?

—No entenc...(No entiendo...)

—Mira guapa. Corta el rollo. Sé quien eres y que me entiendes perfectamente.

Havva se puso nerviosa. ¿Se había delatado? Siguió negando con la esperanza de que su suegra se hubiese marcado un farol.

—No entenc...(No entiendo...)

María decidió enfrentarla a la evidencia y le mostró su smartphone. La pantalla mostraba a Havva en una conferencia y el pie de pagina no dejaba lugar a dudas.

—Explicame esto.

—Bueno... No soy solo bailarina.

Eso ya lo sé. Eres doctora en historia, y muy buena por cierto. ¿Por qué nos has mentido? ¿Por qué te casaste con mi hijo?

—Para venir a España. Si Joan hubiese sabido quien era no se habría sentido obligado a traerme. Solo necesito el permiso de residencia. Después le dejare tranquilo...

Mientras se confesaba, se dio cuenta de que se sentía muy a gusto con Joan. No quería que aquello terminase.

Por su expresión María creyó saber que le pasaba. Eran felices juntos. Ella no pensaba separarlos pero Havva debía sincerarse con él.

Havva miro a su suegra con expresión suplicante.

—¡Por favor no se lo digas a Joan!

—Pero debe saberlo. Debe saber quien eres.

—Sí, yo se lo diré. Cuando este preparada. Te lo prometo.

—Yo no diré nada. Pero debes hacerlo. Si se entera por otra fuente será peor.

—Sí, gracias María.

—De nada hija, cuidate y cuidale.

Havva se levanto y abrazo emocionada a María. La trataba como a una hija, con un cariño sincero. Pensó que también los echaría de menos cuando todo terminase.

María se acerco al cubo de basura y saco el paquete de jamón a la mitad. Había sentido el olor en el aliento de Havva.

—¿Esto qué es?

—Nuestra familia es cristiana. No soy musulmana.

—Me alegro. El próximo domingo ven a la cocina y te daré un pedazo de pastel...

—Gracias María.

—De nada. Y puedes seguir llamándome mare. Me gusta así y no quiero levantar sospechas.

—Sí mare.

Se despidieron, Havva estaba contenta. Se había quitado un peso de encima. María lo había encajado muy bien sin reproches ni escenitas y le había prometido guardar su secreto. Al menos por el momento.

Aunque todavía faltaba lo más difícil. Explicárselo a Joan. ¿Cómo se lo tomaría? Quedaría como un tonto frente a todos sus conocidos. Nadie encajaría bien semejante humillación y ella no quería enfadarlo. Él la trataba tan bien. Era cariñoso, tierno y considerado. Era feliz con él. Mas feliz de lo que había imaginado si se casaba algún día. Se había hecho a la idea de vivir dedicándose a su pasión por la historia. Ahora se cuestionaba sus objetivos y prioridades. Pensó brevemente en la maternidad. ¿Joan querría ser padre? La imagen de ellos junto a un Joan en miniatura enterneció su corazón. Pero lo descartó enseguida. Tenía que ocuparse de otras cosas. ¿Cómo darle la noticia a Joan para que no se enfadase demasiado?

Ahora que María ya sabía el secreto de su nuera. La sobremesa de los domingos en la salita se convirtió en una serie de interrogatorios a Havva. La nota positiva es que pudo probar todos los embutidos y dulces que no entraban en su casa, en sus escapadas a la cocina. Después tenía que utilizar un chicle de menta para borrar el rastro. Las conversaciones con su suegra se hicieron más interesantes. María era una buena mujer. Con un gran corazón. Inteligente, culta y defensora a ultranza de los suyos.

María observó en sus conversaciones como su nuera se había enamorado de su hijo. No porque ella lo manifestase directamente o María le preguntase al respecto. Su forma de hablar sobre él, la mirada y el gesto inconsciente de felicidad que iluminaban su rostro en aquellas ocasiones lo dejaba meridianamente claro. Sospechaba que Havva no era consciente de ello. Ella no se lo diría. Tenía que descubrirlo por si misma.

Aquel domingo por la tarde Dilek llegó a Barcelona. En la terminal la esperaban Havva y Joan. Cuando se encontraron las dos hermanas se fundieron en un largo abrazo lleno de besos y lagrimas. Después Havva llevó a Dilek frente a su marido. Havva inicio la conversación utilizando el catalán con Joan y el turco con Dilek.

—Joan te presento a mi hermana pequeña Dilek.

—Encantado.

Joan abrazó a su cuñada y la besó en ambas mejillas. Le cogió la maleta y los tres se dirigieron a la terminal de tren con las dos hermanas charlando animadamente durante todo el trayecto. Ya en su casa Havva le enseñó el que sería su cuarto y la dejó instalándose para dirigirse al salón donde Joan estaba sentado en el sofá. Se lanzó sobre él y se comieron a besos durante un rato. Havva paró para decirle:

- Estoy muy feliz de tener aquí a mi hermana. Gracias Joan.
- No me las des. Me gusta verte feliz.
- Doy gracias a Alá por haberte puesto en mi camino. Eres un buen esposo.
- Soy yo el que debe estar agradecido de haberte conocido. Mi princesa oriental.
- Eres un bobo adorable. Te quiero.

Joan sintió un escalofrío al oír aquellas palabras que sonaban tan sinceras. Cómo no le salían las palabras le respondió con un profundo beso. Deseando que fuera verdad.

Cuando Dilek entró en el salón se los encontró así acaramelados como dos tortolitos. Los miró durante unos instantes para acabar diciéndole a su hermana en turco:

- ¿Molesto?
- No, para nada. Ahora íbamos a preparar la cena.

Havva se giró visiblemente sonrojada cuando su hermana los atrapó en falta. Se había olvidado completamente de ella.

- ¿En el sofá?
- No tonta. Ahora prepararemos una ensalada con pollo, como a ti te gusta.
- ¿Cariño puedes preparar una ensalada con pollo a la plancha?
- Claro mi amor. ¿Con queso de cabra?
- Sí por favor.

Cuando Joan se metió en la cocina, una Dilek sonriente se sentó junto a su hermana.

- ¿Tu marido cocina?
- Se defiende mejor que yo en la cocina. Tú sabes que nunca me ha gustado.
- ¿Sabes qué tu marido es una joya verdad?
- Sí.
- ¿Y piensas hacer algo al respecto?
- Claro, pero es complicado.
- Lo será más si se entera por otra fuente.
- Lo sé. Pero tengo miedo a su reacción.
- ¿Le quieres? Puedes decírmelo.
- Sí y no quiero perderle.

—El parece que también te quiere. Si es el buen hombre que dices, te perdonara si se lo cuentas.

- Cuando encuentre la ocasión oportuna lo haré
- No tardes demasiado.

Havva no contestó. Era consciente de que debía hacerlo más pronto que tarde.

La cena fue agradable, Havva estuvo haciendo de interprete entre ambos. Después se fueron todos a dormir. Con su hermana en el cuarto de al lado, Havva estaba cohibida. Joan lo entendía perfectamente. Aquella noche y las siguientes se limitaron a besarse y acariciarse como dos adolescentes enamorados.

El lunes por la mañana, ambas hermanas hicieron un Skype con su madre.

- Hola mamá.
- Hola hijas. ¿Cómo estáis? ¿Qué tal el viaje Dilek?
- Bien, vinieron a recogerme mi hermana y mi cuñado. Ahora estoy en su casa.
- ¿Y qué opinas tú de él?
- Que aquí tu hija Havva, es una cabrona con suerte.
- ¡Ehhh!
- ¿Qué? Tienes un hombre bueno, cariñoso, enamorado como un colegial y que está buenísimo.

¿O no?

—No sé si realmente está enamorado...

—¿Bromeas? Ese hombre te adora. Si no fuese suficiente prueba tu luna de miel. Me ha bastado una tarde con vosotros para verlo. Y tú también estás enamorada hasta las trancas.

—¿Qué dices? Alucinas hermanita.

—Ya puedes intentar negarlo, es así. Mamá vas a tener nietos españoles.

—¿Es eso cierto Havva?

—Bueno si voy a vivir aquí...

—Y serán hijos de Joan.

—Eso no es seguro...

—Es lo que tú quieres. ¿Lo vas a negar?

—No.

—Bien. Pues eso mamá. Me voy a pasar la semana de vacaciones en compañía de una tonta enamorada. Mi hermana.

—¡Cómo te pasas!

—Me lo debes hermanita. He hecho mucho por ti.

—Vale, tienes razón.

—¿Bueno me vais a dejar hablar a mí o no?

—Sí mamá.

—Primero me alegro de que estéis bien. Segundo si Dilek tiene razón y creo que sí. Debes aceptarlo Havva y debes decirle a Joan quien eres y solucionarlo.

—Sí mamá. En cuanto sepa como.

—Y tú Dilek, aprovecha y pasalo bien. Ya nos contarás a la vuelta.

—Sí mamá.

—Adiós niñas.

—Adiós mamá.

Después de desconectarse Havva le reprocho a Dilek su indiscreción.

—Ya te vale hermanita. Te ha faltado tiempo para chivarte a mamá.

—Alguien tenía que hacerlo. Tú te negabas a aceptarlo.

—No es fácil. Lo nuestro no es fácil.

—Lo sé. También sé que nunca te faltó coraje en el pasado para luchar por aquello que deseas.

—Tengo miedo. Miedo a su reacción al confesarme.

—Es normal. Si no lo sintieras, significaría que no te importa. Simplemente hazlo.

—Es fácil decirlo.

—Sí. Pero no te queda más remedio. Si no se entera por ti, seguro que lo perderás. ¿Es lo que quieres?

—No.

—Pues ya sabes que debes hacer.

Está bien. Vamos voy a enseñarte la ciudad. Havva la llevó a recorrer la ciudad. Durante esos días Dilek vio a su hermana feliz como nunca. Ambos parecían muy enamorados. Los gestos inconscientes y las miradas cuando el otro no te ve decían mucho más que cualquier palabra. Esperaba que su hermana se sincerase con él y tuvieran un final feliz. El sábado fueron a pasar el día en Barcelona. Joan hizo de guía para mostrar a Havva y Dilek parte de las zonas más emblemáticas de la ciudad. Por la tarde, tras la comida, Quim se unió al grupo. Cenarían los cuatro juntos y saldrían de fiesta. Esa noche dormirían en el piso de Quim.

A Quim no le hacía ninguna gracia perder una noche de sábado. Su hermano le había pedido el

favor y no podía negarse. Para colmo le tocaría dormir en el cuarto que habitualmente usaba como despacho. La parejita ocuparía el suyo y la hermana el de invitados. A las siete se presentaron en su casa para ducharse y cambiarse con la ropa de la maleta que previamente había dejado Joan por la mañana. Joan le presentó a su cuñada. Dilek era una morenita preciosa, al menos se alegraría la vista y no se tendría que avergonzar en exceso si topaban con algún conocido.

Joan se arregló en el baño de invitados mientras las chicas ocupaban el principal. Cuando salió Joan se puso a charlar con su hermano.

—Gracias por alojarnos en tu casa. A Havva le hacía ilusión mostrar la noche barcelonina a Dilek.

—Y los deseos de Havva son ordenes para ti. No es nada hermano. Me has chafado una noche de ligue, pero ya la recuperaré. Al menos Dilek es guapa y me alegrará la vista.

—No te pases con ella, que nos conocemos.

—¿Y acabar casado? No me acercaría a ella ni loco.

—Eres un exagerado. Solo te pido que te comportes con corrección.

—¡Qué sí! ¿Acaso no me conoces?

—Pues por eso mismo.

—Fingiré que no te he escuchado. Vamos a tomar una copa, seguro que las mujeres tienen para largo.

En el baño mientras se maquillaban las hermanas hablaron sobre los chicos.

—Quim tu cuñado es mono, se parece a su hermano.

—Hasta que abre la boca. Es un estirado.

—Sí, ya me lo habías comentado. Al menos nos ha alojado en su casa esta noche.

—Le dije a Joan que quería traerte a Barcelona y él lo organizo todo.

—No te quejaras tienes un marido muy atento.

—No me quejo. Estamos muy bien juntos.

—¿A qué esperas para contárselo todo? Si tan bien estáis juntos no tiene sentido estropearlo.

—¿Olvidas la solicitud de anulación?

—Por como se os ve juntos, creo que Joan se ha olvidado de ella.

—No sé. Me gustaría creerte.

—Mira, esta noche olvidate del tema y disfruta con tu marido.

—No sé si debería...

—¿No quieres pasártelo bien?

—Sí, claro.

—Entonces hazme caso. Yo me encargare de que su hermano no os moleste.

—Ten cuidado con él.

—Tranquila se manejar a los de su clase.

—Enseñale que con las Yilmaz no se juega.

—Dalo por hecho.

Una hora más tarde las hermanas Yilmaz se presentaron en el salón. Había valido la pena la espera. Ambas estaban impresionantes y los hermanos Palamós las contemplaban con sentimientos encontrados. Joan se felicitaba una vez más por tener una mujer tan hermosa y Quim pensó que la noche se le complicaba. No por avergonzarse de su pareja sino por el hecho de no poder tocar a semejante belleza, tan parecida a su cuñada.

Se dirigieron en taxi al restaurante reservado por Quim. Durante la cena las hermanas hablaron entre sí en turco, mientras Quim le soltaba alguna pullita a su hermano.

Aún le resultaba extraño verlo tan enamorado. Con una sonrisa permanente como si estuviera

colocado. Su hermano había caído en las redes del matrimonio. A él no le cogerían sin luchar. Aunque debía admitir que compartir cama con una belleza como aquellas no le supondría un gran esfuerzo.

Después de cenar se acercaron a la zona del Port Olympic para tomar unas copas y bailar. En la discoteca se toparon con unas conocidas de Quim.

—Hola Quim, que causalidad.

—Hola chicas como estáis.

—Un poquito solas. ¿No nos vas a hacer compañía?

Le dijo una chica acariciándole el pecho sobre la camisa.

—Ya me gustaría, pero hoy mi hermano me ha castigado haciendo de canguro de la hermana de su mujer.

—Parece una chica guapa.

—No tanto como vosotras, además solo habla turco. Nada me gustaría más que quedarme con vosotras.

Dilek que escuchó retazos de la conversación se cabreó con aquel estirado. Decidió darle una lección. Si era su canguro le obligaría a actuar como tal. Se plantó en el centro de la pista y se puso a bailar como una auténtica Sherezade. Enseguida dos tíos la atraparon en un sándwich que destilaba lujuria.

Quim maldijo para sí, se había despistado un momento con las chicas y Dilek ya no estaba a su lado. Los tortolitos estaban acaramelados, bailando a unos metros. No quería molestarlos. Cuando se cansó de dar vueltas alrededor de la pista, subió al piso superior para poder localizarla en la sala. Cuando la vio en el trío central de la pista se dirigió hacia ellos enfurecido. Él buscándola como un tonto y ella disfrutando con esos dos tíos como... Mejor se concentraba en sacarla de ahí. Más tarde vendrían las explicaciones. Cuando llegó hasta ellos. La cogió de la mano y estiró. Pero ella se revolvió soltándose.

—Dilek, ven conmigo.

Dilek lo vio llegar con el ceño fruncido y pensó que tenía que tensar más la cuerda. Por eso se soltó y siguió con su baile a tres.

—Tío dejala en paz está con nosotros.

Le dijo uno de los dos bailarines con chulería. Aquello podía acabar mal. Su parte primitiva tomó el control e hizo algo inesperado para todos. Cogió a Dilek y girándola ante sí le devoró la boca con pasión.

Una Dilek sorprendida tardó unos instantes en devolver el beso abrazándose a él. Los bailarines al ver como se comían la boca, los dejaron para buscar otra presa. Cuando Dilek vio como se iban por el rabillo del ojo. Mordió con saña el labio inferior de Quim y soltándose le recriminó en turco.

—«¡Cerdo, quitame las manos de encima!»

Se encaminó hacia el lugar donde había dejado a su hermana con su cuñado, mientras intentaba serenarse controlando la respiración. Ese beso robado la había puesto a cien. Le había costado un mundo recuperar el control. El estirado sabía besar.

Quim necesitó varios minutos para salir de su estado de trance. No tenía una explicación racional para lo que había pasado. Cuando la giró y tuvo su cara a menos de un palmo sus labios le hicieron olvidarlo todo. Necesitaba besarlos y cuando lo hizo creyó incendiarse. Nunca se había excitado tanto con un beso. Si ella no le hubiera mordido y separado no sabía que habría pasado. Paladeó el gusto metálico de la sangre. La fiera tenía garras. No sabía que le había dicho pero no debía ser algo agradable. Se encaminó en la misma dirección en la que Dilek había

desaparecido. Afortunadamente estaba con Joan y Havva. Le lanzó una mirada de reproche pero no dijo nada. Olvidó su idea de pegarle una bronca. No quería verse obligado a explicar por qué la había besado. Ni siquiera él lo sabía a ciencia cierta. Estuvieron aún una hora en la discoteca. Para después coger un taxi a casa de Quim y poner fin a una extraña noche. Llegaron a casa de Quim y la parejita se metió en su cuarto ajenos a sus hermanos.

Quim sacó una botella de agua de la nevera y se la mostró a Dilek que asintió. Le ofreció un vaso de agua y se sirvió uno. Se lo bebió de un trago y fijó su mirada lejos de ella, reflexionando en voz alta sabedor de que no le entendía.

—Vaya noche rara. Llevo más de una hora tratando de saber por qué te he besado. Y la conclusión es que no podía hacer otra cosa. Cuando he visto tu boca entreabierta frente a mí. El resto del mundo ha dejado de existir. Si pudieras entenderme te reirías. Quim el mujeriego empedernido perdiendo la cabeza por un beso como un puto adolescente. Debo agradecer que me mordieras, de lo contrario no sé que habría hecho.

Dilek se terminó el vaso de agua escuchando la confesión de Quim. Ella también había perdido el control. Entonces pensó, ¿por qué no? Seguramente no volvería a verlo nunca. Bien podía cerrar su visita a España con un buen recuerdo. Dejó el vaso sobre la encimera y se acercó a Quim que estaba inmerso en sus reflexiones. Le cogió la cabeza con ambas manos y le comió la boca. Quim regresó al presente y se apartó ligeramente diciendo.

—Dilek esto no es buena idea. Si sigues no podré detenerme.

Dilek ignoró sus palabras y volvió a capturar sus labios con una mano en su nuca y con la otra los empujó hacia el despacho de Quim, con escasa resistencia por parte de este. Se arrancaron la ropa antes de llegar a la cama. Donde se amaron como animales con ardor, furia y desesperación. Los cuerpos se reconocieron y conscientes de que sería la única vez, se entregaron de una forma salvaje, hasta el agotamiento. Durmieron entrelazados. Hasta que al amanecer, Dilek recogió sus ropas y se marchó a su cuarto intentando no despertar a Quim.

Este fingió seguir dormido no sabía que hacer o decir. Se sintió a un tiempo aliviado y molesto por su marcha. Solía despedir a sus amantes al terminar de hacerlo. No le gustaba desayunar con ellas. Quería despertarse con Dilek. Tan loco como sonaba eso. Su experiencia anterior no le había preparado para esta noche. Había perdido completamente la cabeza en brazos de Dilek. Menos mal que se volvía a casa. No podría estar en su compañía sin volver a caer. Su hermano se partiría de risa si se enteraba.

A las doce de la mañana partieron en el coche de Quim hacia la casa de sus padres en Girona, para la comida familiar. Joan se sentó en el asiento del copiloto dejando a las mujeres atrás. Cuando vio que estaban enfrascadas en una conversación interrogó a su hermano en castellano.

—¿Me puedes explicar qué paso anoche?

—No sé a que te refieres.

—Primero en la discoteca. Aparece Dilek alterada frente a nosotros y llegas tú minutos más tarde desorientado y con el labio cortado. Después en tu casa os escuchamos desde nuestro cuarto. No habéis sido muy silenciosos.

—En la discoteca tuvimos un pequeño desencuentro y en casa lo solventamos.

—Eres bueno con los eufemismos. Te recuerdo que es mi cuñada, no una de tus golfillas.

—Ambos somos adultos e hicimos lo que nos apetecía. Punto final.

—¿Punto final?

—Sí, solo ha sido un escarceo. No volverá a suceder.

—Bien, eso espero. No quiero tener problemas con Havva por tu culpa.

—Descuida.

En el asiento posterior se producía un interrogatorio similar en turco.

—¿Dilek, qué paso ayer entre Quim y tú?

—Nada.

—No estoy sorda y no fuisteis muy silenciosos. Desembucha.

—Teníamos ganas de fiesta y nos pegamos un revolcón.

—O dos o tres. Parecía que os estuviésteis matando... de gusto.

—No estuvo mal.

—¿El estirado se porto bien?

—Digamos que si no habla, gana puntos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Yo me vuelvo para casa y él tendrá una muesca más en el cabecero de su cama.

—Tú no eres tan frívola. No te reconozco.

—Acaso una mujer no puede disfrutar de sexo casual como un hombre. ¿El matrimonio te ha vuelto mojigata?

—No es eso. Claro que puedes, solo que no es propio de ti.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Supongo que sí.

Llegaron a la casa familiar de los Palamós para comer.

—Ya están los chicos aquí María.

—Voy.

María se acercó a observar al cuarteto. Centrándose en Dilek.

—¿Tú debes ser Dilek verdad?

—Sí mamá, pero recuerda que solo habla turco. Si quieres saber algo de ella preguntáselo en catalán a Havva y ella se lo traducirá.

—Bien, primero un abrazo para la hermana de mi nuera.

Havva ya le había explicado a Dilek lo cariñosos que eran sus suegros. Aun así no pudo evitar sentirse un poco incómoda con las muestras de afecto tan inusuales en su propia familia.

—Se nota que sois hermanas. También es muy guapa como tú. ¡Ya podría encontrar mi Quim una chica como ella!

—Mamá no empecemos. Ya tienes un hijo casado, deja que pasen unos años.

—¡Ay, si no cambias. Me moriré sin verte casado!

—No seas melodramática mamá.

—No, lo que soy es realista.

Quim se dirigió a su hermano falsamente molesto.

—¡Mira donde nos has llevado con tu matrimonio! ¡Ahora mamá no va a parar hasta verme atado!

—Tu problema hermanito. Yo estoy divinamente con mi mujercita.

—Traidor.

—Jajaja.

Dilek asistía al intercambio verbal con una sonrisa. Le gustaba este Quim teatrero y capaz de reírse de si mismo. No era tan estirado cuando se le conocía. Tras la comida recogieron el equipaje de Dilek. Se despidió de su hermana y su cuñado. Quim se había ofrecido a llevarla al aeropuerto. El trayecto hasta el aeropuerto fue en un incómodo silencio. Dejaron el coche en el aparcamiento y se dirigieron hacia el control. Poco antes de llegar, Quim rompió el silencio.

—Te vas a reír. Me gustaría que te quedases aquí conmigo, al menos una noche más. No sé que me hiciste anoche para volverme loco. Yo no soy así. No me gusta repetir. Pero contigo es

distinto. Todo es distinto. El mismo hecho de que no me entiendas me alivia y molesta a un tiempo. Es de locos.

Dilek le cogió la cara y le comió la boca durante unos minutos. Para soltarle y atravesar el control sin mirar atrás. Porque si miraba le costaría mucho más irse.

Quim se quedó como una estatua de sal, mientras Dilek se confundía con el resto de pasajeros. Mucho más tarde, despertó del hechizo y se dirigió hacia el parking tocándose los labios. Recordando el tacto de su boca. Regreso a su casa con el firme propósito de olvidarla.

Una Dilek confundida fue recibida por sus padres. Les contó que su hermana estaba bien y que ambos estaban enamorados.

Capítulo 11

Asistían una noche a una fiesta con unos compañeros de Joan. Xavier estaba particularmente bromista.

—Ya ha llegado Aladdín.

—Vale con el cachondeo Xavier.

—Cada vez se os ve mejor juntos. ¿Cuándo me vas a hacer padrino?

—No digas tonterías.

—Las musulmanas suelen querer ser madres jóvenes. Yo te aviso...

—Tienes demasiada imaginación Xavier. Esto es algo temporal.

—Joan, a estas alturas. Eso ya no te lo crees ni tú.

Joan no le respondió. El no deseaba que fuera temporal y no se le daba bien mentir. Apuro su copa y se dirigió a coger otra cuando fue abordado por Mariola, que lo vio venir seguido a corta distancia por Havva y habló con tono sugerente. Lo suficiente alto como para que Havva la escuchase.

—Joan, se te ve muy poco últimamente. ¿Tu mujercita te tiene secuestrado?

—Hola Mariola. No que va, es que tenemos mucho que hacer. Y las clases de Havva...

—Cierto. ¿Y como es vivir con una persona inculta? ¿No es frustrante?

Otra esnob juzgando a su esposa. Resultaba molesta su carga de prejuicios.

—Havva es una buena chica y se esfuerza mucho...

—Seguro que su conversación es de lo más interesante...

—Bueno. No podemos hablar mucho todavía..

—Pobrecito Joan. Cómo debe aburrirse... Conmigo no te aburrirías en absoluto.

Joan no sabía a que venía esta conversación. Rara vez cruzaban más de una frase. Trato de deshacerse de Mariola diplomáticamente. Ella aún tuvo tiempo de soltar su dardo envenenado.

—Te llamo un día y vamos a cenar juntos...

—Sí claro, cuando quieras Mariola.

Le contesto Joan sintiéndose aliviado por concluir la conversación. Dudaba mucho que le llamase y si lo hacía ya buscaría una excusa. Le había molestado como se había referido a Havva. Si bien lo que decía era lógico, él no se aburría con Havva. Le gustaba estar con ella en todo momento.

Havva se refugio en el servicio de señoras. Se metió en una cabina y se sentó. Necesitaba serenarse antes de poder confrontar a Joan. Mariola la vio dirigirse allí y al cabo de unos minutos sin verla salir se le ocurrió una nueva maldad. Entro en el servicio acompañada de su amiga Nuria. Que había sido también testigo de su conversación con Joan. Una vez dentro Nuria empezó a hablar con tono burlón.

—¡Cómo te pasas tía! Tirarle la caña a un tipo casado con su mujer cerca.

—¿A quién? ¿A Joan? Lo tengo comiendo de mi mano, el día que quiera me lo tiro.

—¿Seguro? Se le ve muy bien con su mujer.

—¿Con esa pobre inculta? ¡Ja! No es rival para mí. Un día de estos le voy a hacer un favor al pobre Joan, así sabrá como es una mujer de verdad. Que sabe comportarse, fuera y dentro de la cama.

—Jajaja. Mariola, eres una zorra. Pobre Havva, le van a salir cuernecitos como a Bambi.

Jajaja.

—Sí. No lo dudes.

Ambas amigas salieron sonrientes tras retocarse el maquillaje. Dejando a una Havva mucho más insegura. Se decidió a salir por fin del servicio y se pasó el resto de la velada evitando a Joan. La vuelta a casa se produjo en un silencio que Joan achacó al cansancio. No existía otro motivo a su juicio.

Se durmieron también en silencio. Havva tardo mucho en dormirse. Su cerebro trabajaba a toda maquina. Empezó a cuestionarse su situación ¿Joan la quería o solamente se hacía cargo de su responsabilidad resignadamente? Tantos detalles, tantas atenciones. ¿Serían solo fruto de su satisfactoria vida sexual? ¿Y ella? Ella le quería, si antes tenía alguna duda, el dolor que le había causado aquellas conversaciones la disipó. Vaya desastre. Su maravilloso plan había tenido un fallo importante. Una variable no considerada. ¿Pero cómo podía haber pensado qué se enamoraría de su falso marido? Y lo que era aún peor. Se había convertido en su principal objetivo, ensombreciendo su objetivo inicial. En algún momento su farsa se había tornado realidad. Debería averiguar que sentía realmente Joan por ella. Y si no le correspondía... Tendría que tomar distancia , ceñirse a su plan original y recoger los pedazos de su corazón roto. Se durmió al fin con esa idea en su mente. Tuvo una pesadilla, ella tenía un bebe y Joan abrazado a Mariola los repudiaba . Se despertó con el corazón latiendo desbocado. Joan seguía durmiendo tranquilamente a su lado. Se planteó despertarlo para que la tranquilizase y la consolase con sus caricias.

¿Y si tenía razón? La conversación que había tenido con Mariola era muy reveladora. Ella no era una compañera adecuada para Joan (aparentemente). La diferencia de nivel cultural, los hacía compatibles solo en la cama. Joan se avergonzaba de ella y por eso tenían tan poca vida social. Si le mostraba quien era realmente, esa barrera desaparecería. Al tiempo que su plan se venía abajo. No podía arriesgarse a perderlo todo ahora. No se descubriría hasta que no tuviese su futuro asegurado. Estaba también la conversación de Mariola con su amiga. No tenía motivos para dudar de la fidelidad de Joan. Pero tampoco garantías de lo contrario. Mariola sonaba muy segura. Era una mujer muy atractiva. Capaz de tentar a cualquier hombre. ¿Caería Joan? Tal vez. Además, si él no era capaz de valorarla sin su cultura, significaría que era tan superficial como Mariola. No quería estar con una persona así. Se levanto y se tomo un vaso de leche para buscar el sueño. Una hora más tarde concilio de nuevo el sueño.

El domingo se levantaron tarde y tras el desayuno. Joan notó que Havva estaba ausente. Le preguntó que le pasaba y Havva aprovechó para interrogar a Joan.

—Ayer en la cena te vi hablando con aquella mujer tan guapa de la boda de Raúl...

—¿Te refieres a Mariola? Sí, estuvimos hablando un poco.

Al menos tenía el coraje de admitirlo, pensó Havva.

—Se os veía muy interesados. ¿Era algo importante?

Joan prefirió no mencionar los comentarios ofensivos de Mariola. No deseaba discutir por alguien que no lo merecía.

—No, eran las típicas tonterías de una fiesta.

Claro, ella era una tontería. No tenía importancia. Tragó bilis hasta que pudo hacer su siguiente pregunta.

—¿Mariola trabaja contigo?

—También es profesora en la facultad, pero ella es de filología inglesa. No está en la Politécnica. Raras veces nos vemos en el trabajo. De hecho, creo que no la había vuelto a ver desde la boda de Raúl.

Joan trataba de tranquilizar a Havva siendo honesto. Si era sincero consigo mismo, le gustaba ese rasgo posesivo de Havva. Le gustaba que ella considerase que le pertenecía. Porque él sentía algo similar por ella.

—¿Es muy guapa no crees? E inteligente también.

—Sí, es muy guapa y es inteligente. Pero tú eres más guapa.

Joan se levanto para abrazarla pero ella lo detuvo con la mano en el pecho.

—Pero no más inteligente. ¿Cierto?

Joan estaba en un aprieto. Las mujeres tienen una habilidad para conducir la conversación con los hombres hasta un punto en el que todas sus respuestas sean inadecuadas.

—Eso no lo sé... Ella es inteligente y tú también. Ella tiene más cultura, nada más.

—Entiendo... Con ella puedes tener conversaciones más interesantes.

—Con ella puedo hablar de más temas. Pero sabes que a mí me gusta hablar contigo.

—Pero te gustaría más si tuviera más cultura.

—Sí, claro, no te lo negaré. Tú me compensas en otros aspectos...

A Joan no le gustaba ver a Havva así. Quería finalizar aquella conversación sobre alguien que no le interesaba. Ni siquiera era una amiga. Volver a la cama para dibujar una sonrisa en la cara de su esposa y en la suya también.

Havva lo veía de otra manera. Era buena para compartir su cama. Pero no para reunirse a charlar con sus amigos.

—¿Por qué no vamos más veces a cenar con tus amigos?

—Yo no lo necesito y no quiero que te sientas desplazada y te aburras...

—¿Te gustaría que tu esposa fuese una licenciada universitaria como Mariola?

Joan vio en esta pregunta la ocasión para que Havva le confesase quien era realmente. Mostrándole que la apoyaría si deseaba mejorar su curriculum.

—¿Y a ti? ¿No te gustaría ser una licenciada? Eres muy inteligente, seguro que podrías hacerlo. Yo estaría encantado de ayudarte, si tú quieres. Te sería útil si algún día deseas buscar trabajo.

Joan era muy generoso. Estaba claro que esperaba librarse de ella en algún momento. Estaba dispuesto a pagarle una carrera. Pero también estaba claro su deseo de una mujer más culta como compañera y que se avergonzaba de ella en público.

—Gracias Joan, ya veremos... ¿Qué opinas sobre la fidelidad? ¿Me eres fiel solo por obligación como el matrimonio?

Joan no supo de donde salía esta cuestión. Ni cual era la respuesta correcta. Respondió sinceramente, a riesgo de exponer más su corazón.

—Creo que la fidelidad es importante en la vida de pareja. Pero debe ser una elección. Si se convierte en una obligación, es que algo no funciona. Mi elección es serte fiel porque eres mi esposa y te quiero.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Havva dejó el interrogatorio sin confesar su secreto. ¿Era falta de confianza en Joan o que no le importaba realmente? Joan estaba lejos de saber que pasaba por su mente. Pero las caricias de su mujer borraron de ella todo, salvo sus cuerpos.

Lo atrajo hacia ella para abrazarlo. Aparco todas las dudas que sentía en aquel momento y se entrego al placer con su marido. Una vez calmados, las dudas volvieron a su mente.

Aquel domingo en la sobremesa de la comida familiar. Al quedarse a solas Havva y María, esta constató que su nuera estaba triste y ausente.

—Como te iba diciendo, ayer descuartice a la vecina de abajo. ¿Qué opinas?

Havva no sabía que le había preguntado María.

— Sí, lo mismo que tú.

—Havva, hija. ¿Dónde estás? Aquí no desde luego.

—Perdona mamá. Ayer salimos con unos amigos y volvimos tarde.

—Entiendo. Pero tú no estás somnolienta. ¿Ha pasado algo con Joan?

—No, en serio. Solo tengo sueño.

—Niña, yo no te he parido, pero te conozco como si lo hubiera hecho. ¿Qué te pasa?

—No es nada, en la cena Joan estuvo hablando con Mariola...

—¿Y esa Mariola quién es?

—Una compañera de trabajo de Joan, es alta, rubia y muy guapa. La de la boda de Raúl.

Quedaron para ir un día a cenar...

Havva se guardo para sí la conversación que había escuchado en los servicios y que la atormentaba aún más. María seguramente la desecharía como un farol de aquella mujer.

—Entiendo. ¿Sabes qué día quedaron?

—No lo concretaron, quedaron en llamarse.

—¿Y tú como los escuchaste?

—Estaba cerca de Joan, a su espalda. Él no me vio, ella sí.

—Mi niña, creo que esa zorra montó el numerito para darte celos. Quería devolvarte la afrenta de la boda.

—¿Afrenta? Joan es mi marido, la única con derecho a sentirse ofendida aquel día era yo.

—Es cierto, pero aquel día ella quería quedar por encima de ti y por lo que tú me contaste no lo consiguió. Una mujer así no dejaría pasar la ocasión para devolvértela.

—Esta mañana he hablado sobre ello con Joan.

—Y le has dicho que los escuchaste

—No, he preferido dejar que se explicase. En resumen, él quiere una pareja culta. Yo estoy bien para la cama, pero no para conversar con los amigos. ¡Hasta se ha ofrecido a pagarme una carrera si quiero estudiar!

—Si él supiera la verdad, no habríamos tenido esta conversación.

—Todavía no he encontrado el momento oportuno para explicárselo.

—Debes hacerlo cuanto antes, las mentiras envenenan las relaciones.

—La nuestra no es una relación real...

—Puedes intentar engañarte. Pero a mí no niña.

—¡El solo está interesado en mi cuerpo!

—No lo sabes. ¿Te lo ha dicho él?

—¿Y lo de la carrera? Si no la tengo, no soy suficientemente buena para él...

—Cariño. Los hombres son muy obtusos y nuestro Joan no es una excepción. Creo que buscas dobles sentidos donde no los hay. Aclara las cosas con él cuanto antes.

—Sí... Buscare el momento.

—Bien, y ahora alegra esa cara, que no estamos en un funeral.

María consiguió arrancarle alguna sonrisa a Havva con sus bromas y ocurrencias. Realmente apreciaba a aquella mujer. Tan diferente a su madre y a la vez tan parecidas. Ambas eran mujeres de fuerte carácter, se caerían bien si se conocieran.

Havva no hablo con Joan sobre sus dudas, prefirió aparcárselas en un rincón de su mente e ignorarlas. No podría soportar que Joan las transformase en certezas. Empezó a sentirse triste y a dejar de ser tan cariñosa con Joan. Él seguía buscándola y cada muestra de afecto dolía. Cuando hacían el amor, al terminar, ella en ocasiones se iba al baño a llorar en silencio. Pensaba que para

Joan solo era sexo.

Joan percibió ciertos cambios que quiso achacar a la añoranza de su país y familia. Se dijo que en vacaciones organizaría un viaje para visitarlos. Era consciente por otra parte que el tiempo transcurría y la confesión de Havva no llegaba. Tal vez solo esperaba finalmente obtener la ciudadanía y separarse. Quiso creer en la primera opción. Estaban bien juntos. Reservó los billetes y esperó a regalárselos con motivo de una ocasión especial.

Mariola coincidió con Joan en un seminario que se impartía sobre nuevas herramientas para la docencia. Vio la ocasión de torturar nuevamente a Havva. Le pidió un momento el móvil a Joan y aprovechó para enviarse a si misma un mensaje con el numero de móvil de Havva y para enviarle a él un mensaje con una foto íntima suya y un texto sugerente. Que envió enseguida a la papelera. Le devolvió el teléfono a Joan con una sonrisa.

Unos días más tarde envió un mensaje anónimo a Havva. “ Tu marido te engaña con alguien que conoces”. Aquel mensaje incrementó las dudas de Havva. Aquella misma noche aprovechó la ducha de Joan para registrar su móvil. Nada, comprobó en ultima instancia la papelera y allí la encontró. La foto del sexo desnudo que seguro pertenecía a Mariola. Y el mensaje en el que acordaba fecha y hora del encuentro. Se trataba de un céntrico hotel. Una tarde que Joan supuestamente tenía clase.

Para Mariola no le fue difícil quedar con Oriol. Un profesor con cierto parecido a Joan. Especialmente por la espalda. A Oriol le hizo gracia cuando Mariola en el coche le ordenó cambiarse el jersey por uno que ella llevaba. Se había pasado durante la mañana por la Politécnica para ver como iba vestido Joan. Vaqueros y un jersey básico gris. No le costó mucho localizarlo en una conocida tienda y comprar uno igual para Oriol. Llegaron al hotel abrazados. En cuanto Havva los vio desaparecer en su interior. Llamó al móvil de Joan para confrontarlo.

Joan estaba en una reunión y lo tenía en silencio, no vio las llamadas perdidas de su esposa hasta horas más tarde. Havva espero en el exterior del hotel más de una hora. Sin que los viera salir. Se volvió para casa. Allí confrontaría a su infiel marido. Joan vio las llamadas perdidas al dirigirse a su casa. Mejor hablar en persona. Cuando llegó a su casa le sorprendió la falta de luz y el silencio.

Capítulo 12

Llevaba una hora sentada en el sofá. Inmóvil como una esfinge, mientras mi mente trabajaba a toda maquina. ¿Joan me había engañado? Sí. Tenía todas las pruebas, salvo pillarlos en la cama. Había visto a Joan entrar en el hotel con Mariola. El aspecto y la ropa con la que había salido de casa aquel día no dejaban lugar a dudas. ¿Sería algo puntual o recurrente? No podía saberlo. El muy cerdo la había engañado con una mujer que la despreciaba. Lo castigaría.

No era lo más inteligente. Para seguir mi plan debía ignorarlo. No era mi marido real. Aquello solo era una farsa para conseguir la ciudadanía. Sin embargo mi parte racional había sido convenientemente silenciada por mi corazón. Un corazón que dolía como nunca lo hizo. La ira me cegó. Me vengaría. Le daría a probar su propia medicina.

Así encontró Joan a su esposa. Sentada en silencio en la oscuridad del salón. Cuando encendió la luz y vio su cara supo que algo malo había sucedido y pregunto con preocupación

—¿Havva? ¿Estás bien cariño?

Havva contesto con un tono frio.

—Sí. Estoy bien. ¿Acaso tengo motivos para no estarlo?

Aquel tono de voz contradecía su respuesta. Joan volvió a preguntar.

—No lo pareces. ¿Qué quieres decir?

—¿Debería molestarme que mi marido me fuese infiel?

¿Qué clase de pregunta era aquella? ¿A qué se debía? Él no había hecho nada malo. Contestó con sinceridad.

—Claro. Pero eso no sucederá nunca. Te lo juro.

¿Cómo podía ser tan hipócrita? No iba a dejarse engañar.

—No jures en vano. Lo sé todo. Os he visto.

¿Qué demonios le pasaba a Havva? ¿Qué creía haber visto? El se había pasado el día en la Politécnica. Preguntó incrédulo para entender de que diablos estaban hablando.

—¿Qué dices? ¿A quién has visto?

Le demostraría que lo había pillado.

—A Mariola y a ti entrando en un hotel. No hace falta que lo niegues.

—¿Mariola y yo? ¿Un hotel?

Se había producido una confusión. Una muy desafortunada confusión. Eso tenía que ser.

—No sé que has visto cariño. Pero te juro que yo no.

¡Tenía la desfachatez de negarlo!

—¿Me vas a decir que Mariola no estaba allí contigo?

—No sé dónde a estado Mariola. Hoy no la he visto.

Respondió Joan sincero y preocupado.

—Y su acompañante casualmente iba vestido como tú...

¿Cómo era posible? ¿Mariola y alguien que se le parecía vestido como él? ¿Era un montaje? Lo primero era convencer a Havva de que no era él.

—Havva, yo me he pasado la tarde en una reunión. ¡Tienes que creerme!

—Puedes decir lo que quieras. Me voy. No me esperes esta noche.

Aquella respuesta aterró a Joan. A saber que haría Havva en aquella situación.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Solo que si tú no me guardas fidelidad yo tampoco tengo porqué hacerlo. Adiós.

Joan intento hacer entrar en razón a su mujer.

—Havva. No te vayas. Te estás equivocando, yo no he hecho nada malo.

—Yo tampoco lo haré. Solo pasar un buen rato.

Aquella respuesta le causo un profundo dolor. Y dolido respondió amenazante.

—¡Havva no lo hagas! ¡O si no...!

Le iba a dar su merecido a Joan.

—¿Qué vas a hacer? ¿Solicitar me el divorcio? Sabes que no te conviene. Lo nuestro se acabará cuando yo quiera.

Havva salio dando un portazo. Dejándome confundido y furioso. ¿Qué demonios había pasado? Me senté y le di vueltas a aquella conversación en mi cabeza. Mientras llamaba al móvil de Havva y le dejaba mensajes, suplicantes o amenazantes hasta saturar el buzón de voz. Con el paso de las horas llego la certeza de que Havva no volvería esa noche. Las implicaciones me enfurecieron irracionalmente. ¿Sería aquello una farsa para forzar un divorcio ventajoso? Havva llevaba unos días distante. La mujer que conocía no sería capaz de tal cosa. ¿Realmente conocía a Havva? No. Me había mentido en diversas ocasiones. ¿Por qué no una más? Me acosté sin cenar y pasé la noche en blanco, imaginando a Havva en brazos de otro.

Por la mañana necesité de dos cafés bien cargados para ponerme en marcha. Salí a trabajar sin noticias de Havva pese a las innumerables llamadas que habían saturado su buzón de voz dejando mensajes de todo tipo: iracundos, suplicantes, amenazantes y llorosos.

Havva puso su móvil en silencio al recibir la primera llamada de Joan. Callejeó sin sentido. Tenía que darle una lección. Pero en aquel momento lo último que le apetecía era acostarse con un desconocido.

Al final sus pasos la llevaron a casa de los Palamós. Donde María acogió a su desolada nuera. Esta al principio se negó a dar explicaciones, hasta que el dique de sus lagrimas se rompió y en medio de una llantina le explicó a María lo sucedido.

Afortunadamente, Guiem estaba viendo un partido de fútbol en casa de unos amigos. Era mejor resolver aquello entre mujeres.

—¡Joan me ha engañado con Mariola!! ¡No me quiere!!

—Lo que cuentas es difícil de creer mi niña.

—¡Todos los hombres son iguales!! ¡Joan por ser tu hijo no es una excepción!!

—Joan es mi hijo y por eso lo conozco bien.

—¡Me parece qué no lo conoces tan bien!

—¿Y tú? ¿Cómo se ha comportado contigo? ¿Todas las atenciones qué ha tenido? ¿Por qué?

—¡Para tener controlada a su mujercita! ¡Y para qué se abriese de piernas siempre que él quisiera!

—¡No seas bruta Havva! No te pega. Ningún hombre se esfuerza tanto por un par de piernas. Aunque sean como las tuyas.

—¿Y el orgullo? Le deje bien claro a Joan que si me era infiel yo también lo sería. ¡Le convenía tenerme engañada!

—No es propio de él. Así como me sorprendería la fidelidad en Quim. Me sorprende la infidelidad en Joan. ¿Dices qué no les viste la cara?

—No. Pero estoy segura que eran ellos.

—Está bien. Vete a dormir al cuarto de invitados. No le diré a nadie, ni siquiera a Guiem, que has venido. A cambio tienes que prometerme que no tomaras ninguna decisión drástica hasta que yo confirme tu teoría.

—¿Cómo? ¿Le preguntaras a Joan o a sus amigos? ¡Mentirán, seguro!

—No. ¡No soy estúpida niña! Tengo otras maneras. ¿Confiás en mí, hija?

—Sí.

—Te juro que averiguaré la verdad y te la diré. Tanto si me gusta como si no. Anda, vete a descansar, lo necesitas.

Una Havva llorosa se acostó en el cuarto de invitados. De forma que Guiem no la vio. Por la mañana cuando el salió a comprar el periódico, María despertó a Havva y le hizo marcharse. Este sería su secreto.

Poco después salió a visitar a una amiga que trabajaba en la administración de la facultad. Ella tenía acceso al sistema de fichaje del centro. Si su hijo había salido antes de hora lo sabría. Mientras se tomaba un café con ella, le hizo la pregunta de forma inocente.

—¿Sabes a qué hora salio mi Joan ayer? Me pareció verlo sobre las cinco en compañía de Mariola. Iba en coche y no pude detenerme a saludar.

—Ahora te lo digo. No era Joan, salio a las ocho, debían tener reunión de departamento. Espera... Mariola sí podía ser. Salio a las cuatro y media igual que Oriol Puig.

—¿Oriol Puig? Ahora que lo dices creo que podría ser él. Se parece a mi Joan. Gracias Isabel.

—De nada. ¿No es Joan un poco mayorcito para qué lo controles tanto?

—Ya sabes. Una es madre toda la vida.

—Sí. Tienes razón.

Una feliz María volvió a su casa. Hablaría esa misma tarde con su nuera para deshacer el malentendido. Esperando minimizar las consecuencias. Para Joan, Havva había pasado la noche con otro. No creía que su hijo estuviera muy contento.

Aquella mañana nadie intentó cruzarse con Joan. Su cara de mala leche era una clara advertencia para que cualquiera evitase ponerse en su camino. Esa misma cara llevaba cuando entró en su casa al mediodía y encontró a Havva frente al portátil. Se dirigió a ella con voz sarcástica.

—¡Mira quién tenemos aquí! ¡La esposa infiel! ¿Ya te ha echado tu amante?

Havva no tenía ganas de hablar con aquel Joan tan sarcástico.

—No seas desagradable Joan.

—¿Ahora también soy desagradable, además de mentiroso e infiel? Parece que no escogiste al mejor esposo posible. Deberías haber elegido a otro borracho.

Joan estaba siendo muy desagradable. ¿Cómo tenía el valor después de haber sido él el primero en engañarla? ¿Y si ella pese a todas las evidencias se había equivocado? Su ausencia la noche anterior era una señal clara de su infidelidad. Y no era cierto. Tendría que medir sus palabras hasta obtener la confirmación de María. tendría tiempo de ponerlo en su lugar si su suegra se lo confirmaba.

—No pienso seguir escuchándote.

Havva se marchó a la habitación. Dejando a un furioso Joan en el salón. Al final salió a ahogar las penas en alcohol. Volvió a casa de madrugada y se acostó en el cuarto de invitados.

Havva escuchó a Joan al entrar en casa. El sonido de pasos y golpes con diferentes muebles, le dio una idea de su estado étlico. Esperó simulando dormir a que entrase en la habitación. No sucedió. Joan debió dormir en la habitación de invitados. Solo entró en su cuarto por la mañana para vestirse. Lo espió por el rabillo del ojo. No tenía buena cara. Tampoco intentó acercarse a ella. Cuando salió de la casa, ella se levantó.

Tenía un par de llamadas de María la tarde anterior. Que no había tenido el humor de responder. La llamó ahora.

—Hola María.

—¿Hija? ¿Por qué no me llamaste ayer?

—No estaba de humor.

Las palabras de Joan le habían causado mucho dolor. Más que la presunta infidelidad. Sus acciones también habían sido extrañas. ¿Podía haberse equivocado? Mejor no aventurarse y esperar el resultado de las pesquisas de María.

—¿Estás sola en casa?

—Sí.

—Pues no te muevas. Ahora vengo.

—Te espero.

Se levanta con desgana y desayuno en pijama. No pensaba vestirse. María tras tocar el timbre entró con su llave y se encontró a Havva, sentada en la mesa de la cocina con la taza en la mano. Su nuera no estaba bien. Aquellos dos idiotas estaban enamorados. Y de alguna manera aquella zorra de Mariola había orquestado aquel malentendido. Ajustaría cuentas con ella más adelante. Ahora tenía que deshacer el lío.

—Buenos días hija. ¿Cómo estás?

—¿Cómo se supone que voy a estar con un marido infiel?

—¿Dónde tienes el portátil?

—En el salón ¿Por?

—Despeja la mesa. Ahora lo traigo.

María lo puso en marcha y entró en el Facebook de Oriol. Hasta dar con una foto dando la espalda a la cámara. La amplió y llevó el portátil a la mesa de la cocina. Mostrárselo a Havva.

—¿Sabes quién es?

—Creo que todavía soy capaz de reconocer a mi marido, aunque sea de espaldas.

La ironía en la voz de Havva era evidente.

—¿Seguro que es Joan?

—Sí. No se a donde quieres ir a parar.

—Mira ahora.

María le mostró la página de Facebook de Oriol. En ella se veía a Oriol en varias instantáneas de frente y de espaldas. De frente eran evidentes las diferencias con Joan pero de espaldas. Eran muy parecidos y con la misma ropa... Tal vez había cometido un error. Un error espantoso. Las palabras salieron de su boca.

—¿Pero cómo?

—¿Cómo supiste del encuentro?

—Por un mensaje anónimo.

—Tengo una amiga en el departamento administrativo de la universidad. El martes Joan salió a las ocho de la tarde. ¿Cuándo llegó aquí?

—Poco después de las ocho. No lo recuerdo con precisión.

—Bien. ¿Sabes quién salió a las cuatro y media? Mariola. Acompañada por... nuestro amigo Oriol.

—¿Es eso cierto?

—Sí hija.

—¿Pero entonces? Si no era él... y yo me fui. ¡Dios, cómo pude ser tan estúpida! ¡Le voy a arrancar a esa zorra hasta el último pelo de su cabeza!

—Olvídate de esa zorra... por el momento. Tienes que arreglar las cosas con Joan. Afortunadamente no cometiste un error mayor.

Havva se cogió la cabeza con ambas manos y empezó a llorar desconsolada. ¿Cómo había sido capaz de dudar de su marido? Joan la adoraba y ella le había pagado con desconfianza y una aparente infidelidad. Recordó como al día siguiente le habló con desprecio. Se lo merecía. Le había causado tanto dolor. Tenía que implorar su perdón. Se arrastraría y suplicaría si era necesario. Él lo valía. Había sido una estúpida insegura, a la que la zorra de Mariola manipulo fácilmente. Ahora tendría que afrontar las consecuencias. ¿Y si Joan no la creía? ¿Acaso lo merecía después de juzgarlo tan duramente? No. Su única esperanza residía en que Joan era mejor que ella. Sin duda. Decidió despedir a María. Tenía mucho que hacer antes del regreso de Joan.

—¡Gracias María! ¡Gracias por todo! ¡Hoy arreglaré las cosas con mi marido!

—Eso espero. Por el bien de ambos.

María se volvió a su casa más tranquila. Su nuera sabía la verdad y Joan no era rencoroso. Sin duda se arreglarían.

Havva se duchó. Se puso sus mejores galas y se maquilló para estar perfecta. Preparó la comida para ambos. Tenía mucho que compensar.

En la universidad Joan no tuvo un buen día. Al mal humor del día anterior tenía que sumarse la resaca. Solo su amigo Xavier se atrevió a preguntarle.

—¿Joder Joan! Llevas un par de días intratable.

—¿Qué quieres Xavier?! No estoy de humor.

Xavier trato de calmar a su amigo.

—Solo saber que te pasa. ¿Somos amigos no?

—Sí. Es un tema personal. No deseo comentarlo.

—¿Problemas en el paraíso?

—Algo así.

—Entonces habladlo. Seguro que lo solucionáis ¡Y cambia esa cara de funeral hombre!

—Sí. Seguro...

Joan siguió su camino dejando a Xavier con la palabra en la boca. Su amigo esperó que se arreglasen pronto. No le gustaba verlo así. Joan se paro en la cafetería a comer antes de ir a casa. No le apetecía cocinar y menos aún ver a Havva. ¿Qué debía hacer? ¿Pedir el divorcio? No. Eso solo beneficiaría a Havva. A estas alturas no podría conseguir su expulsión. Salvo que firmase la anulación, cosa que seguramente no haría. Tendrían que hacer vidas separadas, ignorándola hasta que ella se cansase y le abandonase. Ese pensamiento dolía. Pese a las mentiras e infidelidad. Tan ridículo como sonaba, él aún la quería. ¿Sería tan estúpido como para perdonarla si reconocía su error? ¿Y después qué? ¿Vivir siempre con la duda? ¿Consumirse por los celos? No. Era mejor dejarlo aquí. Antes de sufrir más dolorosas humillaciones. Con esas ideas en mente entro en su casa.

En la cocina una Havva completamente arreglada estaba sentada con la mesa preparada. Al verlo entrar se levantó y fue hacia él con expresión esperanzada. Las palabras salieron disparadas de la boca de Havva.

—Hola Joan. Te esperaba antes... Bueno es igual. He hecho ensalada con pollo, como a ti te gusta.

No sabía que buscaba su esposa con eso. Pero no lo iba a obtener. Detuvo el avance de Havva alzando la mano y contesto indiferente.

—Gracias. Ya he comido. ¿Vas a salir?

Joan no se lo iba a poner fácil, claro está. No es que lo mereciera. Empezó su confesión.

—No... Quería hablar contigo... Mientras comemos. Es igual. Quiero pedirte perdón Joan.

Aquello sorprendió a Joan. Que no dejó traslucir emoción alguna al contestar.

—¿Perdón por?

—Por no creerte. Sé que decías la verdad.

Intrigado quiso averiguar algo más.

—¿Y como lo sabes ahora? El otro día parecías convencida de mi engaño.

—Lo sé. Tenía que haber confiado en tu palabra. Fui engañada. Ahora lo sé. La fuente no es relevante.

—Entiendo... Cierto, debiste confiar en mí. Pero no lo hiciste. Y me pagaste con una infidelidad.

Aquello no iba bien. Joan estaba más allá de la furia. Sonaba... desapegado, indiferente, como si ya no le afectase. Había subestimado el daño que sus acciones habían causado en él. Tal vez el daño fuera irreparable. Desechó la idea y se concentró en explicarse.

—Eso no. No te fui infiel. Pase toda la noche en casa de tus padres.

—¿Por qué debería creerte? Ah, sí, porque tú confiaste en mí. ¿No es cierto?

—Te lo juro. Dormí en casa de tus padres. Puedo demostrarlo.

—Una vez me dijiste que no jurase en vano. ¿Recuerdas? Aplicate el cuento. Mira, a diferencia de ti yo voy a hacer como si te creyera y voy a comprobarlo.

Joan cogió su móvil y llamó a su padre.

—Hola papá. ¿Cómo estáis? Una cosa. ¿Paso el martes Havva por vuestra casa? Ah, que estuviste viendo el fútbol en casa de un amigo. ¿No debiste cruzarte con ella a la vuelta? No claro. Lo suponía.

Joan colgó el teléfono. Durante un breve instante tuvo la esperanza de despertar de aquella pesadilla. Havva lo creía más estúpido de lo que era. O no, al fin y al cabo lo engañó para casarse con él y obtener la ciudadanía española. Debía haber persuadido a su madre para que secundase su mentira. Y su madre en un intento de salvar aquel falso matrimonio le ayudaría. Por eso habló con su padre. La cara de Havva dejaba claro que no se lo esperaba. Al final no iba a resultar tan estúpido como ella creía.

—¿Sorprendida no? Pensaste que le preguntaría a mi madre y te habías compinchado con ella. Menos mal que de mi padre si puedo fiarme.

—¡Te juro que dormí en la habitación de invitados! ¡No me crucé con tu padre!

—¡Qué conveniente! Increíble también. Soy un estúpido, al menos con todo lo relacionado a ti. Debe ser cierto eso de que el amor es ciego. Por qué yo lo he sido todo este tiempo. Pero eso se acabó.

Las palabras de Joan sonaron como los clavos que sellaban su sepultura. Su maniobra se había vuelto en su contra. Solo le quedaba su palabra y eso para él carecía de valor. Havva había descubierto su error y pensó en engañarle para ocultar el suyo. Esta vez había sido rápido al descubrirla. Por fin veía la verdadera cara de su esposa. Una serpiente manipuladora. Los meses de forzada convivencia que les quedaban no serían agradables en absoluto. Havva bajó la cabeza y dejó caer los hombros en señal de derrota.

—Entonces no vas a creerme... Diga lo que diga.

Joan aprovechó para tratar de averiguar la verdad.

—Depende. Si empiezas a decir la verdad, confesando tu infidelidad...

—¡No voy a confesar algo que no hice!

Aquella obstinación de Havva en su mentira le parecía innecesaria a estas alturas.

—¿Debería de creerte? Saliste por esa puerta furiosa pensando que te había engañado. ¿Por qué no pagarme con la misma moneda?

Joan tenía razón. Era una buena pregunta. Si contestaba con honestidad expondría su corazón.

Las posibilidades de éxito eran escasas. Pero valía la pena intentarlo.

—Lo pensé. Cuando salí por esa puerta estaba dispuesta a hacerlo. Estaba furiosa y dolida. Muy dolida. Creo que sabes a que me refiero. No podía. No pude porqué... Te quiero. En algún momento de nuestra convivencia me enamore de ti. Tienes que creerme.

—¿Tengo qué creerte? ¿Igual qué me creíste tú a mí? Me hubiese gustado creerte. Antes. Ahora no me importa.

La respuesta de Joan estremeció su corazón. Las palabras salieron de su boca sin pensar, entre sollozos.

—¿Entonces? ¿Ya no me quieres? ¿No me has querido nunca?

No iba a dejarse manipular por unas falsas lágrimas.

—¿Importa? Tú no me crees y yo no te creo. Esta conversación no tiene sentido.

El frío tono de Joan, barrió sus esperanzas.

—Tal vez tengas razón. Creía que eras diferente Joan.

—Yo también lo creí de ti.

—Me voy a dar una vuelta.

—Adiós.

Salí de casa y me fui a una cafetería del centro. Mi rincón privado. Con una taza de té en la mano repasé las circunstancias que me habían llevado hasta allí. Mi sueño se había transformado en una pesadilla. Tendría que volver a mi plan original. Que ahora se me antojaba vacío, sin luz.

Me quede quieto. Pensando, dejándome empapar por las distintas emociones. Furia, odio, arrepentimiento, desolación ¿En qué momento me pareció buena idea dejarme llevar por el amor, e intentar enamorar a mi falsa esposa? Tendría que haber puesto distancia en cuanto descubrí su engaño. En vez de hacerlo me embarqué en una travesía de incierto futuro. Para acabar naufragando y con mis restos en la playa de la desesperación. Tocaba recoger los pedazos de mi maltrecho corazón y reconstruirlo.

Empezaron a convivir como dos extraños. Durmiendo en distintas habitaciones, comiendo en soledad en diferentes horarios. En definitiva tratando de no toparse.

Havva sintió que al fin tenía un golpe de suerte. En la facultad de historia de Girona se había creado una vacante. Si la seleccionaban se acabarían sus problemas de residencia. Envío su curriculum y le hicieron una entrevista por Skype. Se mostraron entusiasmados de poder contar con un especialista de su prestigio. A la pregunta de cuando podía incorporarse les respondió que inmediatamente. El curso tocaba a su fin, no querían dejarla escapar así que resolvieron incorporarla para organizar un seminario en verano. Pusieron un apartamento a su disposición. Con el contrato firmado ya no tenía necesidad de imponer su presencia a Joan. Había llegado el momento de averiguar la verdad. Quemar el último cartucho.

Capítulo 13

Fui a la notaria de Pau a firmar la anulación. Con la esperanza de que Joan hubiese cancelado la solicitud. Por un breve instante me permití soñar con ir a buscar a Joan y lanzarme en sus brazos. Tras comprobar que ya no existía el documento. No lo soltaría hasta obtener su perdón. Humillándome hasta donde fuera preciso. Al llegar a la notaria pregunté por Pau. No nos habíamos visto desde la boda de Raúl.

—Hola Pau.

—Hola Havva. ¿Qué tal? Hablas muy bien castellano.

—Sí... Venía por el documento de anulación.

—¿Habéis llegado ya a un acuerdo?

—Podríamos decir que sí. ¿Todavía tienes los documentos?

—Sí claro, ahora mismo te los traigo.

Por supuesto, todavía los tenía. Joan no los había anulado. Estaba en su derecho. Más si cabe al suponer que le había sido infiel. Me había aprovechado de su generosidad. Debía devolverle su libertad. Era lo justo. Con el tiempo podríamos llegar a ser amigos. Cuándo verlo no doliese.

Pau me trajo los documentos y me hizo pasar a una sala. Me dejó que lo leyese a petición mía, diciéndome que me explicaría cualquier duda. Incluso, podía pedir una copia certificada en turco. Lo rechacé y me senté frente al documento. Después de leerlo necesite unos minutos para serenarme y firmar. Aquella firma me volvió a romper el corazón. Le entregué los documentos a un sorprendido Pau y me encaminé sin prisa hacia el que todavía era mi hogar. Pensando que debería dejarlo.

Joan recibió la llamada ilusionada de Pau. Al fin se desharía aquel lio en el que él tenía su parte de culpa.

—Hola Joan. ¡Enhorabuena tío!

—¿Pau? ¿Hola, por qué me felicitas?

—Ya sabes porqué. No sé como lo has conseguido, Havva a venido a firmar la anulación. Voy a enviarlo.

¿Havva había firmado? ¿Por qué? Si había firmado..., ya no necesitaba estar con él. ¿Había conseguido la ciudadanía? No, todavía faltaban unos meses para cumplir el plazo legal. Solo si tuviese una oferta de empleo... Eso debía ser. Había encontrado trabajo. ¿Dónde? Podría ser en cualquier parte y entonces ella se iría sin más. Era el final de todo. También de esa incómoda convivencia de los últimos tiempos, en los que, como un yonki; había resistido el mono con los fugaces instantes que veía a Havva. El hecho de que ella estuviera a unos metros. Tan lejos y tan cerca a la vez. Me había permitido seguir adelante. Un pie tras otro. Albergando en lo más profundo de mi corazón, la esperanza de que un milagro arreglara todo aquel destrozo. ¿Y ahora qué? ¿Así acabaría todo, sin una explicación? ¿Sin una disculpa por todo el daño causado? Me sentí desolado y furioso. No se lo podría tan fácil

—¿Joan? ¿Sigues ahí?

—Sí, claro, ahora me paso a ver los documentos.

—No es necesario Joan.

Tenía que impedir su tramitación.

—Insisto, ahora vengo.

—Bien, aquí estaré

Me presenté en la notaria y Pau salió a recibirme con los documentos.

—Hola Joan, aquí tienes los documentos, como puedes ver están correctamente firmados.

Allí, en aquellas hojas; vi las rubricas con la elegante caligrafía de mi mujer. En mi saturada mente, la negación se convirtió en la emoción dominante que guio mis actos.

—¿Estás son todas las copias?

—Sí, hay tres copias, ves. Las necesarias para su tramitación

—Bien, me las llevo.

—¿Te las llevas? Si lo haces no podré tramitar la anulación

—Lo sé, primero debo aclarar unas cosas con Havva.

—Bien, como quieras. No pasara nada por postergarlo unos días.

—Adiós Pau.

—Recuerda traérmelos de vuelta. Adiós Joan.

Regresé a casa con los documentos dentro de mi maletín. Hablaría con Havva. No le iba a facilitar las cosas. Cuando llegué, la encontré en el salón y le dije:

—Me ha llamado Pau. ¿Has firmado?

—Ya sabes que sí.

La voz tranquila de Havva confirmaba mis peores presagios. Iba a dejarme. Le costaría más de lo esperado.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Es lo que tú querías. Te he impuesto mi presencia el tiempo suficiente. Te devuelvo tu libertad... Para lo que quieras.

—¿Y si yo estoy bien así?

Las palabras salieron de mi boca sin pensar. Me reprendí por volver a mostrar mis cartas tan fácilmente.

—Si hubieses anulado el trámite, no estaría en la notaria esperando mi firma. ¿No es cierto?

—Sí...

—Entonces hice lo correcto y tú has contestado a tu propia pregunta.

—No pensé que tú firmases... No todavía.

—¿Por qué?

—Por... Nada, cosas mías.

—Tal vez sea lo mejor para ambos. Y esto ya no es necesario.

Se sacó la alianza del anular, causándome un dolor casi físico

—Si quieres que te ayude a quitar la tuya...

Escondí mi mano izquierda a mi espalda. Protegiendo un bien muy preciado para mí.

—No. Es decir. No me la quitaré por ahora. No quiero andar dando explicaciones.

Era por eso. Por un instante pensó que tal vez aún la quería. No era así. No quería dar explicaciones en el trabajo.

—Entiendo. Si no te importa, seguiré en la habitación de invitados. Hasta mi traslado.

—Como quieras, estás en tu casa.

—Gracias ex marido.

Me guardé de contradecirla. Tarde o temprano lo averiguaría. Entonces tendríamos una charla complicada. Al menos me había llevado los documentos paralizando el trámite. Tenía que pensar como actuar cuando Havva lo descubriese y me los reclamase. Tal vez podríamos darnos una última oportunidad. Tal vez. Debía hablar con mi madre y averiguar la verdad sobre aquella noche. Sí, eso haría. Ella no me había dicho que no me quisiera.

Seguí durmiendo sola. Tenía que acostumbrarme a vivir sola. Tenía que acostumbrarme primero a prescindir de sus caricias, sus besos... No me iría hasta que tuviera el coraje para confesarme. Eso se lo debía. Entonces le diría adiós, definitivamente.

Aquella mañana llamé a mi madre por Skype.

—Hola mamá...

—Hola Havva. ¿Sabes algo de la plaza de profesora? Nadie está más cualificado que tú para el puesto.

—Me la han concedido. Me han proporcionado vivienda y un adelanto para que me incorpore inmediatamente.

Aquel tono desganado sorprendió a Burcu.

—¿Y esa cara tan triste? ¿No has conseguido todo lo que querías? ¿Qué te pasa?

—Ayer firme la anulación del matrimonio...

¿Se habría enterado su marido de quién era en realidad y la había obligado a firmar?

—¿Joan te ha obligado? ¿Ya sabe quién eres?

—No, no me ha obligado, ni sabe todavía quien soy.

Burcu, que desconocía las presuntas infidelidades no entendía nada.

—Entonces. ¿Por qué?

—Porque se lo debía. Porque él no había anulado el expediente.

—¿Y sabes si él quería que firmases? ¿Le preguntaste antes de hacerlo?

—No, si no quería continuar solo tenía que paralizarlo. Cosa que no ha hecho.

Tal vez su hija había cometido un error.

—¿Y no puede ser que él pensase que eras tú quien quería la anulación ahora?

—No lo sé mamá. Ya está hecho.

—Tienes que hablar con él. Tienes que explicarle quien eres en realidad y si lo quieres o no.

Burcu pensaba que al menos se debían eso.

—Cuando sepa como hacerlo se lo diré.

—Mira primero en tu interior y cuando tengas claro lo que sientes. Tened esa conversación

—Sí mamá. Adiós

Joan visitó a sus padres y habló con su madre.

—Mamá, Havva me dijo que pasó aquí la noche del martes, pero papá me dijo que no la vio. ¿Cómo es posible?

—No puedo contestarte.

Aquello sorprendió a Joan.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—Le prometí a Havva que no le diría a nadie donde había estado.

—¿Y entonces?

—Sigo fiel a mi promesa. No lo he dicho.

Mi madre era muy inteligente.

—Tú ganas. ¿Quieres jugar? Juguemos.

—¿Sabes dónde estuvo?

—Sí.

—¿Me dijo ella la verdad?

—Sí.

—¿Cómo es posible que papá no se enterase?

—Tu padre vio el fútbol en casa de un amigo. Llegó tarde y por la mañana salió a comprar el periódico. No pasó por el cuarto de invitados.

Mi madre me había quitado un gran peso de encima. ¡Havva no me había sido infiel! Por otro lado yo lo había creído y le había dicho todas aquellas cosas horribles. ¡Al final iba a ser cierto qué era un jodido estúpido! Me llevé las manos a la cara en un gesto de desesperación y comencé a lamentarme en voz alta.

—¡¡Joder, joder, joder!! ¡¡La he cagado!! ¡¿Cómo he podido ser tan estúpido?! ¿Cómo estuve tan ciego? ¡Le he hecho mucho, mucho daño mamá!

—Sí hijo, porque solo las personas que más quieres pueden causarte tal dolor. Por eso os lo habéis causado y por eso ambos habéis sido tan ciegos. Porque os queréis más de lo que estáis dispuestos a aceptar.

Levanté la cara y miré a mi madre esperanzado.

—¿Ella todavía me quiere?! ¡¿Estás segura mamá?!

—Sí. No puedes dejar de querer de esa manera de un día para otro.

—¿Y la firma del documento?

—Si no hubieses sido tan tonto, haría tiempo que lo habrías retirado. Ahora es tarde para eso.

—No. Fui a recoger los documentos. El trámite está paralizado.

—¡Menos mal qué has hecho algo bien! No eres un caso perdido. ¿Havva lo sabe?

—No. No quise decírselo. No pude.

—Bueno. Pues aclarad las cosas de una vez. No quiero estar consolándoos por turnos.

Abracé a mi madre y la besé en la mejilla al tiempo que decía:

—Gracias mamá. Me voy a ver a mi esposa.

Llegué a casa y me encontré a mi esposa (porque todavía lo era y así se quedaría) con el portátil. Me tocaba arrastrarme y suplicar su perdón. Rogando que fuera más clemente que yo.

—He estado hablando con mi madre.

Havva alzó la vista un momento y volvió a seguir con lo que hacía. Dejando a Joan con su monólogo.

—Sé que dormiste aquella noche en su casa.

¿María la había traicionado? Bueno al fin y al cabo se trataba de su hijo.

—¿Te lo ha dicho? Ya sabía que...

—Alto, ella no me lo ha dicho.

—¿Entonces?

—Ha respetado estrictamente lo prometido.

—Entiendo. Mi suegra es muy lista. Perdón ex suegra

¡Maldita sea! El subconsciente la había traicionado.

—Nadie ha traicionado al otro.

—Eso yo ya lo sabía.

—¡Pero yo no!

—Un poco tarde. ¿No crees?

—¿Por qué? Si te refieres a la anulación tengo que decirte...

Tenía que cortarlo. Aquello era demasiado duro.

—¡Basta Joan! Yo no confié en ti y tú no confiaste en mí. La anulación solo es la guinda del pastel. No podemos estar juntos.

—¡Claro qué podemos! Todos podemos equivocarnos, siempre que seamos capaces de asumir y corregir los errores. Yo te pido perdón por... todo.

—¡Dejalo Joan! ¡Por favor! Me voy a clase.

—Sí, bien luego seguimos. ¿Vale?

—Veremos.

Aquel viernes Ingrid y Sonia consiguieron que Havva les confesase el motivo de su tristeza. Ingrid empezó a interrogarla.

—¿Havva, qué te pasa? Llevas rara toda la semana. Triste y distraída ¿Habéis discutido Joan y tu? Y no vuelvas a decir que nada. No somos tontas, somos tus amigas. Puedes contarnos lo que sea.

—Sí. Hemos discutido. Ayer fui a firmar la anulación..

—¿Por qué? ¿No decías que estabais muy bien juntos?

—Sí, eso creía. Me puse a pensar y llegué a la conclusión de que si Joan estaba bien conmigo, habría retirado la demanda.

—Y no fue así...

—No. La demanda seguía en el despacho del notario, se mostró encantado de que firmase.

—¿Y Joan qué dijo? ¿También se alegró?

—No. Parecía... decepcionado. Me recrimino haberla firmado, como si él no lo hubiera hecho también.

—Eso fue hace mucho tiempo. Según nos contaste, pocos días después de llegar aquí. Puede que su opinión sea diferente ahora.

—Entonces debería haberlo anulado. ¿O no?

—Sí. Es cierto. ¿Te dio alguna explicación?

—No. ¡Cómo si fuese un asunto sin importancia! ¿Vosotras lo creéis posible?

—No. Pero si Joan te quiere, no debería ser agradable para él recordar como se comporto al principio de vuestra relación.

—¿Relación? Lo nuestro era una farsa.

—Lo vuestro comenzó como una farsa. Y se convirtió en otra cosa. Intentar convencerte de lo contrario no cambia la realidad.

—Que es que Joan y yo, ya no somos nada.

—¿Por una firma en un papel? No es tan fácil cambiar los sentimientos. En ese caso nadie sufriría nunca. ¿Sabe ya quién eres?

—No, no he encontrado el momento. Y ahora no estoy segura de querer hacerlo.

—Debes decírselo. Eso al menos se lo debes. Sería muy triste que se enterase por terceras personas.

—Visto así. Intentaré explicárselo.

—Hazlo. Te hará bien. Os hará bien a ambos y ahora alegre esa cara. ¡Esta noche salimos de fiesta las tres!

—No me apetece.

—Y un cuerno. A las nueve te pasamos a recoger y te sacaremos aunque sea en pijama. ¿Me has entendido?

—Sí mamá...

—Arriba ese ánimo. ¡Vamos a disfrutar de una noche de chicas!

Una Havva más resignada que animada, se arregló en casa. Joan estaba viendo la tele cuando Havva salió completamente arreglada.

—¿Vas a salir? ¿Con quién?

El tono acusatorio de Joan le dolió.

—No tengo porqué darte explicaciones.

—Sí, lo sé, perdona. Pensé que esta noche hablaríamos tú y yo.

—Esta noche saldré con unas amigas. Tendremos que hablar en otra ocasión.

Un Joan resignado contestó viendo como su martirio se alargaba. Había tenido la esperanza de

resolverlo aquella misma noche.

—Entiendo. Pásalo bien.

La cara de Joan dejaba claro lo poco que le gustaba la idea. Se puso a mirar la tele como si fuera lo más interesante del mundo. Odiaba dar lastima.

Havva se sintió ignorada y culpable por salir sin él, por primera vez. Bueno, tendría que acostumbrarse. Cuando viviesen separados no se verían. La perspectiva la deprimió. Verle, compartir los momentos cotidianos con él aun de esta forma tan fría le permitía verlo, escucharlo. Tocarle de forma fugaz, alguna vez cuando hacían una tarea en la misma estancia. Solo eran migajas de una relación. Pero eran algo. El timbre de la puerta fue su señal para salir pronunciando un adiós inaudible más para sí que para él.

Con el sonido de la puerta al cerrarse dejó de fingir interés por el televisor. Me cubrí los ojos con la mano derecha. Aquello era un desastre. Casi eramos dos extraños. Además seguía planeando sobre nosotros la mentira sobre su identidad. Confrontarla ahora solo podía acelerar el final. No sabía que decir o hacer, para arreglar la situación. Y el tiempo que pasaba de forma inexorable reducía mis esperanzas de una reconciliación. Me quedé en el sofá así, durante horas. Pasó la hora de cenar y llegó la madrugada. No había encontrado una solución y la cabeza me dolía de darle tantas vueltas. Me levanté dispuesto a irme a dormir, escuché la puerta abrirse y a Havva entrar sostenida por otras dos mujeres.

—Uff. ¿Eres Joan verdad? Tu mujercita ha cogido un buen pedal. Te la dejamos para que la acuestes. Adiós.

—Gracias por traerla. Adiós.

Volvía a tener a mi esposa entre mis brazos. Con una buena borrachera. Pero la tenía, eso era lo más importante.

Havva se había pasado con el alcohol. En la cena ya bebió vino como si fuera agua. Y en la discoteca los cubatas se sucedieron con rapidez. Buscaba olvidar por una noche. Olvidar la mirada de decepción en la cara de Joan al decirle que salía. Y como después la ignoró. Le había dolido. La tentación de agarrarlo por los hombros y sacudirlo para obtener alguna reacción por su parte fue difícil de soportar. Tal vez si sus amigas se hubieran retrasado lo habría hecho. ¿Y después qué? ¿Qué iba a decirle? Ella era la que se había distanciado. La que había abandonado el lecho común. Llevada por la duda y el rencor simbolizados por aquel documento que había firmado, porque seguía allí.

Las cosas hubiesen sido tan distintas, si Pau le hubiese dicho que ya no lo tenía. Habría corrido hasta su casa y le habría contado toda la verdad a Joan, después de hacerle el amor. No le habría dejado abandonar el lecho hasta obtener su perdón. Sería tan feliz de estar en su casa con él y no en aquella discoteca con un cubata en la mano. ¿Cuántos llevaba? No lo sabía. Eso quería decir demasiados. Necesitaría la ayuda de sus amigas para volver a casa. Y eso ocurrió. Más tarde, con la mente embotada por el alcohol. Sintió como sus amigas la bajaban del taxi y la arrastraban hasta su casa.

Escuchó la voz de Joan, él que no era ya su marido. Decir a sus amigas que él se encargaba de ella. No, ella ya no era su responsabilidad. Sintió como la sostenía y sin abrir los ojos, logro articular las palabras.

—No es necesario que me ayudes. Soy mayorcita.

—No estás en condiciones. Eres mi responsabilidad.

No pudo evitar responder irónicamente

—Olvidaba que estaba frente a Joan, el hombre responsable. Él que tuvo que acarrear con su pobre esposa turca. Pues bien, ya te libre de esa carga. Puedes soltarme.

—¿Y si no quiero soltarte? ¿Y si no deseo librarme de la carga? ¿Y si para mí no eres una carga?

Las palabras de Joan sonaban tan sinceras. Debía ser por el alcohol. Respondió con sus dudas.

—¿Qué soy para ti? ¿Un estorbo? ¿Una agradable compañera de cama y una vergüenza en público? Puedes decírmelo no me enfadaré.

—¡Eres mi esposa!

¿Tan ciega estaba qué no lo veía?

—No, ya no lo soy.

—Un papel no cambia lo que siento por ti.

—¿Ni siquiera uno tan importante?

¡Otra vez aquel maldito papel!

—Fue un error. Tenía que haberlo retirado.

—Pero no lo hiciste. Y aquí estamos ahora.

—No es tarde aún podemos...

El dolor casi hizo a Havva confesar su engaño.

—¿Qué? Tú no deseas compartir tu vida con una simple bailarina. Si tú supieras...

—¿Supiera qué?

¡Que lo dijera ahora y así podrían solucionarlo todo entre ellos!

—Nada. Ahora ya no es importante. Es demasiado tarde.

—No, si nosotros no queremos que lo sea.

No quería rendirse. No iba a rendirse todavía.

—¿Y qué queremos realmente? ¿Qué quieres tú?

—A ti.

—Sí, en la cama. Ya lo sé.

Otra vez el escepticismo en la respuesta de Havva.

—No, bueno sí, en la cama también. En todas partes. Vuelve conmigo por favor.

Havva se sentía tentada a ceder.

—No debería.

Joan suplico. No quería soltarla. No estaba preparado.

—Dame una oportunidad. Por todo lo que hemos pasado juntos.

La suplica de Joan, que sonaba tan sincera, derribó su última barrera debilitada ya por el alcohol.

—Esta noche he bebido demasiado para discutir.

Me di por vencida. Estaba cansada de luchar con él y conmigo misma. Por una noche, por esta noche me dejaría llevar y haría lo que mi corazón me pedía, acallando la voz de la razón. Estrellé mis labios sobre los de Joan que degustó el alcohol en ellos. Nos desnudamos entre mis torpes movimientos fruto del alcohol. En la cama nos amamos con desesperación.

Los cuerpos se reconocieron y se expresaron con la sinceridad que no podían permitirse sus bocas. Fue una noche intensa, porque era la última para ellos. Cómo si la luz del día tuviera el poder de separarlos definitivamente. La noche dio paso al día como no podía ser de otra forma.

Me desperté primero pero no me levanté. Me limité a contemplar a la mujer que estaba junto a mí. La mujer que amaba. Intentando grabar aquella escena en mi cerebro. Pensando en como retenerla aquí, en mi cama, cuando despertase. Cómo hacerle ver que aquel era su sitio. Haría lo que fuera necesario para que ella se quedase conmigo. Solo tenía que pedirlo. Concederle esa oportunidad a nuestra relación.

Me desperté desorientada. La cabeza me dolía y no estaba en mi cama. Estaba en otra cama la

cual hacía tiempo que ya no era la mía. Sentí su mirada clavada en mi nuca. Tenía que salir de allí. Esconderme en mi cuarto y recomponerme. Ahora era vulnerable. Notaba como mi cuerpo se negaba a abandonar aquel lugar que tan buenos recuerdos le traía. Teníamos una conversación pendiente. Pero no así, desnudos en la cama. Si me rechazaba ahora dolería demasiado. Suplicaría su perdón. Y él tal vez se sentiría obligado. No, durante demasiado tiempo y demasiadas veces le había obligado. No volvería a hacerlo. Aunque eso significase acabar con mi corazón en pedazos. Se lo debía. Al menos eso lo haría bien. Después de tantos errores era tiempo de hacer lo correcto. Si tenía que lidiar con el dolor, lo haría. Era mi culpa. Joan no había hecho nada malo. Solo mostrarme cuan bueno era. Lo maravilloso que resultaba vivir con él. Había superado cualquier expectativa que hubiese podido hacerme. Muy lejos de lo que dicta el deber de un buen marido.

Sacando fuerzas de flaqueza abrí los ojos y encaré a mi ex marido

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Estás bien? ¿Te duele la cabeza? ¿Te traigo una aspirina?

—No es necesario. Ya me la sirvo yo.

—Yo puedo traértela.

—Lo sé, pero yo también, además debería volver a mi cuarto...

Se iba. Intenté detenerla.

—No es necesario...

—Sí, lo es, esto solo confundiría nuestra situación. Ya no somos pareja.

¿Debía decirle ahora la verdad? Tal vez...

—Respecto a eso...

—No. Ahora no quiero hablar sobre ello. Anoche bebí demasiado y dije e hice cosas inadecuadas.

Aquello dolió

—¿Te arrepientes de lo que paso?

¿Cómo explicarme?

—No. Bueno sí. Esto no está bien, no es correcto.

—¿No es correcto? ¿Por qué?

—Hay cosas que deben aclararse entre nosotros antes.

¡Confiesa entonces, por favor!

—¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Hay algo que debas decirme?

—Sí. Pero no ahora. No así. Por favor.

Primero necesitaba volver a levantar los muros que debían sostenerme si me rechazaba.

—Cómo quieras.

—Gracias Joan.

—No las merezco.

Sentí el impulso de agradecerle. De reconocerle las cosas buenas que había hecho por mí.

—Sí. Has sido muy bueno conmigo. Me has tratado muy bien. Más de lo que nunca imaginé...

—Lo hice porqué quise.

—Y eso te honra. Fuiste un marido modelo. Independientemente de como acabemos, te estaré siempre agradecida por todo. Espero que con el tiempo podamos ser amigos.

¿Al final seríamos eso? ¿Solo amigos?

—¿Amigos...? Entiendo.

—No, no entiendes. Tengo que explicarte algo muy importante. Algo que podría cambiar tu parecer.

El todavía no lo sabía todo. Aquella mentira podía ser el clavo que remachase la sepultura de nuestra relación

—Nada que digas podrá cambiar mis sentimientos hacia ti.

—Ojala fuera cierto. Pero te recuerdo que ya sucedió una vez. Ojala no tuviera que contarte...

¡Cuanto daño nos habíamos hecho, fruto de un malentendido, magnificado por nuestras dudas!

—¿Qué? ¿Dilo de una vez? Verás como no es tan grave. Y sí, me equivoqué y te pediré perdón una y mil veces si es necesario.

—No lo es. Ya no. Ahora no puedo decírtelo, así no. Necesito tiempo.

Ella no quería hablar ahora.

—Está bien.

—Y ahora te agradecería que te dieras la vuelta. Voy a vestirme.

—Como desees.

Joan le dio la espalda, mientras Havva recogía sus prendas desperdigadas por el suelo y se vestía en silencio. Aquello había sido un tremendo error. Le había mostrado hasta que punto Joan le afectaba. Tenía que confesarse con él y acabar con aquella incertidumbre. Tenía un trabajo y un piso al que acudir y tarde o temprano, la noticia de su contrato llegaría a oídos de Joan. La comunidad académica era un círculo reducido.

Joan intentaba digerir la conversación mantenida. Después del cielo al que había subido la noche anterior de la mano de su mujer. Se había despertado en su triste realidad. Havva había dejado pasar la ocasión de sincerarse y le había dicho que podrían ser amigos. Amigos, esa palabra se le había clavado en el corazón. Dándole un golpe mortal a sus esperanzas de que Havva le correspondiera. Estaba claro. Era cuestión de tiempo. Todavía tenían una conversación pendiente. Después si todo salía como parecía. Devolvería los documentos de la anulación a Pau, para su tramitación. E intentaría volver a su antigua vida, sin ella. Una vida que ahora se le antojaba vacía. No podía imponerle su presencia a Havva. Había intentado que se enamorase de él con todas sus fuerzas. Debía aceptar su fracaso y retirarse conservando un mínimo de dignidad.

Capítulo 14

El sábado fue incómodo para ambos. Se evitaron todo lo posible. En ningún momento cruzaron la mirada. Solo se dedicaron miradas fugaces, cuando el otro no les veía.

El domingo Joan se vio forzado a preguntarle a Havva sobre la comida familiar.

—¿Vendrás hoy a comer con mi familia?

—No debería. ¿No te molestará? ¿Ya lo saben?

—No, no he encontrado el momento. No me molesta. Tal vez sea mejor así. Decírselo ambos en persona.

Havva se resistía a seguir formalizando su ruptura.

—¿Tú crees?

—Sí, es lo correcto.

Lo correcto, claro. Joan siempre hacía lo correcto. Esta vez ella también lo haría.

—Lo correcto. Tienes razón. Asistiré.

—Perfecto.

El camino hasta la casa de los Palamós lo hicieron en silencio. Separados por un muro invisible. Cada uno a solas con sus pensamientos. Llegaron a su destino. María los vio aparecer y se dio cuenta de que las cosas seguían mal entre ellos. Aquel día comieron todos en un incómodo silencio. Al final María estalló.

—¿Se puede saber qué os pasa? Y no me digáis nada. Parece que venís de un funeral.

—Havva y yo tenemos que deciros algo.

—Hemos firmado los documentos de la anulación.

—¿Ambos?

—Sí, yo fui el jueves a la notaría a firmarlos.

—¿Ahora, por qué ?

—Tengo mis razones María.

—¿Pero cuales? Estabais tan bien juntos.

—Mamá dejalo. Ya la has oído. No hagamos esto más difícil

—No entiendo.

—Esto es algo solo entre nosotros dos.

María no estaba de acuerdo. Pero lo dejó estar. Eso sí, Havva debía saber que siempre sería bienvenida.

—Está bien. Havva sabes que de todas formas esta seguirá siendo tu casa. Puedes venir siempre que quieras.

—Gracias María. No quisiera molestar.

Havva agradeció de corazón el detalle. María demostraba ser como una madre para ella.

—Tonterías. Tú nunca molestas. ¿Entendido?

—Sí, gracias María.

—De nada hija.

En la sobremesa solo con su hermano y su padre Quim inicio el interrogatorio.

—¿Entonces..., ya está? ¿Lo vuestro se acabó? No puedo creerlo.

—Sí. Ya lo habéis oído, Havva espera que lleguemos a ser amigos con el tiempo.

—¿Amigos? ¡Joder! ¡Lo siento mucho hermanito! ¿Cómo estás?

—Mal. Vacío. No sé cómo voy a vivir sin ella.
—¿Todavía vive contigo?
—Sí. Duerme en la habitación de invitados. Aunque por poco tiempo supongo.
—¿Supones? ¿Por qué?
—Cosas mías, intuición.
—¿Seguro?
—Me temo que sí.
—¿No hay posibilidad de qué os reconciliéis?
—No creo.
—¿Ya no estáis casados?
—Seguimos casados. Paralicé el trámite y tengo los documentos en mi poder.
—¿Cómo se lo ha tomado Havva?
—No lo sabe. No se lo he dicho.
—¿No? ¡Joder Joan! ¡Tienes qué decírselo! Esa decisión os corresponde a ambos. Y tal vez cuando lo sepa...
—Tenemos una conversación pendiente. Cuando la tengamos, se lo diré.
—Está bien. Es vuestra vida. Sabes que puedes contar con nosotros.
—Hijo, este tiempo que os hemos visto juntos. Hemos visto cómo os mirabais. Havva es una gran mujer. No la dejes perder sin luchar. Prometemelo.
—Sí papá, te lo prometo. Haré lo posible. Pero al final tendré que aceptar su voluntad.
—Claro hijo. Ante todo eres un hombre y debes comportarte como tal.
—Sí papá.
En la salita María trataba de convencer a Havva.
—¿Estás segura hija? Hacéis tan buena pareja. Nunca vi a mi hijo tan feliz y tú también lo parecías ¿Acaso Joan se tomo mal tu confesión?
—No. Todavía no se lo he dicho.
—¿Entonces?
—He conseguido trabajo. El matrimonio ya no me es necesario. Fui a la notaria a firmar.
—¿Por qué?
—Porqué tenía la esperanza de que el documento no existiera. Que Joan lo hubiese anulado.
¿Ridículo no?
—No hija. Este hijo mio es un desastre. Hace ya tiempo tendría que haber destruido ese maldito papel.
—El caso es que no lo hizo. El mensaje es muy claro. No debo retenerlo contra su voluntad. Demasiado lo he hecho ya. Ahora no tengo ningún motivo.
María tuvo que morderse la lengua para evitar confesar que su hijo había paralizado el trámite.
—Sí, que lo quieres.
—No es suficiente, si él no me corresponde.
—¿Lo dudas? Joan te adora.
—Ese papel no dice lo mismo.
—¡¡Otra vez el maldito papel!! ¡¿Vas a echar a perder lo vuestro por ese maldito papel?!
—No, todavía tenemos una conversación pendiente. De ella dependerá mi decisión
—Pues hablad. Pero con calma y tranquilidad. Hay demasiado en juego.
—Lo haremos María.
Los días se sucedían tristes y monótonos. Pensaba en trasladarse cada día. Pero antes debía explicarse. No debía enterarse por terceras personas. Tenía que encontrar la forma de hacerlo, sin

hacerle más daño. No sabía como. Su reticencia a explicarse llevó a lo que quería evitar. Al informarse a los profesores del nuevo seminario y quien lo iba a impartir. Uno de ellos, que había asistido a la boda de Raúl, reconoció a Havva.

La mañana siguiente se pasó por la Politécnica a darle la enhorabuena. El intelecto de aquella mujer solo rivalizaba con su belleza. Joan era un capullo con suerte.

Joan estaba tomando un café con Xavier y otros compañeros cuando llegó. Se acercó y golpeó amistosamente la espalda de Joan.

—¡Cómo nos engañaste Joan! No sabía que eras tan bromista. ¡Eres un capullo con suerte!

—Perdona Santi, pero no sé de que me estás hablando.

—Venga... ¡Vale ya! Espera, espera... ¿Qué no se lo has contado todavía a ellos? ¡Eres un retorcido capullo! Os dejo.

Antes de irse se acercó al oído de Joan y le susurró para que no le oyesen los demás.

—Te aconsejo que se lo cuentes pronto. Hoy nos han informado de los seminarios de verano y el de tu mujer es el más importante.

Joan palideció ¿Había entendido bien? ¿La plaza que había conseguido su mujer era en la facultad de Girona? La parte positiva era que tenía más opciones para convencerla de seguir juntos. La negativa, que si no salía bien sería el hazmerreir de la comunidad académica, si no lo era ya. Cuando Xavier entró en su despacho vio que algo grave le había pasado. Llevaba raro unos días. Pero al preguntarle decía que era una tontería. Aquello no era ninguna tontería

—Joan, tío ¿Qué te pasa? Sabes que soy tu amigo. Cualquier cosa...

Joan miro a su amigo y giró el monitor hacia él. Xavier lo miró con interés, parecía.. Havva en una conferencia. Pero no podía ser... ¿O sí?

Xavier habló completamente sorprendido sin medir sus palabras.

—¡Joder..., es Havva! ¡Vaya curriculum! ¿Tú lo sabías verdad...? ¡No jodas! ¡Tú no sabías nada por eso estás así! ¡Joder! ¡Nos ha tomado el pelo pero bien! ¡Se lo debe haber pasado bomba la muy...! ¡Ostras perdona Joan! ¡Soy un bocazas!

—Tranquilo Xavier ya lo sabía, lo descubrí por casualidad hace tiempo. Tú no tienes ninguna culpa y si hay un idiota en todo esto, soy yo.

—¿Y si lo descubriste hace tiempo por qué...? ¡Joder! ¿La quieres..., no es así?

—Sí, me he enamorado de una farsante como un gilipollas. ¿Gracioso no crees?

—No. Se os veía muy bien juntos. Puede que exista alguna explicación ¿Has hablado con ella?

—No, esperaba que ella se explicase. Ahora me voy para casa a hablar con la doctora. No puedo retrasarlo más.

—Claro, claro. Tranquilo yo te cubro. Habla con ella..., pero deja que se explique... ¿Vale?

Xavier había coincidido varias veces con la pareja. En su opinión estaban enamorados y él no era muy perspicaz.

—Sí...

Capítulo 15

Joan dejó el coche y volvió caminando a casa. Necesitaba tomar el aire. Sentía que sus esperanzas de un final feliz se desvanecían. Llegó a su casa con la certeza de que todo había sido una farsa. Y él un tonto del que aprovecharse. ¿Qué pensarían sus amigos, su familia? Definitivamente había sido un estúpido. Solo un estúpido podía creer que el amor surgiría de la farsa. Abrió la puerta y la encontró sentada frente al portátil con los auriculares puestos y tomando notas. Estaría preparando el seminario.

Havva se giró al ver una sombra y se quitó los auriculares. La había pillado, ahora tendría que explicarse.

Joan la miró con dureza, el sarcasmo y desprecio de sus palabras la sorprendió

— Pero mira quien está aquí la señorita Havva Yilmaz. ¿O debería decir doctora Havva Yilmaz?

—Puedes ahorrarte los sarcasmos.

Él la había descubierto. No sabía de qué manera explicarlo sin que sonara mal. Ella no había querido hacerle daño. Lo apreciaba. ¿Acaso no lo veía?

Tenía la desfachatez de mostrarse ofendida. ¡Ella qué se había aprovechado y se había reído de él! Que no había tenido la decencia de confesarse pese a las múltiples ocasiones en que le dio la oportunidad.

—Después de vivir engañado durante tantos meses... De quedar como un estúpido frente a mi familia, amigos y compañeros... ¡¿Es demasiado un poco de sarcasmo para ti?!

Aquella acusación le dolió a Havva. Y respondió con dureza.

—Hice lo que debía para cumplir mi sueño. No creo que te haya molestado tanto.

La respuesta de Havva restando importancia a los hechos. Confirmaba lo que aquello había significado para ella. Un entretenimiento, nada. Dolido en lo más hondo de su ser Joan respondió venenoso.

—No. Me has compensado con creces en la cama. Seguro que en tu país ya utilizaste tu cuerpo como moneda de cambio.

No vio venir la mano de ella que le cruzó la cara con una bofetada.

—¡¡Estúpido cerdo!!

Y dando un portazo salió a la calle. No le permitiría contemplar sus lágrimas.

Él se quedó quieto por una eternidad. Se había pasado, mucho. Estaba furioso y dolido. Podía aceptar pasar por tonto frente a todos. Pero no que nunca le hubiera querido. No por una cuestión de orgullo, si no porque él la quería. En ningún momento había dejado de hacerlo. Estaba claro que ella no le correspondía. Tendría que lidiar con su pérdida. No se sentía preparado así que decidió ahogar las penas en alcohol.

Ella paseó sin rumbo hasta que sus pies la llevaron a casa de los padres de Joan. María le abrió la puerta y al ver su cara la abrazó y la llevó al sofá. Allí se limitó a consolarla en silencio. Sabía que había pasado algo muy grave. Esperó con paciencia a que su hija (porque así la consideraba) se decidiese a hablar. Havva, entre sollozos le relató la conversación que había mantenido con Joan para acabar diciendo.

—¡Es un estúpido!

—Sí, ya sé como es mi hijo...

—Insensible, despreciable, cerdo...

—Sí, pero es mi hijo y le quiero.

—No el mío.

—No, es tu marido.

—No, ya no. No somos nada...

—¿Seguro? Los sentimientos no dependen de un papel.

—En nuestro caso sí.

—Dejemos el tema. Mira, quedate hoy a dormir. Mañana verás las cosas de otra forma, con calma. Te prometo que no se lo diré a Joan.

—No debería..

—Tonterías tú también eres mi hija. ¡Y no te atrevas a llevarme la contraria en esto!

—Gracias María, muchas gracias.

Havva no volvió aquella noche a su casa. Cada vez que la llamaba saltaba el buzón de voz. Llamó a sus padres por si sabían algo. Después al hospital y la policía. Había desaparecido. Se pasó la noche en blanco hasta que el amanecer lo encontró abrazado al cojín de su cama. Que todavía conservaba su aroma. Aquel día la buscó en la facultad de historia, sin éxito.

Al volver a casa se encontró con otra desagradable sorpresa. Sus llaves y teléfono sobre la mesa de la cocina y ni rastro de sus pertenencias, ni de una nota con una explicación o una forma de contacto. El mensaje estaba claro. Se acabó. Solo le quedaba su alianza. Que aún conservaba puesta como símbolo de su matrimonio de pega. Pensó quitársela pero no se sintió con fuerzas. Su corazón seguía perteneciéndole a ella. Todavía conservaba los documentos de la anulación. Si ella los quería tendría que hablar con el, aunque fuese por ultima vez.

Su madre la miró con preocupación, Al verla aparecer en la pantalla. Su hija había llorado.

—¡Havva! ¿Qué te ha pasado hija mía?

—Joan, ya lo sabe. Ayer se lo contaron.

—¡Cielos! Te dije que debías decírselo tú.

—¡Es igual! ¡Es un cerdo! ¡No quiero volver a verle!

El rostro de Havva volvió a cubrirse de lagrimas. No quería llorar frente a su madre. Pero no podía evitarlo.

—¡Me dijo qué me había burlado de él! ¡Qué había comprado mi estancia con mi cuerpo!

—¡Malnacido! Entiendo que estuviese dolido. Pero no tenía derecho a tratarte así ¿Todavía estás en su casa? No reconozco la estancia.

—No, estoy en el apartamento que me han asignado. Ya estoy instalada.

—¿Ese cerdo te ha echado?

—No, no ha tenido ocasión. No he vuelto a dormir en su casa. Le dejé las llaves y el móvil en su casa. No quiero saber nada de él.

—Bueno, ahora cuidate mucho. Pero cuando la cosa se enfrie, creo que debes tener una conversación con él para cerrar pagina. Vais a ser compañeros de trabajo.

—Lo sé mamá. Lo haré, aunque no se lo merezca.

—Tampoco debe haber sido agradable para él enterarse por terceras personas.

—¡¡Ahora lo defiendes mamá!! ¡No me lo creo! ¿Acaso lo conoces?

—No, solamente sé lo que nos has contado. He visto muchas veces tu sonrisa al pronunciar su nombre. Y también veo como estás ahora. El hombre que ha conseguido esto de mi hija, merece una conversación. Para bien o para mal. Eso será entre vosotros.

—Lo pensare mamá. Ahora no puedo, más adelante tal vez...

—Bien hija, cuidaté. Te quiero.

—Yo a ti mamá. Adiós.

En los días siguientes, la buscó cada día por la facultad. Pidió sus datos, que le negaron por orden expresa de ella. Solicitó una baja por depresión y se convirtió en el alma en pena que vagaba por la facultad. Para pasarse después las tardes bebiendo licor en casa hasta caer dormido. El resultado era una barba desarreglada y ojeras. Se corrió el rumor de quien era en realidad Havva y la gente empezó a mirarle con lastima.

Un día Havva se dirigía hacia él por detrás. Tenían que hablar. No podían seguir así. Le dolía verlo tan hundido. Si lo que él necesitaba era echarle una bronca en público para pasar pagina. Qué así fuera. Se lo merecía. Así tal vez ella también recuperaría la paz. Tampoco lo pasaba bien. Muchas tardes se sorprendía llorando porque algo le recordaba a él. María los visito a ambos sin decírsele al otro. Consolándolos. Sufría por ambos. Y si mencionaba el nombre del otro era peor. Tenía que encontrar la forma de juntarles y forzarles a dialogar.

Mariola la vio y decidió repetir la jugada de aquella cena. Odiaba a Havva más si cabe. Ahora la había desbancado también en el ámbito académico.

—Hola Joan. ¡Vaya cara traes hombre!

—Hola Mariola. Perdona no te había visto. ¿Por casualidad no te abras encontrado con Havva mi mujer?

Era con la ultima persona que quería toparse, pero tal vez habría visto a Havva. Ella también trabajaba allí. Más adelante pensaba averiguar hasta que punto ella había provocado aquel malentendido con otro hombre. Ahora su prioridad era encontrar a Havva.

—¿Todavía es tu esposa? Circula el rumor de que habías anulado el enlace. Siento que esa mujer te haya puesto en evidencia frente a todos. Tenía algo raro, nunca me cayo bien. Veo que tenía razón. Pero tú debes levantar el animo. La gente termina por olvidar...

Se mordió la lengua. No tenía tiempo para aquello, ahora solo importaba encontrar a Havva y suplicar su perdón.

—No, no es por eso...

—¡Venga! ¡Te invito a cenar! Ya verás como después te quito las penas...

Termino Mariola con su mano sobre el pecho de Joan y un tono de voz sugerente.

Joan le aparto suavemente la mano pero con decisión. Esa zorra manipuladora creía que su belleza física le daba carta blanca.

—No me entiendes Mariola. A quien yo necesito es a Havva.

—Yo te haré olvidarla.

Ronroneo Mariola.

Joan se permitió la primera sonrisa en mucho tiempo ante lo ridículo de su propuesta.

—¿Tú? No me hagas reír. Olvidate tú de mí Mariola. Yo pertenezco a Havva.

Y siguió caminando mirando al frente, dejando a Mariola roja de ira y a Havva feliz corriendo en sentido contrario.

Capítulo 16

Tengo que parar de beber. Si no mañana no podre levantarme para seguirla buscando. Escucho el sonido de la puerta abrirse. ¡Genial viene mi madre! ¡Lo qué me faltaba! Mantengo la vista fija en mis pies hasta que otros pies invaden el espacio. No son los de mi madre. No he bebido tanto (creo) son. ¡¡No puede ser ella!! Mi cuerpo tarda unos instantes en obedecer la orden de levantar la cabeza. Antes un delicado dedo sobre mi barbilla me obliga a hacerlo. Otra mano alza mi mano izquierda y toca algo. Mi alianza. La pone frente a mí y acercando su cara de ángel pregunta.

—¿Esto qué se supone que significa?

—¡Havva! ¿Por qué? ¿Realmente estás aquí?

¡¡Está aquí, en casa!! Después de tanto tiempo y me mira con expresión alegre. ¡Hay tanto que deseo saber! ¡Tanto que quiero decirle, suplicarle que me de una oportunidad...!

—Yo pregunté primero.

—Lo que parece. Aunque tú ya no seas mi karim yo soy tu kocam...

No me avergüenza confesarlo. Solo me duele no haberlo hecho antes.

—¡Tonto! ¡Mi turno!

Havva estrelló sus labios contra los míos. El sabor del whisky se mezcla con el suyo. ¡He vuelto a mi hogar! Hicimos el amor de forma apasionada hasta que el agotamiento nos dejó dormidos. Despertamos entrelazados, como lo habíamos hecho tantas veces en el pasado. El whisky se cobró su peaje en forma de infernal resaca. Que palidecía frente a mi estado de felicidad. Era un capullo con suerte como decía mi amigo Xavier. Había encontrado a mi mujer ideal en la otra punta del mundo y por una serie de extrañas casualidades estaba ahora a mi lado. Esa mujer maravillosa me estaba observando en silencio. Cuando me vio despierto, empezó a hablar.

—Joan, no sé si sabes que la anulación no se ha hecho efectiva. Le pregunté a María y me dijo que te lo consultase. ¿Qué ha pasado?

—Lo paralicé y me quedé con los documentos.

—¿Por qué...? Después de todo debías odiarme.

—Nunca te he odiado. Necesitaba hablar contigo, que me dijese a la cara que no me querías. Entonces lo hubiera tramitado.

—¿Y tú? ¿Y si tú no querías la anulación?

—Si tú no me querías, debía devolverte tu libertad. Tu felicidad está por encima de la mía

—Yo esperaba no encontrarme el documento cuando fui a firmarlo. ¿Por qué no lo destruiste?

—No quería pensar en él. Me avergonzaba haberlo propuesto. Al faltar una firma seguiría parado siempre. No se me pasó por la cabeza que tú lo firmases.

—Hemos cometido muchos errores, por no hablar claro...

—Sí, y ahora vamos a aclararlo todo.

Dijo Joan con determinación sentándose en la cama y haciendo que Havva tomase asiento frente a él.

—Preguntame lo que quieras Karim.

—Mariola. ¿Significa algo para ti?

—Nada. Siguiendo pregunta.

—Si solo fuese una simple bailarina. ¿Me querrías?

—Sí, me enamore de la bailarina. Ahora me toca aguantar a una doctora...

—¡Tonto! ¡Hablo en serio!

—Te quiero a ti, con o sin títulos. Hubiese apoyado a la bailarina en el camino al conocimiento si ese hubiese sido tu deseo. Y en caso contrario lo habría respetado. Mi principal interés en tus estudios consistía en garantizar que pasarías más años conmigo. Ahora que conozco tu curriculum seré feliz de pasear con una esposa más inteligente que yo.

—Eso no es algo que suela gustar a los hombres...

—A mí me gusta todo de ti.

—¡Zalamero...! ¿Y los niños? ¿Quieres tenerlos?

—Hasta estar contigo no me lo había planteado nunca (pese a mi madre). Pero contigo quiero tenerlo todo y eso incluye a los hijos.

—Bien has pasado mi examen. Tu turno.

—Uff. Por donde empiezo... A ver, sabiendo quien eres realmente. ¿Te conformaras conmigo?

—Desde luego eres tonto. Pero eres mi tonto, que no se te olvide. Yo te escogí en aquella sala de baile. Nos pertenecemos. No existe nadie mejor para mí.

—Me dejas sin palabras. También me gustaría saber, solo por curiosidad ojo. Lo que pasó aquella noche en Istanbul. Si no quieres contármelo no pasa nada...

—Quiero, no quiero ocultarte nada. Cuando Pau dijo que era notario y podía realizar el enlace, pedí ayuda a un camarero amigo mío experto en informática. El se encargo de registrar telemáticamente el documento.

—Mi más sincero agradecimiento a tu amigo. No le diremos nada a Pau.

—Después fuimos a celebrar la noche de bodas... y te quedaste dormido al caer en la cama. Yo me encargué de desnudarnos y de las alianzas.

—Me alegro de que pueda recordar así la primera vez que lo hicimos. No me gustaba pensar que no la recordaba.

—Y bueno por la mañana después de hacerlo, te di un somnífero con el agua y puse el teléfono en silencio. Siento lo del billete...

—¡Por eso me dormí tanto tiempo! No lo sientas. Me hiciste el mejor regalo posible...

—¡Eres incorregible! Bueno, yo había hablado con unos amigos para seguir con la función..

—Los de la tienda, no son tu familia.

—No, allí solo estaba mi hermana entre las plañideras. Fue la que me dio la maleta.

—Y el judío..

—Un profesor de castellano amigo mio.

—Vaya panda de liantes. ¿Y tu pasaporte sin sellos?

—Eso fue una suerte, porque no hacía mucho que lo había renovado. El anterior me hubiese dado más problemas.

—Sí, la bailarina viajera.

—Por cierto ahora que caigo no conozco a tu familia, deberíamos ir a verlos.

—Sí, tendremos que organizar un viaje.

Joan saltó de la cama y al poco volvió con un sobre que entregó a Havva. Esta lo abrió y encontró los billetes, viendo su fecha de compra miró a Joan interrogativamente.

—Ya tenemos los billetes. Los compré cuando empezaste a ponerte triste. Creía que añorabas tu casa y pensé en regalarte el viaje.

—¿Y todavía me preguntas por qué te quiero? Eres un sol.

Havva se abrazó a Joan un rato. Después empezó a vestirse y le dijo que hiciese lo mismo. Todavía faltaba para ir a comer a casa de sus padres. Pero después de recuperarla no iba a cuestionar a su mujer. Una vez vestidos, Havva lo hizo sentar a su lado frente al portátil abriendo

el Skype le dijo.

—Ahora conocerás a mi familia.

El aviso cogió por sorpresa a Joan. Que apenas tuvo tiempo de decirle.

—Está me la pagaras.

En la pantalla apareció Burcu que se sorprendió al ver por primera vez a su yerno. Giró la cabeza y gritó.

—¡Berat! ¡Ven está tu hija con su marido!

Después volvió a mirar la pantalla y dijo.

—¡Ya era hora qué nos lo presentarás! ¡Creía qué sabría antes de mis nietos qué de él!

—Mamá eres tan melodramática... Bueno cariño, aquí tienes a mi madre; Burcu Yilmaz doctora en psicología. Puedes hablar en castellano. Todos en mi familia lo hablamos.

—Un placer señora.

—Gracias joven. Puedes llamarme mamá. Haz feliz a mi hija ,como hasta ahora o vendré y te cortaré...

—¡Mamá! ¡Por favor!

—Bueno pues eso...

Berat se acercó a la pantalla y los saludo.

—Hola papá. Te presento a Joan.

—Hola Joan. No recuerdo cuando me pediste la mano de mi hija. ¿Puedes refrescarme la memoria?

—¡Papá!

—Esto, señor, verá. Ya sé que es un poco tarde, pero me gustaría que nos diera su bendición.

—Cuenta con ella hijo. Pero debéis venir a vernos.

—Sí papá, ya tenemos los billetes.

—Entonces todo arreglado...

—Bueno papás os dejamos que tenemos comida con mis suegros.

—Adiós.

Havva cerró el portátil y Joan le dijo.

—Falta una hora todavía...

Havva se levanto y fue empujándolo hacia la habitación

—Sí, falta una hora y quiero aprovecharla.

Y después de la provechosa hora asistieron a la tradicional comida familiar. Cuando María los vio entrar. Corrió hacia ellos para abrazarse. Primero con su hijo y después con Havva con lagrimas en los ojos de ambas.

—¡Estáis juntos! ¡Gracias a Dios! ¡No sabéis lo felices qué nos hacéis! ¡Ahora a por los nietos!

—¡Mamá!

Exclamaron a coro Joan y Havva entre risas. Su padre llegó y se abrazó con ambos.

A partir de ahora tendrían que responder semanalmente a la pregunta.

Quim se unió al abrazo familiar diciendo:

—Menos mal que has vuelto con el tarugo de mi hermano. Estaba insoportable.

—Un día me vengaré.

Respondió un sonriente Joan a la pulla de su hermano.

—Y tú Quim, podrías seguir el ejemplo de tu hermano y buscarte una buena mujer.

—¡Mamá! Ya has conseguido casar a un hijo. Dejame disfrutar de mi libertad unos años más.

María tuvo su Vendetta con Mariola. Oriol Puig estaba casado con Silvia Bagur. Una importante empresaria, miembro de una de las familias más adineradas de Girona. Con los datos

facilitados por Havva sobre día, hora y hotel. Se los hizo llegar anónimamente a la interesada. Que inicio los trámites de divorcio con su marido. Usando su influencia consiguió que la facultad prescindiera de los servicios de Mariola. Tendría difícil encontrar trabajo en la región. Mariola intento inculpar a Havva o Joan por su despido. No pueden existir pruebas de lo que no se ha hecho. Mariola fue condenada por injurias a indemnizar a la pareja. La mano de Silvia era muy larga. No volvieron a saber de ella.

Epílogo

Han pasado dos años. Volví a Istanbul junto a mi mujer para pedir su mano a sus padres. ¡Sí, lo sé, un poco tarde! ¡Qué se le va a hacer! También visitamos a sus amigos: Benjamín, Mansur y familia. La falsa familia de mi mujer. Que esta vez aprovecharon para reírse con nosotros.

Dos meses más tarde viajamos junto a mi familia para mi boda turca. Esta vez sí que recuerdo cada momento. Mi cuñada y mi hermano tuvieron sus más y sus menos. Pero eso es otra historia y no me corresponde a mi contarla.

Sus padres vinieron a visitarnos. Juntos volvimos a visitar Andalucía. Mi suegra y yo nos hacíamos compañía mientras Havva y su padre se concentraban en absorber cada detalle de los diferentes monumentos. Aunque debo decir que a veces se acordaban de nosotros. A mi me hacía feliz ver a mi mujer así y a mi suegra, pese a sus constantes quejas; creo que también se alegraba por su marido.

Y ahora estoy sentado junto a mi esposa, que da el pecho a nuestro hijo Berat. Soy feliz y cada día cuando me despierto, necesito acariciar a mi mujer para saber que no estoy soñando. Ella es mi cielo.

Sinopsis

Siempre es agradable despertar junto a una bella mujer. ¿Siempre? No, no lo es cuando dice ser tu esposa, no habla tu idioma y no estás en tu país. Y no, no estoy en Las Vegas. Estoy en Turquía, junto a una bailarina llamada Havva. ¿Tendrá que venirse conmigo? ¿A mi casa? ¿Y luego qué? ¿Es solamente una bailarina...?

Una historia de amor entre dos personas aparentemente incompatibles que deberán cuestionárselo todo.